

C. H. Mackintosh

**COLECCION
DE ESCRITOS
MISCELANEOS**

WWW.VERDADESPRECIOSAS.ORG

**COLECCION
DE ESCRITOS
MISCELANEOS**

Tomo III

INDICE

Capitulo 1

Cristianismo: ¿Qué es?.....7

Capitulo 2

Vida Cristiana: ¿Qué Es?.....13

Capitulo 3

Diversidad Y Unidad.....35

Capitulo 4

La Biblia: ¿De Dónde Es?

¿Del Cielo o De Los Hombres?.....42

Capitulo 5

Las Escenas Finales de Malaquías y Judas.....63

Capitulo 6

El Sacerdocio Cristiano.....79

Capitulo 7

“Públicamente Y Por Las Casas”.....94

Capitulo 8

Nuestra Norma Y Nuestra Esperanza.....102

Capitulo 9

La Plenitud De Dios Para Vasos Vacíos.....109

Capítulo 10

La Oración En Relación

Con Las Reuniones De Oración.....121

Capítulo 11

Comunión Con Dios: ¿Qué Es?.....148

Capítulo 12

Adoración Falsa.....157

Capítulo 13

El Camino De Dios, Y Cómo Hallarlo.....169

Capítulo 14

Epafras, El Servicio De Oración.....185

Capítulo 15

Dentro Del Velo, Fuera Del Campamento.....194

Capítulo 16

Provisión Para Los Tiempos Peligrosos.....205

Capítulo 17

Límites Y Tropiezos.....227

1

CRISTIANISMO

¿QUÉ ES?

Filipenses 3

Nosotros nos hemos esforzado en presentar la Biblia como la guía suprema y toda suficiente de la Iglesia, en todas las épocas, en todas las regiones, y bajo todas las circunstancias. Deseamos ahora mostrar el Cristianismo en su belleza divina y excelencia moral, tal como está ilustrado en este bien conocido pasaje de la Santa Escritura. Y obsérvese que, así como fue la Biblia misma y no algún sistema especial de teología deducido de ella lo que nosotros procuramos presentar a nuestros lectores, así ahora es el Cristianismo y no alguna forma peculiar de religiosidad humana lo que nosotros

deseamos poner delante de ellos. Estamos profundamente agradecidos por esto.

No osamos entrar a defender a los hombres o sus sistemas. Los hombres se equivocan en su teología y fracasan en sus éticas; pero la Biblia y el Cristianismo siguen firmes e inmovibles. Esta es una misericordia inefable. ¿Quién la puede estimar debidamente? El hecho de que se nos proporcione una norma perfecta de divinidad y moralidad es un privilegio por el cual nunca podemos estar lo suficientemente agradecidos. Tal es la norma que nosotros poseemos, ¡bendito sea Dios! en la Biblia y en el Cristianismo que la Biblia devela a nuestra vista. Los hombres pueden errar en su credo y fallar en su conducta, pero la Biblia es aún la Biblia, y el Cristianismo es aún el Cristianismo.

Ahora bien, nosotros creemos que este tercer capítulo de Filipenses nos da el modelo de un verdadero Cristiano - no como una persona dotada con dones extraordinarios, y privilegiada para ver visiones inefables. No es Pablo el apóstol, ni Pablo el instrumento dotado, a quien vemos, sino Pablo el Cristiano (Juan 17). "Nuestra ciudadanía está en los cielos" (Filipenses 3:20); y nosotros nunca deberíamos satisfacernos en proponernos cualquier objeto inferior a Cristo. No importa en lo más mínimo cual pueda ser la posición de un hombre. Él puede ser sólo un barrendero, o puede ser un príncipe, o puede estar situado en cualquiera de los muchos grados entre

estos dos extremos. Para todos es lo mismo, con tal de que Cristo sea su objeto real, su único objeto. Es el objeto de un hombre y no su posición, lo que le da su carácter.

Ahora bien, el único objeto de Pablo era Cristo. Ya sea que él no se moviera de un lugar, o estuviera viajando; ya sea que predicara el evangelio, o recogiera algunas ramas secas (Hechos 28:3); ya sea que estableciera iglesias, o hiciera tiendas, Cristo era su objeto. De noche y de día, en casa o en el extranjero, por mar o por tierra, solo o acompañado, en público o en privado, el podía decir, "una cosa hago." (Filipenses 3:13). Y este, ténganlo presente, no era meramente Pablo el apóstol laborioso, o Pablo el santo arrebatado (2 Corintios 12:2), sino Pablo el Cristiano, vivo, en acción, y andando - aquel que se dirige a nosotros en estas palabras, "Hermanos, sed imitadores de mí." (Filipenses 3:17). Y nosotros jamás tenemos que satisfacernos con nada menor que esto. Es verdad, nosotros fallamos tristemente; pero mantengamos siempre el verdadero objeto ante nosotros. Como el escolar ante su copia, él sólo puede esperar tener éxito manteniendo su ojo fijo en el título. Su tendencia es mirar a su propia última línea escrita, y así, cada línea sucesiva es peor que la precedente. Así es en nuestro caso. Nosotros quitamos nuestra vista del bendito y perfecto título, y comenzamos a mirarnos a nosotros mismos, a lo que nosotros producimos, a nuestro propio carácter, a nuestros intereses, a nuestra reputación. Comenzamos a pensar acerca de lo que sería consistente con nuestros

propios principios, nuestra profesión, o nuestro sitio, en lugar de fijar los ojos firmemente en ese único objeto que el Cristianismo presenta: Cristo mismo.

Pero algunos dirán, «¿Dónde encontrarás esto?» Bueno, si por esto se quiere dar a entender, dónde vamos a encontrarlo entre las filas de Cristianos hoy en día, la respuesta es: podría ser verdaderamente difícil. Pero lo tenemos en el tercer capítulo de la Epístola a los Filipenses. Esto es suficiente para nosotros. Tenemos aquí un modelo de Cristianismo verdadero, y aspiremos siempre y solamente a ello. Si hallamos a nuestros corazones yendo tras otras cosas, juzguémoslos. Comparemos nuestras líneas con el encabezado, y busquemos fervientemente producir una copia fiel de eso. De esta manera, aunque tengamos que llorar sobre el fracaso constante, nosotros siempre estaremos ocupados con nuestro objeto apropiado, y así será formado nuestro carácter; pues, que nunca se olvide, es el objeto el que forma el carácter. Si el dinero es mi objeto, mi carácter es codicioso; si es el poder, yo soy ambicioso; si son los libros, soy un literato; si es Cristo, soy un Cristiano. Aquí no se trata de un asunto de vida y salvación, sino solamente de Cristianismo práctico. Si se nos preguntara por una sencilla definición de un Cristiano, nosotros deberíamos decir en seguida, «un Cristiano es un hombre que tiene a Cristo como su objeto.» Esto es de lo más sencillo. Que nosotros podamos entrar en su poder, y exhibir así un discipulado más saludable y vigoroso en

este día, cuando tantos, ¡es lamentable! están prestando atención a cosas terrenales.

Finalizaremos este apresurado e imperfecto boceto de un tema tan amplio y de peso, con una o dos líneas acerca de la Esperanza Cristiana.

Este, nuestro tercer y último punto, es presentado en nuestro capítulo de una manera bastante característica, al igual que los otros dos. El sitio del Cristiano se ha de hallar en Cristo; el objeto del Cristiano es conocer a Cristo; y la esperanza del Cristiano es ser semejante a Cristo. Cuán bellamente perfecta es la conexión entre estas tres cosas. Es tan pronto como me encuentro yo mismo en Cristo como mi justicia, que anhelo conocerle a Él como mi objeto, y mientras más le conozco, más ardientemente anhelaré ser semejante a Él, esperanza que sólo puede ser realizada cuando yo le vea tal como Él es. Teniendo una justicia perfecta, y un objeto perfecto, yo sólo quiero una cosa más, y ella es terminar con todas las cosas que impiden mi disfrute de ese objeto. "Nuestra ciudadanía está en los cielos; desde donde también esperamos al Salvador, el Señor Jesucristo; el cual transformará nuestro vil cuerpo, para que sea hecho semejante a su cuerpo glorioso, según la operación de aquel poder con que puede también sujetar a sí mismo todas las cosas." (Filipenses 3: 20, 21 - VM).

Ahora, colocando todas estas cosas juntas, obtenemos un panorama muy completo del Cristianismo

verdadero. No podemos intentar explayarnos en detalle sobre alguno de estos tres puntos arriba citados; pues, se puede decir verdaderamente, cada punto demandaría un tomo para tratarlo plenamente. Pero pediríamos al lector que se dedique él mismo a este tema maravilloso. Que él lector se levante por sobre todas las imperfecciones e inconsistencias de los Cristianos, y mire fijamente la grandeza moral del Cristianismo tal como está ejemplificada en la vida y el carácter del hombre modelo presentado a nuestra consideración en este capítulo. Y que el lenguaje de su corazón pueda ser, «Que los demás hagan lo que quieran, en cuanto a mí, mi corazón nunca se satisfará con algo menor que este precioso modelo. Permitan que quite totalmente mi vista de los hombres, y los fije en Cristo mismo, y halle mi deleite en Él como mi justicia, mi objeto, mi esperanza.» Que pueda ser así con el escritor y con el lector, por amor de Jesús.

2

VIDA CRISTIANA: ¿QUÉ ES?

El asunto que nos proponemos considerar en las páginas siguientes es quizás uno de los más interesantes e importantes que podrían atraer nuestra atención. Y es este: ¿Cuál es la vida que, como Cristianos, poseemos? ¿Cuál es su fuente? ¿Cuáles son sus características? ¿Cuál es su resultado o consecuencia? Basta que nombremos estas grandes preguntas para asegurar la atención de todo lector reflexivo.

La Palabra divina habla de dos claras cabezas o fuentes. Ella habla de un primer hombre y de un segundo hombre. En el comienzo del libro de Génesis leemos estas palabras, "Hagamos al hombre a nuestra imagen,

conforme a nuestra semejanza... Y creó Dios al hombre a su imagen, a imagen de Dios lo creó; varón y hembra los creó" (Génesis 1: 26, 27). Esta declaración se repite en Génesis 5: "El día en que creó Dios al hombre, a semejanza de Dios lo hizo." (Génesis 5:1). Después de esto, leemos, "Y vivió Adán ciento treinta años, y engendró un hijo a su semejanza." (Génesis 5:3).

Pero entre la creación de Adán a imagen de Dios y el nacimiento de un hijo a su propia imagen, un gran cambio tuvo lugar. Entró el pecado. La inocencia se desvaneció. Adán llegó a ser un hombre caído, arruinado, proscrito. El lector debe atender a este hecho y ponderarlo. Se trata de un hecho importante e influyente. Nos introduce en el secreto de la fuente de esa vida que poseemos como hijos de Adán. Esa fuente fue una cabeza culpable, arruinada, proscrita. No fue en inocencia que Adán llegó a ser cabeza de una raza. No fue dentro de los límites del Paraíso que Caín fue dado a luz sino fuera de ellos, en un mundo arruinado y maldito. No fue a la imagen de Dios que Caín fue dado a luz, sino a imagen de un padre caído.

Nosotros creemos plenamente que, personalmente, Adán fue objeto de la gracia divina y que él fue salvo por medio de la fe en la Simiente de la mujer prometida. Pero mirándole federalmente, es decir, como cabeza de una raza, él era un hombre caído, arruinado, proscrito, y todos los de su posteridad nacen en la misma

condición. Tal como es la cabeza, así son los miembros - todos los miembros juntos, cada miembro en particular. El hijo lleva la imagen de su padre caído y hereda su naturaleza. "Lo que es nacido de la carne, carne es" (Juan 3:6), y hagan ustedes lo que hagan con la carne - edúquenla, cultívenla, sublímenla como ustedes quieran, ella nunca producirá "espíritu." Ustedes pueden mejorar la carne según el pensamiento humano, pero la carne mejorada no es "espíritu." Las dos cosas son totalmente opuestas. Lo primero expresa todo lo que nosotros somos como nacidos en este mundo, como brotados del primer Adán. Lo último expresa lo que nosotros somos como nacidos de nuevo, como unidos al Segundo Adán.

Nosotros oímos frecuentemente la expresión, 'Elevando a las masas.' ¿Qué significa esto? Hay tres preguntas que quisiéramos formular a quienes se proponen elevar a las masas. En primer lugar, ¿Qué es lo que van a elevar? En segundo lugar, ¿Cómo las van a elevar? En tercer lugar, ¿Hacia adónde las van a elevar? Es imposible que el agua alguna vez se eleve por encima de su propio nivel. Por lo tanto, es imposible para ustedes elevar alguna vez a los hijos del Adán caído por encima del nivel de su caído padre. Aunque ustedes hagan lo que quieran con ellos, probablemente no pueden elevarlos más alto que su arruinada cabeza proscrita. Él hombre no puede crecer fuera de la naturaleza en la cual él nació. Él puede crecer en ella, pero no fuera de ella. Remonten el

río de la humanidad caída hasta su fuente y hallan que esa fuente es un hombre caído, arruinado, proscrito.

Esta simple verdad golpea la raíz de toda la soberbia humana - todo orgullo de nacimiento, todo orgullo de descendencia. Todos nosotros, como hombres, surgimos de un linaje, una cabeza, una fuente, comunes. Todos estamos engendrados a una imagen y esa imagen es la de un hombre arruinado. La cabeza de la raza y la raza de la cual él es cabeza, están todos implicados en una única ruina común. Mirado desde un punto de vista legal o social, puede haber diferencias, pero considerado desde un punto de vista divino, no hay ninguna. Si ustedes desean una idea verdadera de la condición de cada miembro de la raza humana, tienen que mirar la condición de la cabeza. Ustedes deben regresar a Génesis 3 y leer estas palabras, "Expulsó, pues, al hombre." (Génesis 3:24 - LBLA). Aquí está la raíz de todo el asunto. Aquí está la fuente del río, las corrientes que han entristecido los millones de la posteridad de Adán por casi 6.000 años. El pecado ha entrado y ha roto el vínculo, ha desfigurado la imagen de Dios, ha corrompido las fuentes de vida, ha introducido la muerte y le ha dado a Satanás el poder de la muerte.

Así rige en referencia a la raza de Adán - a la raza como un todo y a cada miembro de esa raza en particular. Todos están implicados en la culpa y la ruina. Todos están expuestos a la muerte y al juicio. No hay ninguna

excepción. "El pecado entró en el mundo por un hombre, y por el pecado la muerte, así la muerte pasó a todos los hombres, por cuanto todos pecaron." (Romanos 5:12). "En Adán todos mueren." (1 Corintios 15:22). Aquí están ligadas las dos tristes y solemnes realidades - 'Pecado y muerte.'

Pero, gracias a Dios, un Segundo Hombre ha entrado en la escena. Este gran hecho, a la vez que establece la gracia maravillosa de Dios hacia el primer hombre y su posteridad, demuestra del modo más claro y más irrefutable que el primer hombre ha sido apartado completamente. Si el primero hubiera sido hallado perfecto, entonces no se habría buscado ningún lugar para el Segundo. Si hubiera habido un solo rayo de esperanza en cuanto al primer Adán, no habría habido necesidad del Segundo.

Pero Dios envió a Su Hijo a este mundo. Él era 'la Simiente de la mujer.' Que este hecho sea notado y ponderado. Jesucristo no vino bajo la jefatura federal de Adán. Él descendía legalmente de David y Abraham, tal como leemos en Mateo. "Nuestro Señor Jesucristo, que era del linaje de David según la carne." (Romanos 1:3). Además, Su genealogía es trazada hasta Adán por el escritor inspirado en el evangelio de Lucas. Pero aquí se trata del anuncio angélico como el misterio de Su concepción: "Respondióle el ángel: El Espíritu Santo vendrá sobre tí, y el poder del Altísimo te cubrirá con su

sombra; por lo cual también lo santo que ha de nacer será llamado Hijo de Dios." (Lucas 1:35 - NTHA).

Aquí tenemos a un Hombre verdadero, pero Uno sin una sola mancha de pecado o una sola semilla de mortalidad. Él fue hecho de la mujer, de la sustancia de la virgen, un Hombre en cada detalle, tal como somos nosotros, pero completamente sin pecado y enteramente libre de cualquier asociación que podía haberle dado al pecado o a la muerte una demanda sobre Él. Si nuestro bendito Señor hubiera venido, en cuanto a Su naturaleza humana, bajo la jefatura de Adán, Él no podría haber sido llamado el Segundo Hombre puesto que Él habría sido un miembro del primero, como cualquier otro hombre. Además. Él habría estado sujeto a la muerte en Su propia persona, lo cual es blasfemia afirmar o suponer.

Pero, que Su nombre sea adorado para siempre, Él era el puro, santo, sin mancha, Santo de Dios. Él era único. Él estuvo solo - el único grano puro impoluto de simiente humana que la tierra había visto jamás. Él vino a este mundo de pecado y muerte, siendo Él mismo sin pecado y dador de vida. En Él estaba la vida y en ninguna otra parte. Aparte de Él todo era muerte y tinieblas. No había ni un solo pulso de vida espiritual, ni un rayo de luz divina aparte de Él. La raza entera del primer hombre estaba implicada en el pecado, bajo el poder de la muerte, y expuesta al juicio eterno. Él podía decir, "Yo soy la luz del mundo." (Juan 8:12). Aparte de Él, todo era tiniebla moral

y muerte espiritual. "En Adán todos mueren, también en Cristo todos serán vivificados." (1 Corintios 15:22). Veamos de qué manera.

Tan pronto como el Hijo del Hombre apareció en la escena, Satanás apareció para disputar cada centímetro de terreno con Él. Se trataba de una gran realidad. El Hombre Cristo Jesús había emprendido la obra poderosa de glorificar a Dios en esta tierra, de destruir las obras del diablo y de redimir a Su pueblo. Una obra estupenda - obra que nadie sino el Dios-Hombre podía llevar a cabo. Pero era una cosa real. Jesús tuvo que enfrentar toda la astucia y todo el poder de Satanás. Él tuvo que enfrentarle como la serpiente y enfrentarlo como el león. De ahí que, en el comienzo mismo de Su bendita carrera, como el Hombre bautizado y ungido, Él estuvo en el desierto para ser tentado del diablo. Veán Mateo 4 y Lucas 4.

Y noten, incluso aquí, el contraste entre el primer hombre y el Segundo. El primer hombre estuvo en medio de un jardín de delicias, con todo lo que posiblemente podía pedir a Dios contra el tentador. El Segundo Hombre, por el contrario, estuvo en medio de un desierto de privaciones con todo, aparentemente, para contender contra Dios y por el tentador. Satanás probó con el Segundo Hombre precisamente las mismas armas que había encontrado tan efectivas con el primero - "los deseos de la carne, los deseos de los ojos y la soberbia de

la vida." (1 Juan 2:16 - RVA). Comparen con: Génesis 3:6; Mateo 4: 1-19; Lucas 4: 1-12; y 1 Juan 2:16.

Pero el Segundo Hombre venció al tentador con una sencilla arma, la Palabra escrita. "Escrito está" fue la única respuesta invariable del Hombre dependiente y obediente. Ningún razonamiento, ningún cuestionamiento, ninguna mirada hacia uno u otro lado. La Palabra del Dios vivo fue la autoridad dominante para el Hombre perfecto. ¡Que Su nombre sea bendito por siempre! ¡Que el homenaje del universo sea Suyo a través de los siglos eternos! Amén y amén.

Pero no debemos permitirnos explayarnos, y, por consiguiente, nos apresuramos a exponer nuestro tema especial. Queremos que el lector vea a la luz de la Escritura Santa de qué manera el Segundo Adán imparte vida a Sus miembros. Mediante la victoria en el desierto, el hombre fuerte fue 'atado', no fue 'destruido.' De ahí que hallamos que, al final, se le autoriza intentarlo vez más. Apartándose de Él "por un tiempo" (Lucas 4:13), él regresó en otro carácter, como aquel que tenía el poder de la muerte aterrizando el alma del hombre por medio de este poder. ¡Pensamiento tremendo! Este poder fue ejercido en toda su terrible intensidad, sobre el espíritu de Cristo en el huerto de Getsemaní. Probablemente nosotros no podemos contemplar esta escena sin dejar de sentir que el espíritu de nuestro bendito Señor estaba pasando a través de algo que Él nunca antes había

experimentado. Es evidente que se le permitió a Satanás venir ante Él en una manera muy especial, y emplear un poder especial para, si era posible, disuadirle. Él lo dice así en Juan 14:30, "viene el príncipe de este mundo, y él nada tiene en mí." (N. del T.: otra traducción, "viene el príncipe de este mundo. Él no tiene ningún dominio sobre mí." - NVI). Así también en Lucas 22: 52 y 53, le encontramos diciendo a los principales sacerdotes y a los jefes de la guardia del templo, "¿Como contra un ladrón habéis salido con espadas y palos? Habiendo estado con vosotros cada día en el templo, no extendisteis las manos contra mí; mas esta es vuestra hora, y la potestad de las tinieblas."

Evidentemente, por tanto, el período desde la última cena hasta la cruz estuvo marcado por características bastante distintas de las de cada etapa previa de la maravillosa historia de nuestro Señor. "Esta es vuestra hora." Y, además, "La potestad de las tinieblas." El príncipe de este mundo vino contra el segundo Hombre, armado con todo el poder que el pecado del primer hombre le había conferido. Él aplicó sobre Su espíritu todo el poder y todos los terrores de la muerte como siendo el justo juicio de Dios. Jesús enfrentó todo esto en su fuerza suprema y en toda su atroz intensidad. De ahí que nosotros oímos énfasis tales como estos, "Mi alma está muy afligida, hasta el punto de la muerte." (Mateo 26:38 - LBLA). Y, de nuevo, leemos que, "estando en agonía, oraba más intensamente; y era su sudor como

grandes gotas de sangre que caían hasta la tierra." (Lucas 22:44).

En una palabra, entonces, Aquel que tomó a Su cargo la redención de Su pueblo, el darle vida eterna a Sus miembros, para cumplir la voluntad y los consejos de Dios, tuvo que enfrentar todas las consecuencias de la condición del Hombre. No había cómo escapar de ellos. Él pasó por todas ellas; pero Él pasó por ellas solo, pues ¿quién sino Él podía haberlo hecho? Él, el Arca verdadera, tuvo que pasar solo el oscuro y terrible río de la muerte para hacer una senda para que Su pueblo pase sobre tierra seca. Él estuvo solo en el pozo de la desesperación y en el lodo cenagoso, para que nosotros pudiéramos estar con Él sobre la roca. Él solo obtuvo el cántico nuevo, para que Él lo pudiera cantar en medio de la iglesia. (Salmo 40: 2, 3).

Pero no solamente nuestro Señor enfrentó todo el poder de Satanás como príncipe de este mundo, todo el poder de la muerte como el justo juicio de Dios, toda la violencia y amarga enemistad del hombre caído: hubo algo mucho más allá de todo esto. Cuando el hombre y Satanás, la tierra y el infierno, habían hecho todo lo posible, permaneció allí una región de tinieblas y de impenetrable oscuridad a ser atravesada por el espíritu del Bendito, en la cual le es imposible al pensamiento humano entrar. Sólo podemos mantenernos en los confines, y con nuestras cabezas inclinadas en el profundo

silencio de indecible adoración, oír el fuerte y amargo clamor emitido desde allí, acompañado de estas palabras, "Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?" (Mateo 27:46) - palabras que la eternidad misma será insuficiente para develar.

Aquí debemos detenernos y rendir, una vez más, la eterna y universal alabanza, homenaje y adoración a Aquel que pasó por todo esto para procurar vida para nosotros. ¡Que nuestros corazones puedan adorarle! ¡Que nuestros labios puedan alabarle! ¡Que nuestras vidas puedan glorificarle! Sólo Él es digno. Que su amor pueda constreñirnos a vivir, no para nosotros mismos, sino para Aquel que murió por nosotros y resucitó, y nos dio vida en resurrección.

No es posible sobrestimar el interés y el valor de la gran verdad de que la fuente de la vida que, como Cristianos, nosotros poseemos, es un Cristo resucitado y victorioso. Es como resucitado de entre los muertos que el segundo Hombre llega a ser Cabeza de una raza - Cabeza de Su cuerpo la iglesia. La vida que el creyente posee ahora es una vida que ha sido sometida a prueba y acrisolada en toda posible manera, y, por consiguiente, nunca puede entrar en juicio. Es una vida que ha pasado a través de la muerte y el juicio, y por tanto, nunca puede morir - nunca puede entrar en juicio. Cristo, nuestra Cabeza viviente, ha abolido la muerte, y ha sacado a la luz la vida y la inmortalidad por medio del evangelio. (2

Timoteo 1:10). Él enfrentó la muerte en toda su realidad para que nosotros nunca la enfrentáramos. Él obró así por nosotros, en Su amor y gracia maravillosos, para hacer de la muerte parte de nuestra propiedad. (Veán 1 Corintios 3:22).

En la vieja creación, el hombre pertenece a la muerte, y por eso se ha dicho con razón que en el mismo momento que el hombre comienza a vivir, él comienza a morir. "Está decretado que los hombres mueran una sola vez, y después de esto, el juicio." (Hebreos 9:27 - LBLA). No hay ni siquiera una sola cosa que el hombre posea, en la antigua creación, que no será arrancada de su dominio por la mano inmisericorde de la muerte. La muerte le quita todo y reduce su cuerpo a polvo, y envía su alma al juicio. Casas, tierras, riqueza y distinción, fama e influencia - todo desaparece cuando el último enemigo lúgubre se acerca. Aunque la riqueza del universo estuviera en posesión de un hombre, no podría comprar con ella ni un solo momento de respiro. La muerte despoja al hombre de todo y lo transporta al juicio. El rey y el mendigo, el señor y el campesino, el docto filósofo y el ignorante payaso, el civilizado y el salvaje, son todos iguales. La muerte se apodera de todo dentro de los límites de la vieja creación. El sepulcro es el final de la historia terrenal del hombre, y más allá está el trono de juicio y el lago de fuego.

Pero, por otra parte, en la nueva creación, la muerte le pertenece al hombre. No hay ni siquiera una sola cosa que el Cristiano posee que él no se lo deba a la muerte. Él tiene vida, perdón, justicia, paz, aceptación, gloria, todo esto por medio de la muerte - la muerte de Cristo. En una palabra, el aspecto completo de la muerte es cambiado. Satanás ya no puede traerla más para afectar el alma del creyente como el juicio de Dios contra el pecado. Dios puede utilizarla, y la utiliza, en Sus tratos gubernamentales con Su pueblo, a manera de disciplina y castigo. (Ver Hechos 5; 1 Corintios 11:30, 1 Juan 5:16). Pero Satanás, como aquel que tenía el poder de la muerte, ha sido destruido. Nuestro Señor Jesucristo le arrebató su poder y Él tiene ahora en Su mano omnipotente las llaves de la muerte y del sepulcro. La muerte ha perdido su aguijón - el sepulcro ha perdido su victoria; y, por consiguiente, si la muerte sobreviene al creyente, no viene como un amo, sino como un siervo. Ella viene, no como un policía a arrastrar el alma a su cárcel eterna, sino como una mano amistosa que viene a abrir la puerta de la jaula y a dejar que el espíritu vuele a su hogar natal en los cielos.

Todo esto hace una gran diferencia. Tiende, entre otras cosas, a quitar el temor de la muerte que era perfectamente consistente con el estado de los creyentes bajo la ley, pero que es completamente incompatible con la posición y los privilegios de quienes están unidos a Él, quien está vivo de entre los muertos. Tampoco es esto

todo. La vida y el carácter enteros del Cristiano deben tomar su carácter de la fuente de donde esa vida emana. "Si habéis, pues, resucitado con Cristo, buscad las cosas de arriba, donde está Cristo sentado a la diestra de Dios. Poned la mira en las cosas de arriba, no en las de la tierra. Porque habéis muerto, y vuestra vida está escondida con Cristo en Dios. Cuando Cristo, [quien es] nuestra vida, sea manifestado, entonces vosotros también seréis manifestados con El en gloria." (Colosenses 3: 1-4 - LBLA). El agua busca siempre su propio nivel, y del mismo modo la vida del Cristiano, fortalecido y guiado por el Espíritu Santo, siempre brota hacia su fuente.

Que nadie se imagine que todo esto que nosotros estamos sosteniendo es un mero asunto de opinión humana - un punto poco importante - una noción sin ninguna influencia. Lejos de ello. Se trata de una gran verdad práctica presentada constantemente por el Apóstol Pablo, sobre la cual insiste constantemente - una verdad que él predicaba como evangelista, que enseñaba y revelaba como maestro, y que contemplaba en sus resultados como un fiel y vigilante pastor. Tan prominente era el lugar que esta gran verdad de la resurrección ocupaba en la predicación del apóstol, que algunos de los filósofos Atenienses decían de él: "Parece que es predicador de nuevos dioses; porque les predicaba el evangelio de Jesús, y de la resurrección." (Hechos 17:18).

Que el lector observe esto. "De Jesús, y de la resurrección." ¿Porqué la predicación no fue de Jesús, y de la encarnación?, ¿o de Jesús, y de la crucifixión? ¿Fue acaso que estos profundos e inapreciables misterios no tenían lugar en la predicación y enseñanza apostólicas? Lean 1 Timoteo 3:16, para la respuesta. "E indiscutiblemente, grande es el misterio de la piedad: Dios fue manifestado en carne, Justificado en el Espíritu, Visto de los ángeles, Predicado a los gentiles, Creído en el mundo, Recibido arriba en gloria." Lean también Gálatas 4: 4, 5: "Pero cuando vino el cumplimiento del tiempo, Dios envió a su Hijo, nacido de mujer y nacido bajo la ley, para que redimiese a los que estaban bajo la ley, a fin de que recibiésemos la adopción de hijos."

Estos pasajes resuelven la cuestión en cuanto a las doctrinas fundamentales de la encarnación y de la crucifixión. Pero, recuérdese siempre, que Pablo predicaba y enseñaba e insistía celosamente acerca de la resurrección. Él mismo se convirtió a un Cristo resucitado y glorificado. La primera visión misma que él obtuvo de Jesús fue como un Hombre resucitado en la gloria. Fue sólo de esta manera que él le conoció, tal como nos dice en 2 Corintios 5. "Por tanto, nosotros de ahora en adelante, no conocemos a nadie según la carne: y aunque hayamos conocido a Cristo según la carne, ahora empero no le conocemos más así." (2 Corintios 5:16 - VM). Pablo predicaba un evangelio de resurrección. Él trabajaba para presentar a todo hombre perfecto en un Cristo resucitado

y glorificado. (Colosenses 1:28). Él no se limitaba a un mero asunto de perdón de pecado y salvación del infierno - tan preciosos y más allá de todo precio como son estos frutos de la muerte expiatoria de Cristo - él aspiraba al glorioso objetivo de plantar el alma EN Cristo, y de mantenerla allí. "De la manera, pues, que recibisteis a Cristo Jesús el Señor, así andad en él; arraigados en él, y edificados sobre él, y hechos estables en la fe, así como fuisteis enseñados, y abundando en acciones de gracias." (Colosenses 2:7 - VM). "Vosotros estáis completos en él." (Colosenses 2:10). "Sepultados con él en el bautismo, en el cual fuisteis también resucitados con él . . . os dio vida juntamente con él." (Colosenses 2: 12, 13).

Tal era la predicación y la enseñanza de Pablo. Este era su evangelio. Esto es el Cristianismo verdadero, en contraste con todas las formas de religiosidad humana y pietismo carnal bajo el sol. El gran tema de Pablo era la vida en un Cristo resucitado. No era meramente salvación y perdón por medio de Cristo, sino unión con Él. El evangelio de Pablo plantaba el alma de inmediato en un Cristo resucitado y glorificado, siendo la redención y el perdón de pecados la consecuencia obvia y necesaria. Este fue el glorioso evangelio del Dios bendito que le fue encomendado a Pablo. (1 Timoteo 1:11).

De buen grado analizaríamos con más detenimiento este bendito tema de la fuente de la vida cristiana, pero debemos apresurarnos en tratar los puntos

remanentes de nuestro asunto, y, por consiguiente, llamaremos brevemente la atención del lector, en segundo lugar, a las características o rasgos morales de la vida que, como Cristianos, poseemos. Para hacer algo parecido a la justicia a este punto, procuraremos develar el precioso misterio de la vida de Cristo, como hombre, en esta tierra - procuraremos examinar Sus modos - procuraremos señalar el estilo y el espíritu con los cuales Él pasó a través de todas las escenas y circunstancias de Su curso aquí abajo.

Nosotros deberíamos contemplarle como a un niño sujeto a Sus padres, creciendo bajo la mirada de Dios, creciendo de día en día en sabiduría y en estatura, exhibiendo todo lo que era adorable a los ojos de Dios y del hombre. Nosotros deberíamos rastrear Su senda como siervo, fiel en todas las cosas - una senda marcada por trabajos y fatigas incesantes. Deberíamos considerarle como el Hombre manso, humilde y obediente, sometido y dependiente en todas las cosas, despojándose a Sí mismo y anonadándose, entregándose perfectamente Él mismo para la gloria de Dios y el bien del hombre; no procurando jamás Su interés propio en ninguna cosa. Deberíamos observarle como el amigo y compañero amable, amoroso, compasivo, siempre apercebido con la copa de consolación para cada hijo de dolores, siempre al alcance para secar la lágrima de la viuda, para oír el clamor del angustiado, para alimentar al hambriento, para limpiar al leproso, para sanar toda clase de enfermedad. En una palabra,

nosotros deberíamos señalar los innumerables rayos de gloria moral que resplandecen en la vida preciosa y perfecta de Aquel que anduvo haciendo bienes. Pero, ¿quién es suficiente para estas cosas? Podemos decir meramente al lector cristiano: Ve, estudia a tu gran Ejemplo. Considera a tu Modelo. Si un Cristo resucitado es la fuente de tu vida, el Cristo que vivió aquí abajo es tu norma. Las características de tu vida son las mismísimas características que resplandecieron en Él como hombre aquí abajo. Por medio de la muerte, Él ha hecho que Su vida sea la tuya. Él te ha unido con Él mismo mediante un vínculo que nunca puede ser disuelto, y ahora tú eres un privilegiado al poder volver y estudiar las narraciones que están escritas en los evangelios para ver de qué manera Él anduvo, para que puedas, mediante la gracia del Espíritu Santo, andar como Él anduvo.

Es una verdad muy bienaventurada, aunque muy solemne, el que no hay nada que tenga algún valor en la estimación de Dios salvo la emanación de la vida de Cristo desde Sus miembros aquí. Todo lo que no es el fruto directo de esa vida es totalmente sin valor en la estimación de Dios. Las actividades de la vieja naturaleza, no son meramente sin valor sino pecaminosas. Existen algunas relaciones naturales en las cuales estamos, y que Dios aprueba, y en las cuales Cristo es nuestro modelo. Por ejemplo, "Maridos, amad a vuestras mujeres, así como Cristo amó a la iglesia." (Efesios 5:25). Nosotros somos reconocidos como padres e hijos, amos y siervos, y se nos

enseña en cuanto a nuestra conducta en estas santas relaciones; pero todo esto es sobre el nuevo terreno de una vida resucitada en Cristo (Veán Colosenses 3; Efesios 5 y 6). El viejo hombre no es reconocido en absoluto. Se le contempla como crucificado, muerto y sepultado; y somos llamados a considerarlo como muerto, y a mortificar nuestros miembros que están en la tierra, y a andar como Cristo anduvo; a vivir una vida de entrega del yo, a manifestar la vida de Cristo, a reproducirle. Esto es Cristianismo práctico. ¡Que podamos entenderlo mejor! ¡Que podamos, por lo menos, recordar que nada tiene el más mínimo valor en la apreciación de Dios salvo la vida de Cristo mostrada en el creyente de día en día por el poder del Espíritu Santo! La más débil expresión de esta vida es un olor grato para Dios. Los más poderosos esfuerzos de la carne meramente religiosa - los más costosos sacrificios - las ordenanzas y ceremonias más imponentes no son más que "obras muertas" ante los ojos de Dios. La religiosidad es una cosa; el Cristianismo es otra cosa muy diferente.

Y ahora, una palabra en cuanto al resultado de la vida que, como Cristianos, nosotros poseemos. Ciertamente podemos decir una "sola palabra" y, ¿cuál es esa palabra? "Gloria." Este es el único resultado o consecuencia de la vida cristiana. "Cuando Cristo, el cual es nuestra vida, sea manifestado, entonces vosotros también seréis manifestados juntamente con él en gloria." (Colosenses 3:4 - VM). Jesús está esperando el momento

de Su manifestación en gloria, y nosotros esperamos en y con Él. Él está sentado y esperando, y nosotros estamos sentados y esperando de igual manera. "Pues como El es, así somos también nosotros en este mundo." (1 Juan 4:17 - LBLA). La muerte y el juicio están detrás de nosotros, nada sino la gloria está delante de nosotros. Si podemos expresarlo de este modo, nuestro ayer es la cruz; nuestro hoy es un Cristo resucitado; nuestro mañana es la gloria. Así rige para con todos los creyentes verdaderos. Es con ellos así como con su Cabeza viviente y exaltada. Así como es la Cabeza, así son los miembros. Ellos no pueden ser separados ni por un solo momento, con ningún objetivo posible. Ellos están inseparablemente unidos juntos en el poder de una unión que ninguna influencia de la tierra o del infierno puede jamás disolver. La Cabeza y los miembros son eternamente uno. La Cabeza ha pasado por la muerte y el juicio; así lo han hecho los miembros. La Cabeza está sentada en la presencia de Dios, así están los miembros - conjuntamente vivificados, resucitados, y sentados con la Cabeza en la gloria.

Lector, esto es vida cristiana. Piensa en ello. Piensa profundamente. Considérala a la luz del Nuevo Testamento. Su fuente: un Cristo resucitado. Sus características: los mismísimos rasgos de la vida de Cristo como fueron vistos en este mundo. Su resultado o consecuencia: gloria sin nubes y eterna. Contrástala con esta vida que poseemos como hijos e hijas de Adán. Su fuente: un hombre caído, arruinado, proscrito. Sus

características: las diez mil formas de egoísmo de las cuales se reviste la humanidad caída. Su resultado o consecuencia: el lago de fuego. Esta es la simple verdad del asunto, si hemos de ser guiados por la Escritura.

Y digamos solamente, como conclusión, en referencia a la vida que los Cristianos poseen, de que no hay tal cosa como 'una vida cristiana más elevada.' Puede ser que las personas que utilizan esta forma de hablar quieran dar a entender una cosa correcta; pero la forma de expresión es incorrecta. No hay más que una única vida, y esa es Cristo. Sin duda hay variadas medidas en el goce y en la exhibición de esta vida, pero, independientemente de lo que la medida pueda variar, la vida es una. Puede haber etapas más elevadas o más bajas en esta vida, pero la vida no es más que una. El santo más avanzado en la tierra y el más débil 'bebé' en Cristo poseen ambos una y la misma vida pues Cristo es la vida de cada uno de ellos, la vida de ambos, la vida de todos.

Todo esto es muy felizmente sencillo, y deseamos que el lector lo considere cuidadosamente. Nosotros estamos plenamente persuadidos de que hay una necesidad urgente de una clara revelación y fiel proclamación de este evangelio de resurrección. Muchos se detienen en la encarnación; otros siguen adelante hasta la crucifixión. Nosotros deseamos un evangelio que nos presente todo: encarnación, crucifixión, y resurrección. Este es el evangelio que posee el verdadero poder moral -

la poderosa influencia para elevar el alma fuera de toda asociación terrenal, y para dejarla en libertad para que ande con Dios en el poder de una vida resucitada en Cristo. Que este evangelio pueda ser presentado en energía viva, a lo lejos y a lo ancho, por toda la longitud y anchura de la iglesia profesante. Hay cientos y miles que pertenecen al pueblo de Dios que necesitan conocerlo. Ellos están afligidos con dudas y preguntas que serían removidas en su totalidad mediante la sencilla recepción de la bienaventurada verdad de la vida en un Cristo resucitado. En el Cristianismo no existen dudas y temores. Los Cristianos, ¡desgraciadamente! los tienen; pero estas dudas y temores no pertenecen al Cristianismo en absoluto. ¡Que la resplandeciente luz del evangelio de Pablo pueda entrar a raudales en todos los santos de Dios, y dispersar las nieblas y brumas que los rodean, de modo que ellos puedan realmente entrar en esa libertad santa con la cual Cristo hace a Su pueblo libre!

3

DIVERSIDAD Y UNIDAD

Resulta en seguida interesante e instructivo señalar las variadas líneas de verdad presentadas en el Nuevo Testamento, todas ellas encontrando su centro en Aquel Bendito que es la verdad. Nosotros vemos esto, tanto en los Evangelios como en las Epístolas. Cada uno de los cuatro Evangelistas, bajo la guía y el poder directos del Espíritu Santo, nos entregan una visión distintiva de Cristo. Mateo le presenta en Sus relaciones Judías - como el Mesías, el Hijo de David, Hijo de Abraham - heredero de las promesas hechas a los padres. Marcos le presenta como el obrero ferviente, el siervo diligente, el ministro laborioso, el incesante maestro y predicador. Lucas nos presenta "El Hombre Cristo Jesús", en Sus relaciones humanas, Hijo del

Hombre, Hijo de Adán. Juan se ocupa del Hijo de Dios, Hijo del Padre, el Hombre celestial, en Sus relaciones celestiales.

Así, cada uno tiene su propia línea específica. Ni dos de ellos son iguales, pero todos están de acuerdo. Hay una hermosa variedad, pero la más perfecta armonía; hay diversidad y unidad. Mateo no interfiere con Marcos; ni Marcos con Lucas; ni Lucas con Juan. No hay ningún antagonismo, debido a que cada uno se mueve en su propia órbita apropiada, y todos giran alrededor del único gran centro.

Nosotros tampoco podríamos prescindir de ninguno de los cuatro. Habría un espacio en blanco si uno de ellos faltara; y es el propósito y gozo del Espíritu Santo exponer cada rayo de la gloria moral del Hijo de Dios. Cada Evangelio cumple su propio servicio, bajo la mano guiadora del Espíritu Santo.

Lo mismo sucede en las Epístolas. La línea de cosas de Pablo es tan distinta de la de Pedro, como la de Pedro es de la de Juan, o la de Juan de la de Santiago. Ni dos de ellos son iguales, pero todos están de acuerdo. No hay ningún antagonismo, debido a que, al igual que los cuatro Evangelistas, cada uno se mueve en su órbita designada, y todos giran alrededor del único Centro común. La órbita es distinta, pero el Centro es uno. Pablo nos entrega la gran verdad de la relación del hombre con Dios, sobre el terreno de una redención cumplida, junto con los consejos

de Dios en cuanto a Israel y a la Iglesia. Pedro nos presenta la peregrinación Cristiana y el gobierno de Dios del mundo. Santiago insiste en la justicia práctica. Juan abre el gran tema de la vida eterna; primero con el Padre, luego manifestada en el Hijo, manifestada a nosotros, y finalmente desplegada en el futuro glorioso.

Ahora bien, sería el colmo mismo de la locura de parte nuestra, establecer cualquier comparación odiosa entre esas variadas líneas de verdad, o entre los amados y respetados instrumentos mediante quienes estas líneas nos son presentadas. Cuán necio sería colocar a Mateo contra Marcos, Marcos contra Lucas, Lucas contra Juan, o ¡Juan contra todo los demás! Cuán pueril sería que cualquier persona dijese, 'Yo estoy a favor de la línea de cosas de Pablo, solamente. Santiago parece estar por debajo de la norma. A Pedro y a Juan no los aprecio. Pablo es el hombre para mí. Su ministerio me satisface.'

Nosotros debemos, de inmediato, denunciar todo esto como locura pecaminosa, a no ser tolerada ni por un momento. Las variadas líneas de verdad, todas ellas convergen en un único Centro glorioso y bendito. Los variados instrumentos son todos empleados por uno y por el idéntico Espíritu inspirador, para el único gran objetivo de presentar las variadas glorias morales de Cristo. Nosotros los necesitamos a todos. No podríamos prescindir más de Mateo o Marcos de lo que podríamos prescindir de Lucas o Juan; y no nos toca a nosotros

menospreciar a Pedro o Santiago, debido a que ellos no entregan un rango tan elevado y completo de la verdad como lo hacen Pablo o Juan. Cada uno de ellos es necesario en su lugar. Cada uno tiene su trabajo para hacer, su línea de cosas designada para considerar, y nosotros estaríamos haciendo un serio daño a nuestras almas, así como estaríamos desfigurando la integridad de la revelación divina, si nos limitásemos a alguna de las líneas de verdad en particular, o nos adhiriéramos exclusivamente a algún particular instrumento o vaso.

Los primeros Corintios cayeron en este grave error, y provocaron así una aguda reprensión del bendito Apóstol Pablo. Algunos eran de Pablo; algunos de Apolos, algunos de Cefas; algunos de Cristo. Todos estaban errados, y los que decían que eran de Cristo estaban tan errados como cualquiera de los demás. Ellos eran carnales, y andaban como hombres. Fue una gravosa locura envanecerse unos contra otros, en vista de que todos ellos eran siervos de Cristo, y todos pertenecían a la Iglesia entera.

Ni es de otra manera ahora en la Iglesia de Dios. Hay variados tipos de obreros, y variadas líneas de verdad; y es nuestro feliz privilegio, por no decir nuestro santo deber, reconocer y regocijarnos en todos ellos. Envanecernos unos contra otros (1 Corintios 4:6), es ser 'carnales y andar como hombres.' (1 Corintios 3:3). Menospreciar a cualquiera de los siervos de Cristo es

menospreciar la verdad que él lleva, y abandonar nuestras propias misericordias. "Porque todo es vuestro: ya sea Pablo, o Apolos, o Cefas, o el mundo, o la vida, o la muerte, o lo presente, o lo por venir, todo es vuestro, y vosotros de Cristo, y Cristo de Dios." (1 Corintios 3: 21-23 - LBLA).

Esta es la forma verdadera y divina de considerar el asunto; y esta, también, es la manera de evitar las sectas, partidos, corrillos y camarillas en la Iglesia de Dios. Hay un cuerpo, una Cabeza, un Espíritu, una revelación divina y perfecta - las Santas Escrituras. Hay muchos miembros, muchos dones, muchas líneas de verdad, muchos diferentes caracteres de ministerio. Nosotros los necesitamos a todos, y por tanto Dios los ha dado todos.

Pero, muy ciertamente, Dios no ha dado los varios dones y ministerios para que nos pongamos unos contra otros, sino para que podamos, humilde y agradecidamente, beneficiarnos de todos ellos, y saquemos provecho mediante ellos conforme a Su propósito de gracia al habérselos dado. Si todos fueran Pablos, ¿dónde estarían los Pedros? Si todos fueran Pedros, ¿dónde estarían los Juanes?

No solamente esto; sino, ¿cuál debe ser el resultado de adherirse a alguna particular línea de verdad, o carácter de ministerio? ¿Cuál sino producir un carácter Cristiano imperfecto? Todos nosotros somos

tristemente propensos a la parcialidad; y no existe nada que ministre más a este mal que una inmoderada adherencia a alguna de las líneas de verdad, para exclusión de otras ramas igualmente importantes. Es "por la verdad" que nosotros somos santificados - por toda la verdad, no por alguna verdad ("Santificalos por tu verdad: tu palabra es la verdad." Juan 17:17 - RVR1865).

Nosotros debemos deleitarnos en cada departamento de la verdad, y dar una cordial bienvenida a cada vaso o instrumento que nuestro Dios se complazca utilizar para ministrar Su verdad a nuestras almas. Envanecernos unos contra otros es ocuparse más del vaso que de la verdad que el vaso contiene, ocuparse más del hombre que de Dios - ¡un grave error! "¿Qué es, pues Apolo? ¿Qué es Pablo?... ¡Servidores, por medio de los cuales habéis creído!, y cada uno según lo que el Señor le dio." (1 Corintios 3:5 - BJ).

Aquí se halla el gran principio. Dios tiene varios instrumentos para Su obra, y debemos apreciarlos a todos como Sus instrumentos, y nada más. Ha sido siempre el objetivo de Satanás conducir al pueblo del Señor a establecer directores de escuelas de pensamiento, líderes de facciones, centros de exclusividad, dividiendo así la Iglesia de Dios en sectas, y destruyendo su unidad visible. No ignoremos sus estratagemas; sino que de todas las formas posibles, procuremos con diligencia "guardar la unidad del Espíritu en el vínculo de la paz." (Efesios 4:3).

¿Cómo se ha de lograr este gran objetivo? Manteniéndose uno cerca del Centro - permaneciendo en Cristo - ocupándose uno habitualmente en Él - bebiendo profundamente en Su Espíritu, y andando en Sus pisadas - estando uno postrado a Sus pies, en verdadero quebrantamiento de espíritu y humildad de mente - mediante la completa consagración a Su servicio, al progreso de Su causa, a la promoción de Su gloria, a la prosperidad y a la bendición de cada amado miembro de Su cuerpo.

De este modo nosotros seremos librados de la disputa y de la contención, de la discusión acerca de cuestiones sin provecho y de teorías sin fundamento, de parcialidades, prejuicios, y predilección. Seremos capaces de ver y apreciar todas las variadas líneas de verdad convergiendo en el único Centro divino, los variados rayos de luz emanando de la única Fuente eterna. Nos regocijaremos en el gran hecho de que, en todos los caminos y obras de Dios, en cada departamento de la naturaleza y la gracia, en las cosas en la tierra y las cosas en el Cielo, en el tiempo y en la eternidad, no se trata de una uniformidad monótona, sino de una deliciosa variedad. En una palabra, el principio universal y eterno de Dios es "DIVERSIDAD Y UNIDAD."

4

LA BIBLIA: ¿DE DÓNDE ES? ¿DEL CIELO O DE LOS HOMBRES?

"Toda la Escritura es inspirada por Dios." (2 Timoteo 3:16).

Preciosas palabras! ¡Ojalá ellas fueran más minuciosamente entendidas en este nuestro día! Es de la mayor importancia posible que el pueblo del Señor esté arraigado, cimentado y establecido en la gran verdad de la inspiración plenaria de la Santa Escritura. Es de temer que el descuido en cuanto a este asunto del mayor peso se está extendiendo en la iglesia profesante hasta una magnitud que causa consternación.

En muchos lugares se ha puesto de moda mostrar desprecio ante la idea de la inspiración plenaria. Se la estima como de la más absoluta puerilidad e ignorancia. El hecho de ser capaces, mediante la crítica libre, de descubrir imperfecciones en el precioso volumen de Dios, es considerado por muchos como una gran demostración de profunda erudición, amplitud de mente y pensamiento original; y luego, presumir y asumir el derecho de juzgar la Biblia como si fuera una mera composición humana. Ellos emprenden la tarea de pronunciarse sobre lo que es, y sobre lo que no es, digno de Dios. De hecho, ellos asumen, virtualmente, el derecho de juzgar a Dios mismo. El resultado presente es, como se podía esperar, de tinieblas y confusión absolutas, tanto para los propios ilustrados doctores como para todos quienes son tan necios como para escucharlos. Y en cuanto al futuro, ¿quién puede concebir el destino eterno de todos aquellos que tendrán que responder ante el tribunal de Cristo por el pecado de blasfemar la Palabra de Dios, y descarriar a cientos mediante su incrédula enseñanza?

Sin embargo, nosotros no ocuparemos tiempo en extendernos sobre esta pecaminosa insensatez de incrédulos y escépticos - aunque se los denomine Cristianos - o sus endebles esfuerzos para arrojar deshonra sobre el incomparable volumen que nuestro amable Dios ha hecho que se escriba para nuestra enseñanza. Algún día u otro descubrirán su fatal equivocación. ¡Dios conceda que no sea demasiado tarde!

Y en cuanto a nosotros, que sea nuestro profundo gozo y nuestra profunda consolación meditar en la Palabra de Dios, para que de este modo siempre estemos descubriendo algún nuevo tesoro en esa mina inagotable, algunas nuevas glorias morales en esa revelación celestial que nos habla con un detalle y una frescura tales, como si fuera escrita expresamente para nosotros - escrita en este mismo día.

No existe nada como la Escritura. Tomen, por ejemplo, cualquier escrito humano de la misma data de la Biblia; si pudieras poner tu mano en algún volumen escrito tres mis años atrás, ¿qué hallarías? Una curiosa reliquia de antigüedad, algo a ser puesto en el Museo Británico al lado de una momia Egipcia, no teniendo absolutamente ninguna aplicación para nosotros o para nuestro tiempo, un documento mohoso, una pieza de escrito obsoleto inútil para nosotros en forma práctica, refiriéndose solamente a un estado de sociedad y a una condición de cosas pasadas hace mucho tiempo y enterradas en el olvido.

La Biblia, al contrario, es el libro para el día de hoy. Es el libro de Dios, Su revelación perfecta. Es Su propia voz hablando a cada uno de nosotros. Es un libro para todas las épocas, para toda región, para toda clase de personas, para todas las clases sociales, alta, media y baja, para el rico y el pobre, para el culto y para el ignorante, para el anciano y para el joven. Habla en un lenguaje tan

simple que un niño puede entenderlo, y aun así tan profundo, que el más enorme intelecto no puede agotarla. Además, habla directo al corazón, toca los manantiales más profundos de nuestro ser moral; penetra a las raíces ocultas del pensamiento y del sentimiento en el alma; nos juzga minuciosamente. En una palabra, es, como nos dice el apóstol inspirado, "viva y eficaz, y más cortante que toda espada de dos filos; y penetra hasta partir el alma y el espíritu, las coyunturas y los tuétanos, y discierne los pensamientos y las intenciones del corazón." (Hebreos 4:12).

Y luego, adviertan el maravilloso alcance de su extensión. Trata con precisión y tan fuertemente con los hábitos y costumbres, las maneras y los axiomas del siglo 19 de la era Cristiana como con los de los días más tempranos de la existencia humana. Exhibe un perfecto conocimiento del hombre en cada etapa de su historia. El Londres de hoy y la ciudad de Tiro de tres mil años atrás son reflejados con igual precisión y fidelidad en la página sagrada. La vida humana en cada etapa de su desarrollo es retratada por una mano maestra en ese maravilloso volumen que nuestro Dios ha escrito benignamente para nuestra enseñanza.

¡Qué privilegio es poseer un libro semejante! ¡tener en nuestras manos una revelación divina! ¡tener acceso a un libro, del que cada línea es dada por inspiración de Dios! ¡tener una historia dada divinamente del pasado, el

presente y el futuro! ¿Quién puede estimar correctamente un privilegio tal como este?

Pero entonces, este libro juzga al hombre - juzga sus caminos - juzga su corazón. Le dice la verdad acerca de él mismo. Por eso al hombre no le agrada el libro de Dios. Un hombre inconverso preferiría ampliamente un periódico o una novela sensacionalista a la Biblia. Él preferiría leer el reporte de un juicio en una de nuestras cortes de justicia criminal que un capítulo en el Nuevo Testamento.

De ahí, también, el esfuerzo constante de buscar defectos en el bendito libro de Dios. Incrédulos, en todas las épocas y de todas las clases, han trabajado duro para descubrir imperfecciones y contradicciones en la Escritura Santa. Los enemigos resueltos de la Palabra de Dios han se ser hallados, no sólo en las filas del vulgo, de los toscos y los corrompidos, sino entre los educados, los refinados y los cultivados. Tal como fue en los días de los apóstoles. "Ciertos hombres malos, de los ociosos que frecuentan la plaza" (Hechos 17:5 - VM), y "mujeres religiosas, de honorable condición" (Hechos 13:50 - VM) - dos clases de personas tan alejadas unas de otras, socialmente y moralmente - encontraron un punto en que ellos pudieron estar sinceramente de acuerdo, a saber, el rechazo absoluto de la Palabra de Dios y de quienes la predicaban fielmente. (Comparen Hechos 13:50 con Hechos 17:5). De este modo, nosotros siempre

encontramos que los hombres que difieren en casi todo lo demás, concuerdan en su resuelta oposición a la Biblia. Otros libros son dejados en paz. Los hombres no se preocupan de señalar defectos en los escritos de Virgilio, Horacio, Homero o Heródoto; pero ellos no pueden soportar la Biblia, pues ella los expone y les dice la verdad acerca de ellos mismos y del mundo al que ellos pertenecen.

Y, ¿no fue exactamente igual con la Palabra viva - el Hijo de Dios, el Señor Jesucristo, cuando Él estuvo aquí entre los hombres? Los hombres le aborrecieron porque Él les dijo la verdad. Su ministerio, Sus palabras, Sus modos, Su vida entera fue un testimonio constante contra el mundo; de ahí la amarga y persistente oposición de ellos: a otros hombres se les dejaba pasar, pero Él era observado y acechado en cada movimiento de Su senda. Los grandes líderes y guías del pueblo "consultaron entre sí de cómo podrían entraparle en alguna palabra." (Mateo 22:15 - VM), para hallar ocasión contra Él para poder ellos entregarle al poder y autoridad del gobernador. Así fue durante su maravillosa vida; y al final, cuando el Bendito fue clavado a la cruz entre dos malhechores, estos últimos fueron dejados en paz; no hubo insultos dirigidos a ellos, los principales sacerdotes y ancianos no menearon su cabeza ante ellos. No: todos los insultos, toda la burla, toda la tosca y desalmada vulgaridad - todo se acumuló sobre el Ocupante divino de la cruz central.

Ahora bien, es bueno que nosotros entendamos a fondo la fuente real de la oposición a la Palabra de Dios - sea ella la Palabra viva o la Palabra escrita. Ello nos capacitará para estimarla en su real valor.

El diablo odia la Palabra de Dios - la odia con un odio perfecto, y por eso él emplea incrédulos eruditos para escribir libros que demuestren que la Biblia no es la Palabra de Dios, que no puede ser, ya que hay errores y discrepancias en ella; y no sólo eso, sino que en el Antiguo Testamento encontramos leyes e instituciones, hábitos y prácticas indignas de un Ser amable y benevolente.

A todo este estilo de argumento nosotros tenemos una breve y directa respuesta; de todos estos incrédulos eruditos decimos simplemente, «ellos no conocen absolutamente nada acerca del asunto.» Ellos pueden ser muy eruditos, muy inteligentes, pensadores muy profundos y originales, bien preparados en literatura general, muy competentes para dar una opinión sobre cualquier tema dentro del dominio de la filosofía natural y moral, muy capaces de discutir cualquier asunto científico. Además, ellos pueden ser muy amables en la vida privada, caracteres estimables, amables, benevolentes y filantrópicos, amados en privado y respetados en público. Ellos pueden ser todo esto, pero al ser inconversos, y al no tener el Espíritu de Dios, ellos son totalmente incompetentes para formarse, y muchos

menos para emitir, un juicio sobre el tema de la Santa Escritura.

Si alguna persona completamente ignorante de la astronomía presumiera emitir un juicio sobre los principios del sistema Copernicano, estos mismos hombres de quienes hablamos la declararían, de inmediato, absolutamente incompetente para hablar, e indigna de ser oída sobre semejante tema. En resumen, nadie tiene ningún derecho en absoluto para ofrecer una opinión sobre un asunto del cual no tiene conocimiento. Este es un principio admitido por todas partes, y por tanto su aplicación en el caso que tenemos ahora ante nosotros no puede ser puesto en duda justamente.

Ahora bien, el apóstol inspirado nos dice, en su primera Epístola a los Corintios, que, "el hombre natural no recibe las cosas del Espíritu de Dios; porque le son insensatez; ni las puede conocer, por cuanto se disciernen espiritualmente." (1 Corintios 2:14 - VM). Esto es conclusivo. Él habla de hombres en su estado natural, por muy erudito y cultivado que él sea. Él no está hablando de ninguna clase especial de hombres, sino simplemente del hombre en su estado inconverso, del hombre desprovisto del Espíritu de Dios. Algunos pueden imaginar que el apóstol se refiere al hombre en un estado de barbarie, o de salvaje ignorancia. De ningún modo; se trata simplemente del hombre natural, sea él un erudito filósofo o un ignorante payaso. Él no puede conocer las

cosas del Espíritu de Dios. Entonces, ¿cómo puede él formarse o emitir un juicio en cuanto a la Palabra de Dios? ¿Cómo puede tomar a su cargo decir lo que es, o lo que no es digno que Dios escriba? Y si él es lo suficientemente audaz para hacerlo - como ¡es lamentable! él lo es - ¿quién será lo suficientemente necio como para escucharlo? Sus argumentos son sin base; sus teorías sin valor; sus libros sólo son aptos para el cesto de papeles desechados. Y todo esto, obsérvese, sobre el principio universalmente admitido arriba mencionado, de que nadie tiene ningún derecho a ser escuchado sobre un tema del cual él es completamente ignorante.

De este modo nos libramos de la tribu completa de escritores incrédulos. ¿Quién pensaría escuchar a un ciego disertando sobre el tema de la luz y la sombra? Y con todo, un hombre semejante tiene mayor cantidad de motivos para ser oído que un hombre inconverso sobre el tema de la inspiración. La enseñanza humana, por muy variada y extensa que sea, la sabiduría humana, por muy profunda que sea, no pueden calificar a un hombre para emitir un juicio sobre la Palabra de Dios. Sin duda un estudioso puede examinar y cotejar Manuscritos, simplemente como un asunto de crítica; él puede ser capaz de formarse un juicio en cuanto a la cuestión de la autoridad para cualquiera lectura particular de un pasaje; pero este es un asunto totalmente diferente de un escritor incrédulo que emprende la tarea de emitir un juicio sobre la revelación que Dios, en Su bondad infinita, nos ha dado.

Nosotros sostenemos que ningún hombre puede hacer esto. Es sólo por el Espíritu que inspiró las Santas Escrituras que esas Escrituras pueden ser entendidas y apreciadas. La Palabra de Dios debe ser recibida en su propia autoridad. Si el hombre puede juzgarla o discutir sobre ella, no es la Palabra de Dios en absoluto. ¿Nos ha dado Dios una revelación o no? Si Él lo ha hecho, ella debe ser absolutamente perfecta en todos los aspectos, y siendo así, debe estar enteramente más allá del alcance del juicio humano. El hombre no es más competente para juzgar la Escritura de lo que él es para juzgar a Dios. Las Escrituras juzgan al hombre, no el hombre a las Escrituras.

Esto hace toda la diferencia. Nada puede ser más miserablemente despreciable que los libros que los incrédulos escriben contra la Biblia. Cada página, cada párrafo, cada frase, sólo sirve para ilustrar la verdad de la declaración del apóstol de que " el hombre natural no recibe las cosas del Espíritu de Dios; . . .ni las puede conocer, por cuanto se disciernen espiritualmente." (1 Corintios 2:14 - VM). Su indisculpable ignorancia del tema que ellos se toman el trabajo de tratar se equipara solamente a su confianza en ellos mismos. De su irreverencia nosotros no decimos nada, pues ¿quién pensaría encontrar reverencia en los escritos de incrédulos? Quizás podríamos buscar un poco de modestia, si no fuera que nosotros estamos plenamente al tanto de la amarga animosidad que yace en la raíz de

todos esos escritos, y los hace absolutamente indignos de ser considerados ni por un momento.

Otros libros pueden contener un examen desapasionado: pero el acercamiento al precioso libro de Dios es llevado a cabo con la predeterminada conclusión de que no es una revelación divina, porque, ciertamente, los incrédulos nos dicen que Dios no nos podía dar una revelación escrita de Sus pensamientos.

¡Qué extraño! Los hombres pueden darnos una revelación de sus pensamientos, y los incrédulos lo han hecho así muy claramente; pero Dios no puede. ¡Qué insensatez! ¡Qué presunción! ¿Porqué, podríamos preguntar legítimamente, Dios no podía revelar Sus pensamientos a Sus criaturas? ¿Por qué hay que pensar en ello como algo increíble? Por ninguna razón en absoluto, sino porque los incrédulos desearían que fuera así. El deseo es, en este caso, padre del pensamiento. La cuestión hecha surgir por la serpiente antigua en el huerto del Edén casi seis mil años atrás, ha sido transmitida de época a época por toda clase de escépticos, racionalistas e incrédulos, a saber, "¿Conque ha dicho Dios:...? (Génesis 3:1 - VM). Nosotros respondemos con intenso deleite, «Sí, bendito sea Su santo nombre, Él ha hablado - nos ha hablado. Él ha revelado Sus pensamientos; Él nos ha dado las Santas Escrituras.» "Toda la Escritura es inspirada por Dios; y es útil para enseñanza, para repreensión, para corrección, para

instrucción en justicia; a fin de que el hombre de Dios sea perfecto [artios], estando bien preparado para toda buena obra." (2 Timoteo 3: 16, 17 - VM). y de nuevo, "Porque las cosas que se escribieron antes, para nuestra enseñanza se escribieron, a fin de que por la paciencia y la consolación de las Escrituras, tengamos esperanza." (Romanos 15:4).

¡El Señor sea alabado por tales palabras! Ellas nos aseguran que toda Escritura es dada por Dios, y que toda Escritura es dada a nosotros. ¡Precioso vínculo entre el alma y Dios! ¿Qué lenguaje puede hablar del valor de un vínculo tal? Dios ha hablado - nos ha hablado. Su Palabra es una roca contra la cual todas las olas del pensamiento incrédulo se estrellan en desdeñable impotencia, dejándola en su propia fortaleza divina y estabilidad eterna. Nada puede tocar la Palabra de Dios. Ni todos los poderes del hombre y del infierno, hombres y demonios combinados pueden mover alguna vez la Palabra de Dios. Allí se yergue en su propia gloria moral, a pesar de todos los asaltos del enemigo de época en época. "¡Hasta la eternidad, oh Jehová, tu palabra permanece estable en el cielo!" (Salmo 119:89 - VM). "Has engrandecido tu nombre, y tu palabra sobre todas las cosas." (Salmo 138:2). ¿Qué queda para nosotros? Solamente esto, "Dentro de mi corazón he atesorado tu palabra, para no pecar contra ti." (Salmo 119:11 - VM). Aquí yace el profundo secreto de la paz. El corazón es unido al trono, sí, al corazón mismo de Dios mediante Su muy preciosa Palabra, y es puesta así en posesión de una paz que el

mundo no puede dar, ni quitar. ¿Qué pueden producir todas las teorías, los razonamientos y los argumentos de los incrédulos? Simplemente nada. Ellos son estimados como el tamo de las eras de verano. Para uno que ha aprendido realmente, por medio de la gracia, a confiar en la Palabra de Dios - a descansar en la autoridad de la Santa Escritura - todos los libros incrédulos que alguna vez fueron escritos son absolutamente sin valor, sin sentido, sin poder; ellos exhiben la ignorancia y la terrible presunción de los escritores; pero en cuanto a la Escritura, ellos la dejan exactamente donde siempre ha estado y siempre estará, "estable en el cielo" (Salmo 119:89 - VM), tan inamovible como el trono de Dios.

[Al referirnos a escritores incrédulos, deberíamos tener en mente que, con mucho, los más peligrosos de todos son quienes se llaman a sí mismos Cristianos. Un nuestros días de juventud, siempre que oíamos la palabra "incrédulo" pensábamos en seguida en alguno como Tom Paine, o Voltaire; ahora, ¡es lamentable! tenemos que pensar en los así llamados obispos o doctores de la iglesia profesante. ¡Un hecho tremendo!]

El asalto de los incrédulos no puede tocar el trono de Dios ni pueden ellos tocar Su Palabra; y, bendito sea Su nombre, tampoco pueden tocar la paz que fluye a través del corazón que reposa sobre ese fundamento imperecedero. "Grande es la paz de los que aman tu ley, y no hay para ellos tropiezo." (Salmo 119:165 - VM). "La

palabra del Dios nuestro permanece para siempre." (Isaías 40:8). "Toda carne es como hierba, Y toda la gloria del hombre como flor de la hierba. La hierba se seca, y la flor se cae; Mas la palabra del Señor permanece para siempre. Y esta es la palabra que por el evangelio os ha sido anunciada." (1 Pedro 1:24, 25).

Aquí tenemos nuevamente el mismo precioso vínculo dorado. La Palabra que ha llegado a nosotros en la forma de buenas nuevas es la Palabra del Señor que permanece para siempre: y de ahí que nuestra salvación y nuestra paz son tan estables como la Palabra sobre la cual ellas están fundamentadas. Si toda carne es como hierba, y toda la gloria del hombre como flor de la hierba, entonces ¿que valor tienen los argumentos de los incrédulos? Ellos son tan inútiles como la hierba seca o la flor caída, y los hombres que los ponen en circulación y aquellos que son movidos por ellos hallarán que son así, más temprano o más tarde. ¡Oh! la pecaminosa insensatez de disputar contra la Palabra de Dios - de disputar contra la única cosa en todo este mundo que puede dar reposo y consolación al pobre y cansado corazón humano - disputar contra lo que trae las buenas nuevas de salvación a pobres pecadores perdidos - ¡y as trae frescas desde el corazón de Dios!

Pero aquí, quizás, podemos vernos enfrentados a la pregunta tan a menudo esgrimida y que ha atribulado a muchos y les ha conducido a huir buscando refugio en lo

que se denomina "La autoridad de la iglesia." La pregunta es esta: ¿Cómo sabemos que el libro que llamamos la Biblia es la Palabra de Dios? Nuestra respuesta a esta pregunta es una muy sencilla, y es esta: Aquel que nos ha dado, por gracia, el libro bendito, puede darnos también la certeza de que el libro proviene de Él. El mismo Espíritu que inspiró a los varios escritores de las Santas Escrituras nos puede hacer conocer que esas Escrituras son la voz misma de Dios hablándonos. Es sólo por Su Espíritu que alguien puede discernir esto. Como ya hemos visto, "el hombre natural no recibe las cosas del Espíritu de Dios; . . . ni las puede conocer, por cuanto se disciernen espiritualmente." (1 Corintios 2:14 - VM). Si el Espíritu Santo no nos hace conocer y nos da la certeza de que la Biblia es la Palabra de Dios, ningún hombre o cuerpo de hombres puede, posiblemente, hacerlo: y, por otra parte, si Él nos da la bendita certeza nosotros no necesitamos el testimonio del hombre.

Nosotros admitimos sin reserva que una sombra de incertidumbre sobre esta pregunta sería una tortura y una miseria positivas. ¿Pero quién nos puede dar certeza? Dios solo. Si todos los hombres que están en la tierra se pusieran de acuerdo para testificar de la autoridad de la Santa Escritura, si todos los concilios que alguna vez se celebraron, todos los doctores que alguna vez enseñaron, todos los padres de la iglesia que alguna vez escribieron estuvieran a favor del dogma de la inspiración plenaria; si la iglesia universal, si cada denominación en la

Cristiandad diera su asentimiento a la verdad de que la Biblia es, de hecho, la Palabra de Dios; en una palabra, si tuviésemos toda la autoridad humana que alguna vez se pudiera tener con referencia a la integridad de la Palabra de Dios, ello sería absolutamente insuficiente como terreno de certeza; y si nuestra fe estuviese fundada sobre aquella autoridad ella sería perfectamente sin valor. Dios solo puede darnos la certeza de que Él ha hablado en Su Palabra; y, bendito sea Su nombre, cuando Él la da, todos los argumentos, todas las objeciones, todas las sutilezas, todos los cuestionamientos de incrédulos, antiguos y modernos, son como espuma sobre las aguas, como el humo que sale del tope de una chimenea, o como el polvo sobre el piso. El creyente verdadero los rechaza como rechaza tanta basura sin valor y reposa en santa tranquilidad en aquella incomparable revelación que nuestro Dios nos ha dado por gracia.

Es de la mayor importancia posible para el lector que esté minuciosamente claro y establecido en cuanto a este serio asunto si ha de elevarse por sobre la influencia de la incredulidad, por un lado, y de la superstición, por el otro. La incredulidad se encarga de decirnos que Dios no nos ha dado un libro - la revelación de Su mente - que no podía darlo. La superstición se encarga de decirnos que aunque Dios nos ha dado una revelación, con todo, nosotros no podemos tener certeza de ella sin la autoridad del hombre, ni entenderla sin la interpretación del hombre. Ahora bien, es bueno ver que por medio de

las dos nosotros somos privados de la dádiva preciosa de la Santa Escritura. Y esto es precisamente lo que el diablo pretende. Él nos quiere privar de la Palabra de Dios; y él puede hacer esto tan eficazmente por medio de la aparente falta de confianza en uno mismo que humilde y reverentemente acude a hombres sabios y eruditos en busca de autoridad, como por medio de una incredulidad audaz que rechaza con denuedo toda autoridad, humana o divina.

Tomen un caso. Un padre escribe una carta a su hijo que está en la ciudad de Cantón (China), una carta llena del afecto y ternura del corazón de un padre. Él le cuenta sus planes y arreglos, le cuenta todo lo que él piensa que puede interesar al corazón de un hijo - todo lo que el amor del corazón de un padre podría sugerir. El hijo llama a la oficina de correos en Cantón para preguntar si hay una carta de su padre para él. Un funcionario de correos le dice que no hay ninguna carta, que su padre no le ha escrito y no le podría escribir, no le podría comunicar en absoluto sus pensamientos por un medio semejante, que solamente es insensatez pensar en una cosa como esta. Otro funcionario se presenta y dice, «Sí, hay aquí una carta para usted, pero usted no podría entenderla en absoluto; es bastante inservible para usted, de hecho solamente puede hacerle un daño positivo ya que usted es bastante incapaz de leerla correctamente. Usted debe dejar la carta en nuestras manos, y nosotros le explicaremos las porciones de ella que consideremos

apropiadas para usted.» El primero de estos dos funcionarios representa la incredulidad; el último, la superstición. Por medio de ambos el hijo se vería privado de la carta largamente esperada - la preciosa comunicación proveniente del corazón de su padre. ¿Pero cuál, podemos preguntar, sería su respuesta a estos funcionarios indignos? Una muy breve y directa, podemos reposar seguros. Él diría al primero, «Yo se que mi padre me puede comunicar sus pensamientos por medio de una carta, y eso él lo ha hecho.» Él diría al segundo, «Yo se que mi padre me puede hacer comprender sus pensamientos mucho mejor de lo que usted puede hacerlo.» Y diría a los dos, y eso, también, con denuedo y firme decisión, «Entréguenme de inmediato la carta de mi padre, está dirigida a mí, y ningún hombre tiene ningún derecho de retenerla y no entregármela.»

De esta manera, también, el Cristiano de corazón sencillo debería enfrentar la insolencia de la incredulidad y la ignorancia de la superstición - las dos agencias especiales del diablo, en este nuestro día, para desechar la preciosa Palabra de Dios. «Mi Padre ha comunicado Sus pensamientos, y Él me puede hacer entender la comunicación.» "Toda la Escritura es inspirada por Dios." (2 Timoteo 3:16). Y, "las cosas que se escribieron antes, para nuestra enseñanza se escribieron." (Romanos 15:4). Magnífica respuesta para todo enemigo de la preciosa e incomparable revelación de Dios, ¡sea él un racionalista o un ritualista!

Nosotros sentimos que es nuestro deber sagrado, como muy ciertamente es nuestro alto privilegio, recalcar a todos aquellos a quienes tenemos acceso, la inmensa importancia, sí, la necesidad absoluta de la decisión más inexorable sobre este punto. Debemos mantener fielmente, a cualquier costo, la autoridad divina, y por tanto la supremacía absoluta y la suficiencia total de la Palabra de Dios en todos los tiempos, en todos los lugares, para todos los propósitos. Nosotros debemos atenernos a que las Escrituras, habiendo sido dada por Dios, son completas en el sentido más alto y más pleno de la palabra; que ellas no necesitan ningún autoridad humana para acreditarlas o ninguna voz humana para hacerlas disponibles; ellas hablan por sí mismas y llevan sus credenciales con ellas. Todo lo que nosotros debemos hacer es creer y obedecer, no razonar o discutir. Dios ha hablado: a nosotros nos toca escuchar y rendir una obediencia sin reservas y reverente.

Nunca hubo un momento en la historia de la iglesia de Dios en el que fuese más necesario urgir sobre la conciencia humana la necesidad de obediencia implícita a la Palabra de Dios con el el día actual. Ello es, ¡lamentablemente! muy escasamente sentido. Los Cristianos profesantes, en su mayor parte, parecen considerar que tienen un derecho a pensar por sí mismos, a seguir su propia razón, su propio juicio, o su propia conciencia. Ellos no creen que la Biblia sea una guía divina y universal. Piensan que existen muchísimas

cosas en las que se nos deja escoger a nosotros mismos. De ahí las casi innumerables sectas, partidos, credos y escuelas de pensamiento. Si se permite absolutamente la opinión humana, entonces, como algo común, un hombre tiene tanto derecho a pensar como otro, y así ha llegado a suceder que la iglesia profesante ha llegado a servir de refrán y burla para la división.

¿Y cuál es el remedio soberano para esta extendida enfermedad? Aquí está: el sometimiento absoluto y completo a la autoridad de la Santa Escritura. No se trata que los hombres acudan a la Escritura para obtener confirmación de sus opiniones y sus puntos de vista, sino que acudan a ella para obtener el pensamiento de Dios en cuanto a todo, y que todo su ser moral se incline ante la autoridad divina. Esta es la única necesidad apremiante del momento en que nos ha tocado vivir - un sometimiento reverente, en todas las cosas, a la autoridad suprema de la Palabra de Dios. Sin duda habrá variedad en nuestra medida de inteligencia, en nuestra comprensión y apreciación de la Escritura; pero lo que nosotros apremiamos sobre todos los Cristianos es esa condición de alma, esa actitud de corazón expresada en aquellas preciosas palabras del salmista, "Dentro de mi corazón he atesorado tu palabra, para no pecar contra ti." (Salmo 119:11 - VM). Esto, podemos estar seguros, es grato para el corazón de Dios. "A este hombre empero miraré, a saber, al que es humilde y contrito de espíritu, y que tiembla ante mi palabra." (Isaías 66:2 - VM).

Aquí yace el verdadero secreto de la seguridad moral. Nuestro conocimiento de la Escritura puede ser muy limitado; pero si nuestra reverencia por ella es profunda, nosotros seremos protegidos de mil errores, de mil trampas. Y entonces habrá crecimiento firme. Creceremos en el conocimiento de Dios, de Cristo y de la Palabra escrita. Nos deleitaremos en extraer de esas profundidades vivientes e inagotables de la Santa Escritura, y en pastar a través de esas verdes pasturas que la gracia infinita ha abierto de par en par al rebaño de Cristo. Así será nutrida y fortalecida la vida divina, la Palabra de Dios llegará a ser más y más preciosa para nuestras almas, y seremos conducidos por el ministerio poderoso del Espíritu Santo a la profundidad, plenitud, majestad y gloria moral de la Santa Escritura. Seremos completamente libertados de las influencias que se están marchitando de todos los meros sistemas de teología, alta, baja o moderada - ¡una liberación muy bendita! Seremos capaces de decir a los defensores de todas las escuelas de teología bajo el sol, cualesquiera sean los elementos de verdad que ellos puedan tener en sus sistemas, lo que nosotros tenemos en perfección divina en la Palabra de Dios; no torcida y tergiversada para adaptarlos a un sistema, sino en su correcto lugar en el amplio círculo de la revelación divina que tiene su centro eterno en la Persona bendita de nuestro Señor y Salvador Jesucristo.

5

LAS ESCENAS FINALES DE MALAQUÍAS Y JUDAS

Al comparar estos dos escritos inspirados, encontramos muchos puntos de semejanza, y muchos puntos de contraste. Ambos, el profeta y el apóstol, retratan escenas de ruina, corrupción y apostasía. El primero se ocupa de la ruina del Judaísmo; el último con la ruina de la Cristiandad. El profeta Malaquías presenta, ya en sus primeras frases, con claridad poco común, la fuente de la bendición de Israel, y el secreto de la caída de ellos. "Yo os he amado, dice Jehová." (Malaquías 1:2). Aquí estaba la gran fuente de toda su bienaventuranza, de toda su gloria, de toda su dignidad. El amor de Jehová explica todas las glorias más radiantes del

pasado de Israel y todas las glorias más radiantes del futuro de Israel. Por otra parte, su desafío intrépido e infiel, "¿En qué nos has amado?" (Malaquías 1:2 - VM), explica los abismos más profundos de la degradación de Israel en ese instante.

Formular una pregunta semejante, después de todo lo que Jehová había hecho por ellos desde los días de Moisés hasta los días de Salomón, puso en evidencia una condición de corazón insensible hasta el grado máximo. Aquellos que, con la maravillosa historia de las acciones de Jehová delante sus ojos, podían decir, "¿En qué nos has amado?", estaban más allá de toda exhortación moral. Por consiguiente, no necesitamos sorprendernos ante las vehementes palabras del profeta. Nosotros estamos preparados para frases como la siguiente: "si yo soy Padre, ¿dónde está mi honra? y si soy Señor, ¿dónde está el temor que se me debe? dice Jehová de los Ejércitos a vosotros, oh sacerdotes que despreciáis mi Nombre. Y decís: ¿En qué hemos despreciado tu Nombre?" (Malaquías 1:6 - VM). Había la insensibilidad más completa tanto al amor del Señor como a sus propios caminos perversos. Había la dureza de corazón que podía decir, "¿En qué nos has amado?" (Malaquías 1:2 - VM), y "¿En qué te hemos deshonrado?" (Malaquías 1:7). Y todo esto con la historia de mil años delante de sus ojos - una historia traslapada por la gracia, la misericordia y la paciencia sin precedentes de Dios, una historia manchada

desde el principio hasta el final con el registro de la infidelidad, la insensatez y el pecado de ellos.

Pero escuchemos las conmovedoras reconvenções del contristado y ofendido Dios de Israel. "Y cuando ofrecéis el animal ciego para el sacrificio, ¿no es malo? Asimismo cuando ofrecéis el cojo o el enfermo, ¿no es malo? Preséntalo, pues, a tu príncipe; ¿acaso se agradará de ti, o le serás acepto? dice Jehová de los ejércitos. Ahora, pues, orad por el favor de Dios, para que tenga piedad de nosotros. Pero ¿cómo podéis agradarle, si hacéis estas cosas? dice Jehová de los ejércitos. ¿Quién también hay de vosotros que cierre las puertas o alumbre mi altar de balde? Yo no tengo complacencia en vosotros, dice Jehová de los ejércitos, ni de vuestra mano aceptaré ofrenda. Porque desde donde el sol nace hasta donde se pone, es grande mi nombre entre las naciones; y en todo lugar se ofrece a mi nombre incienso y ofrenda limpia, porque grande es mi nombre entre las naciones, dice Jehová de los ejércitos. Y vosotros lo habéis profanado cuando decís: Inmunda es la mesa de Jehová, y cuando decís que su alimento es despreciable. Habéis además dicho: ¡Oh, qué fastidio es esto! y me despreciáis, dice Jehová de los ejércitos; y trajisteis lo hurtado, o cojo, o enfermo, y presentasteis ofrenda. ¿Aceptaré yo eso de vuestra mano? dice Jehová." (Malaquías 1: 8-13).

Tenemos aquí, entonces, un triste y deprimente cuadro de la condición moral de Israel. La adoración

pública a Dios había caído en el desprecio absoluto. Su altar fue insultado, Su servicio despreciado. En cuanto a los sacerdotes, se trataba de un mero asunto de dinero. En cuanto al pueblo, toda la cosa había llegado a ser un fastidio, una formalidad vacía, una rutina apagada y sin corazón. No había corazón para Dios. Había abundancia de corazón para la ganancia. Cualquier sacrificio, sin importar si había sido mutilado y hurtado, era considerado lo suficientemente bueno para el altar de Dios. Lo cojo, lo ciego, lo enfermo, exactamente lo peor que se podía tener, tanto que ellos no se habrían atrevido a ofrecerlo a un gobernante humano, era puesto en el altar de Dios. Y si se tenía que abrir una puerta o encender un fuego, se tenía que pagar por ello. Sin pago no se hacía nada. Tal era la lamentable condición de cosas en los días de Malaquías. Contemplar esta condición enferma el corazón.

Pero, gracias y alabanzas sean dadas a Dios, hay otro aspecto del cuadro. Había algunas raras y preciosas excepciones a la oscura regla - algunas sorprendentes y hermosas formas resaltando del oscuro trasfondo. Es verdaderamente refrescante leer palabras como estas en medio de toda esta venalidad y corrupción, frialdad y falta de sinceridad, esterilidad y falta de corazón, orgullo y terquedad de corazón, a saber: "Entonces los que temían a Jehová hablaron cada uno con su compañero; y Jehová escuchó, y los oyó; y fué escrito un libro de memoria

delante de él, a favor de los que temen a Jehová, y de los que piensan en su nombre." (Malaquías 3:16 - VM).

¡Cuán precioso es este breve registro! ¡Cuán delicioso es contemplar este remanente en medio de la ruina moral! No hay pretensión, o presunción; no hay ningún intento de establecer algo, ningún esfuerzo para reconstruir la economía caída, ninguna exhibición de poder fingida. Aquí se trata de una debilidad sentida y de acudir a Jehová. Este es el verdadero secreto de todo poder real. Necesitamos no temer jamás el hecho de estar conscientes de la debilidad. Es de la fuerza impresionante que nosotros tenemos que temer y huir. La norma para el pueblo de Dios siempre es: "Cuando soy débil, entonces soy fuerte" (2 Corintios 12:10) - una norma bendita, muy ciertamente. Siempre se ha de contar con Dios. Nosotros podemos establecer como un gran principio fundamental que, sin importar cual sea el estado actual del cuerpo profesante, la fe individual puede gozar de la comunión con Dios conforme a la más elevada verdad misma de la dispensación.

Este es un gran principio que hay que asir y retener. Que el pueblo profesante de Dios esté formado siempre por individuos que se juzguen a sí mismos y se humillen delante de Dios, que puedan gozar de Su presencia y bendición sin obstáculo o límite. Vean a los Danieles, los Mardoqueos, los Esdras, los Nehemías, los Josías, los Ezequías, y a multitudes de otros que

anduvieron con Dios, que llevaron a la práctica los principios más elevados y gozaron de los más extraordinarios privilegios de la dispensación, cuando todo yacía en irremediable ruina alrededor de ellos. Hubo una pascua celebrada en los días de Josías como no se había conocido desde los días de Samuel el profeta (2 Crónicas 35:18). El débil remanente, a su regreso de Babilonia, celebró la fiesta de los tabernáculos, un privilegio que no se había experimentado desde los días de Josué el hijo de Nun (Nehemías 8:17). Mardoqueo, sin dar un solo golpe, ganó una victoria tan espléndida sobre Amalec como la llevada a cabo por Josué en los días de Éxodo 17 (Ester 6: 11-12). En el libro de Daniel vemos al monarca más altivo de la tierra postrarse a los pies de un Judío cautivo. (Daniel 2:46).

¿Qué nos enseñan todos estos casos? ¿Qué lección nos dicen en nuestros oídos? Sencillamente que al alma humilde, creyente y obediente, se le permite gozar de la más profunda y más rica comunión con Dios, a pesar del fracaso y la ruina del pueblo profesante de Dios y de la gloria pasada de la dispensación en la que le ha tocado su porción.

Así fue en las escenas finales de Malaquías. Todo estaba en irremediable ruina, pero eso no impidió que quienes amaban y temían al Señor se juntaran para hablar acerca de Él y meditar en Su precioso Nombre. Es verdad que este remanente débil no fue como la gran

congregación que se reunió en los días de Salomón, desde Dan hasta Beerseba, pero tuvo una gloria única para sí mismo. Tuvo la presencia divina de un modo no menos maravilloso, aunque no tan impresionante. No se nos habla acerca de algún "libro de memoria" en los días de Salomón. No se nos habla acerca de Jehová escuchando y oyendo. Quizás se podría decir que no hubo necesidad. De acuerdo, pero ello no oscurece el esplendor de la gracia que brilló sobre el pequeño grupo en los días de Malaquías. Podemos afirmar audazmente que el corazón de Jehová fue tan confortado por los amorosos suspiros de ese pequeño grupo como por los esplendidos sacrificios en los días de la dedicación de Salomón. El amor de ellos resplandeció aún más brillante en contraste con el duro formalismo del cuerpo profesante, y la corrupción de los sacerdotes.

"En el día que yo preparo, ha dicho Jehovah de los Ejércitos, ellos serán para mí un especial tesoro. Seré compasivo con ellos, como es compasivo el hombre con su hijo que le sirve. Entonces os volveréis y podréis apreciar la diferencia entre el justo y el pecador, entre el que sirve a Dios y el que no le sirve. Porque he aquí viene el día ardiente como un horno, y todos los arrogantes y todos los que hacen maldad serán como paja. Aquel día que vendrá los quemará y no les dejará ni raíz ni rama, ha dicho Jehovah de los Ejércitos. Pero para vosotros, los que teméis mi nombre, nacerá el Sol de justicia, y en sus alas traerá sanidad. Vosotros saldréis y saltaréis como

terneros de engorde. Pisotearéis a los impíos, los cuales, el día que yo preparo, serán como ceniza bajo las plantas de vuestros pies, ha dicho Jehovah de los Ejércitos." (Malaquías 3: 17, 18; 4:1-3; RVA).

Daremos ahora una breve mirada a la epístola de Judas. Tenemos aquí un cuadro aún más aterrador de apostasía y corrupción. Es un dicho familiar entre nosotros que la corrupción de lo mejor es la peor de las corrupciones. De ahí que el Apóstol Judas extienda ante nosotros una página muchísimo más oscura y más terrible que la presentada por el profeta Malaquías. Se trata del registro del absoluto fracaso y la ruina absoluta del hombre bajo los privilegios más elevados y ricos que se le podían conceder.

Al comienzo de este solemne discurso, el apóstol nos da a conocer que le fue impuesta en su corazón la necesidad de escribirnos "acerca de nuestra común salvación." (Judas 3). Esto habría sido su tarea más deleitable. Habría sido su gozo y su refrigerio explayarse sobre los privilegios presentes y las glorias futuras envueltos en los amplios pliegues de esa preciosa palabra "salvación." Pero él sintió que le era "necesario" apartarse de este trabajo más agradable para fortalecer nuestras almas contra la marea creciente de error y mal que amenazaba los fundamentos mismos del Cristianismo. "Amados, mientras me esforzaba por escribiros acerca de nuestra común salvación, me ha sido necesario escribir

para exhortaros a que contendáis eficazmente por la fe que fue entregada una vez a los santos." (v. 3 - RVA). Todo lo que era vital y fundamental estaba en juego. Se trataba de contender eficazmente (o, ardientemente) por la fe misma. "Porque algunos hombres han entrado encubiertamente, los que desde antes habían sido destinados para esta condenación, hombres impíos, que convierten en libertinaje la gracia de nuestro Dios, y niegan a Dios el único soberano, y a nuestro Señor Jesucristo." (v. 4).

Esto es muchísimo peor de todo lo que tenemos en Malaquías. Allí se trataba de un asunto de la ley, como leemos, "Acordaos de la ley de Moisés mi siervo, al cual encargué en Horeb ordenanzas y leyes para todo Israel." (Malaquías 4:4). Pero en Judas no se trata del olvido de la ley, sino, en realidad, de convertir en sensualidad la gracia pura y preciosa de Dios, y de negar el Señorío de Cristo. Por consiguiente, en lugar de extenderse sobre la salvación de Dios, el apóstol procura fortalecernos contra la perversidad e iniquidad de los hombres. "Mas quiero recordaros, ya que una vez lo habéis sabido, que el Señor, habiendo salvado al pueblo sacándolo de Egipto, después destruyó a los que no creyeron. Y a los ángeles que no guardaron su dignidad, sino que abandonaron su propia morada, los ha guardado bajo oscuridad, en prisiones eternas, para el juicio del gran día." (vv. 5, 6).

Todo esto es de lo más solemne, pero no podemos detenernos en los rasgos oscuros de esta escena: el espacio no lo permite. Además, deseamos más bien presentar al lector Cristiano el retrato encantador del remanente Cristiano en las líneas finales de esta Escritura tan escrutadora. Así como en Malaquías tenemos entre las ruinas irremediables del Judaísmo un devoto grupo de adoradores Judíos que amaban y temían al Señor y que obtenían dulce consuelo al estar juntos, así en Judas, entre las más espantosas ruinas de la profesión Cristiana, el Espíritu Santo presenta una compañía a quienes Él se dirige como "Amados." Estos son "llamados, santificados en Dios Padre, y guardados en Jesucristo." (v. 1). Él advierte solemnemente a estos contra las variadas formas de error y mal que ya estaban comenzando a hacer su aparición, pero que desde entonces han asumido formidables proporciones. A estos Él se vuelve, con la gracia más exquisita, y les dirige la siguiente exhortación, "Pero vosotros, amados, tened memoria de las palabras que antes fueron dichas por los apóstoles de nuestro Señor Jesucristo; los que os decían: En el postrer tiempo habrá burladores, que andarán según sus malvados deseos. Estos son los que causan divisiones; los sensuales, que no tienen al Espíritu. Pero vosotros, amados, edificándoos sobre vuestra santísima fe, orando en el Espíritu Santo, conservaos en el amor de Dios, esperando la misericordia de nuestro Señor Jesucristo para vida eterna." (vv. 17-21).

Tenemos aquí la seguridad divina contra todas las oscuras y terribles formas de apostasía - el camino de Caín, el error de Balaam, la contradicción de Coré, los murmuradores y los querellosos, las cosas infladas, las fieras ondas del mar, las estrellas errantes, la adulación a las personas para sacar provecho (vv. 11-16). Los "amados" han de edificarse sobre su santísima fe (v. 20).

Que el lector observe esto: no hay aquí ni una sílaba acerca de un orden de hombres que sucedan a los apóstoles, ni una palabra acerca de hombres dotados de ninguna clase. Es bueno ver esto y tenerlo siempre en mente. Nosotros escuchamos bastante de nuestra falta de don y poder, de que no tenemos pastores y maestros. ¿Cómo podríamos esperar tener mucho don y poder? ¿Los merecemos? Lamentablemente nosotros hemos fracasado y hemos pecado y hemos sido privados de ellos. Reconozcamos esto y entreguémonos al Dios viviente quien nunca falla a un corazón confiado.

Vean el conmovedor discurso de Pablo a los ancianos de Éfeso en Hechos 20. ¿A quién nos encomienda él allí en vista de que el ministerio apostólico llegaría a su fin? ¿Hay allí una palabra acerca de sucesores de los apóstoles? Ni una, a menos que sean, de hecho, los "lobos rapaces" de los que él habla o esos hombres que se iban a levantar en el seno mismo de la Iglesia, hablando cosas perversas para arrastrar tras de sí a los discípulos. ¿Cuál es, entonces, el recurso de los fieles? "Os

encomiendo a Dios, y a la palabra de su gracia, que tiene poder para sobreedificaros y daros herencia con todos los santificados." (Hechos 20:32).

¡Qué precioso recurso! Ni una palabra acerca de hombres dotados, valiosos como los tales puedan ser en su lugar correcto. Dios no permita que desestimemos de ninguna manera los dones que, a pesar de todo el fracaso y el pecado, nuestro amable Dios pueda considerar apropiado conceder a Su Iglesia. Pero aún es válido que el apóstol bendito, al despedirse de la Iglesia, no nos encomienda a hombres dotados, sino a Dios mismo y a la Palabra de Su gracia. De ahí se desprende que, por muy grande que sea nuestra debilidad, nosotros tenemos que acudir a Dios y apoyarnos en Él. Él nunca abandona a quienes confían en Él. No hay absolutamente ningún límite a la bendición que nuestras almas pueden experimentar, si sólo acudimos a Dios en humildad de mente y con la confianza de un niño.

Aquí yace el secreto de toda verdadera bienaventuranza y de todo verdadero poder espiritual - humildad de mente y sencilla confianza. Tiene que haber, por una parte, ninguna presunción de poder, y por la otra, nosotros no debemos, en la incredulidad de nuestros corazones, limitar la bondad y fidelidad de nuestro Dios. Él puede, y lo hace, dar dones para la edificación de Su pueblo. Él daría muchos más si no estuviéramos tan dispuestos para actuar por nosotros mismos. Si la Iglesia

no hiciera otra cosa sino mirar más a Cristo, su Cabeza viviente y amante Señor, en lugar de mirar los arreglos de los hombres y los métodos de este mundo, ella tendría un cuento muy diferente para contar. Pero si nosotros, mediante nuestros planes incrédulos y nuestros esfuerzos incansables para proporcionarnos un sistema, apagamos, obstaculizamos y contristamos el Espíritu Santo, ¿es necesario que nos maravillemos si se nos deja probar la esterilidad y la vaciedad, la desolación y la confusión de todas esas cosas? Cristo es suficiente, pero Él debe ser probado, se debe confiar en Él, se le debe permitir actuar. El estrado debe ser dejado totalmente diáfano para que el Espíritu Santo exhiba sobre él la preciosidad, la plenitud, toda la suficiencia de Cristo.

Pero es precisamente en esta cosa que nosotros fracasamos tan notablemente. Tratamos de ocultar nuestra debilidad en lugar de reconocerla. Procuramos cubrir nuestra desnudez con paños de nuestra propia provisión, en lugar de confiar sencilla y enteramente en Cristo para todo lo que necesitamos. Nos cansamos de la actitud de humilde espera paciente. Nos damos prisa en asumir una apariencia de fortaleza. Esta es nuestra insensatez y nuestra pérdida dolorosa. Si sólo se nos pudiera inducir a creer esto: nuestra verdadera fortaleza es conocer nuestra debilidad y aferrarnos a Cristo en fe absoluta de día en día.

Es a este excelentísimo camino que el Apóstol exhorta al remanente Cristiano en sus líneas finales. "Pero vosotros, amados, edificándoos sobre vuestra santísima fe." (v. 20). Estas palabras presentan la responsabilidad de todos los Cristianos verdaderos de ser hallados juntos en lugar de estar divididos y esparcidos. Nosotros debemos ayudarnos unos a otros en amor, según la medida de gracia dada y la naturaleza del don comunicado. Se trata de una cosa mutua - "edificándoos." No se trata de mirar un orden de los hombres, ni se trata de quejarnos de nuestra falta de dones, sino que se trata sencillamente de que cada uno haga lo que él puede para promover la bendición y el provecho común de todos.

El lector notará las cuatro cosas que se nos exhorta a hacer, y que se expresan en las palabras: "Edificándoos", "Orando", "Conservaos", "Esperando." ¡Qué bendito trabajo hay aquí! Sí, y es un trabajo para todos. No existe ningún Cristiano verdadero en la faz de la tierra que no pueda llevar a cabo alguno o todos estos ramos del ministerio. De hecho, toda persona es responsable de hacerlo así. Podemos edificarnos sobre nuestra santísima fe, podemos orar en el Espíritu Santo, podemos conservarnos en el amor de Dios, y mientras hacemos estas cosas nosotros podemos esperar la misericordia de nuestro Señor Jesucristo. (vv. 20, 21).

Se podría preguntar, «¿Quiénes son los amados? ¿A quienes corresponde este término?» Nuestra respuesta

es, «A quienquiera que le corresponda.» Ocupémonos de estar sobre el terreno de aquellos a quienes corresponde este título. No se trata de arrogarse el título, sino de ocupar el terreno moral verdadero. No se trata de una profesión vacía, sino de una posesión real. No se trata de reclamar el nombre, sino de serlo.

Ni tampoco termina aquí la responsabilidad del remanente Cristiano. Ellos no tienen que pensar meramente en ellos mismos. Ellos deben dar una amorosa mirada y extender una mano ayudadora más allá de la circunferencia de su propio círculo. "A algunos que dudan, convencedlos. A otros salvad, arrebatándolos del fuego; y de otros tened misericordia con temor, aborreciendo aun la ropa contaminada por su carne." (vv. 22, 23). ¿Quiénes son los "algunos"? ¿y quiénes son los "otros"? ¿No hay la misma hermosa falta de definición acerca de estos como la hay acerca de los "Amados"? Estos últimos sabrán cómo descubrir a los anteriores. Estas son almas preciosas dispersas por todas partes entre las aterradoras ruinas de la Cristiandad, "algunos" de ellos han de ser considerados con tierna compasión, "otros" han de ser salvados con temor piadoso, ¡no sea que los "amados" se vean involucrados en la contaminación!

Es un error fatal suponer que, para sacar a las personas del fuego, nosotros mismos tenemos que entrar en el fuego. Esto jamás será de utilidad. La mejor manera de librar a las personas de una mala posición es que yo

mismo esté completamente fuera de esa posición. ¿Cuál es la mejor forma en que yo puedo sacar a un hombre de un pantano? Ciertamente no es que yo entre en el pantano, sino que yo permanezca en terreno firme y desde allí le extienda una mano ayudadora. Yo no puedo sacar a un hombre de ninguna situación a menos que yo mismo esté fuera de ella. Si nosotros queremos ayudar al pueblo de Dios que está mezclado con la ruina circundante, lo primero que nos corresponde hacer es estar en completa y decidida separación. Lo siguiente es tener nuestros corazones repletos y desbordantes con amor tierno y fervoroso para con todos los que llevan el precioso nombre de Jesús.

Aquí tenemos que finalizar, y al hacerlo, citaremos para el lector esa doxología bendita con que el apóstol resume su solemne e importante discurso. "Y a aquel que es poderoso para guardaros sin caída, y presentaros sin mancha delante de su gloria con gran alegría, al único y sabio Dios, nuestro Salvador, sea gloria y majestad, imperio y potencia, ahora y por todos los siglos. Amén." (vv. 24, 25). Tenemos una gran cantidad acerca de 'caídas' en esta epístola - Israel cayendo, ángeles cayendo, ciudades cayendo, pero bendito sea Dios, ¡hay Uno que puede guardarnos sin caída, y es a Su Santo cuidado que nosotros somos encomendados!

6

EL SACERDOCIO CRISTIANO

“Mas vosotros sois linaje escogido, real sacerdocio, nación santa, pueblo adquirido por Dios, para que anunciéis las virtudes de aquel que os llamó de las tinieblas a su luz admirable” (1 Pedro 2:9)

Invitamos al lector a abrir su Biblia y leer 1 Pedro 2:1-9. En este hermoso pasaje, hallará tres vocablos en los que le rogamos que se detenga a meditar con nosotros por unos momentos. Son unas palabras de peso y poder: “viva”, “santo” y “real”, palabras que señalan tres grandes ramas de la verdad cristiana práctica, palabras que declaran a nuestro corazón un hecho que no podemos ponderar con la profundidad que se merece: que el

cristianismo es una realidad viva y divina. No es una serie de doctrinas, por verdaderas que sean, ni un sistema de ordenanzas, por prescritas que estén, ni un cierto número de normas y reglas, por importantes que sean.

El cristianismo es mucho más que cualquiera de esas cosas y más que todas ellas juntas. Es una realidad viva, que alienta y habla, activa y poderosa, algo que debe verse en la vida de cada día, que debe sentirse, hora tras hora, en las escenas de la vida personal y familiar, algo que forma e influye, un poder divino y celestial, introducido en las escenas y circunstancias en las que tenemos que movernos, como seres humanos, desde el domingo por la mañana hasta el sábado por la noche. No consiste en sostener ciertos puntos de vista, ciertas opiniones o principios, ni en ir a un lugar de culto o a otro.

El cristianismo es la vida de Cristo comunicada al creyente, en el que mora y del que fluye, en una infinidad de pequeños detalles que integran nuestra vida práctica diaria. No tiene nada de lo que huele a beatería o santurronería, sino que es algo cordial, puro, elevado, santo y divino. Eso es el cristianismo: Cristo morando en el creyente, y reproducido, por el poder del Espíritu Santo, en el curso práctico de la vida diaria del creyente.

Pero vayamos a nuestros tres vocablos. ¡Quiera el Espíritu Eterno declarar a nuestra alma su santo y profundo significado!

Tenemos primero el vocablo “viva”. “Allegándoos a él, como a piedra viva, rechazada en verdad de los hombres, mas para con Dios escogida y preciosa, vosotros también, como piedras vivas, sois edificados” (1 Pedro 2:4-5, VM).

Aquí está lo que podemos llamar el fundamento del sacerdocio cristiano. Es evidentemente una alusión a esa escena tan interesante de Mateo 16, a la que rogamos al lector que se vuelva por un momento. “Viniendo Jesús a la región de Cesárea de Filipo, preguntó a sus discípulos, diciendo: ¿Quién dicen los hombres que es el Hijo del Hombre?1 Ellos dijeron: Unos, Juan el Bautista; otros, Elías; y otros, Jeremías, o alguno de los profetas” (Mateo 16:13-14).

Había una especulación interminable, sencillamente porque no había un verdadero ejercicio de corazón respecto al bendito Salvador. Unos decían una cosa; otros, otra; y, como resultado, nadie se preocupaba de verdad sobre quién o qué era Él. Por eso, Jesús se desentiende de todas esas especulaciones frías, y hace a los Suyos la penetrante pregunta: “Y vosotros, ¿quién decís que soy yo?” (v. 15). Deseaba saber lo que pensaban de él, qué evaluación habían hecho de él en sus corazones. “Respondiendo Simón Pedro, dijo: Tú eres el Cristo, el Hijo del Dios viviente” (v. 16).

Aquí tenemos la confesión verdadera. Éste es el sólido fundamento de todo el edificio de la Iglesia de Dios y de todo el verdadero cristianismo práctico: “Cristo, el Hijo

del Dios viviente”. No más sombras vagas, no más formas sin poder, no más ordenanzas sin vida, todo debe ser penetrado por esta nueva vida, por esta vida divina y celestial que ha venido a este mundo y es comunicada a todos los que creen en el nombre del Hijo de Dios.

“Entonces le respondió Jesús: Bienaventurado eres, Simón, hijo de Jonás, porque no te lo reveló carne ni sangre, sino mi Padre que está en los cielos. Y yo también te digo, que tú eres Pedro, y sobre esta roca edificaré mi iglesia; y las puertas del Hades no prevalecerán contra ella” (v. 17-18).

Ahora bien, es evidente que el apóstol Pedro se refiere a esa porción tan magnífica del capítulo 2 de su primera epístola, cuando dice: “Allegándoos a él, como a piedra viva, rechazada en verdad de los hombres, mas para con Dios escogida y preciosa, vosotros también, como piedras vivas [los mismos vocablos], sois edificados” (1 Pedro 2:4-5, VM). Todos los que creen en Jesús participan de la Roca viviente, de Su vida de resurrección y de victoria. La vida de Cristo, el Hijo del Dios viviente, fluye por todos sus miembros y por cada uno de ellos en particular. Así tenemos al Dios vivo, la piedra viva, las piedras vivas. Todo ello es vida, vida que fluye de una fuente viva, a través de un canal vivo y es comunicada a todos los creyentes, haciéndolos piedras vivas.

Y como esta vida ha sido puesta a prueba por todos los medios posibles y ha salido victoriosa, nunca puede

volver a tener que pasar por ningún proceso de prueba o de juicio en absoluto. Ha pasado por la muerte y el juicio. Ha descendido por debajo de todas las ondas y las olas de la ira de Dios y ha salido del otro lado en resurrección, en gloria y poder divinos; una vida victoriosa, celestial y divina, completamente fuera del alcance de todos los poderes de las tinieblas. No hay poder de la tierra, ni del infierno, ni de hombres, ni de demonios, que pueda tocar de ninguna forma la vida que posee la piedra más pequeña e insignificante en la Asamblea de Cristo.

Todos los creyentes son edificados sobre la Piedra viva: Cristo; y así son constituidos piedras vivas. Él los hace, en todo respecto, semejantes a sí mismo, excepto en su Deidad, naturalmente, que es incomunicable. ¿Es Él una piedra viva? Ellos son piedras vivas. ¿Es una piedra preciosa? Ellos son piedras preciosas. ¿Es una piedra rechazada? Ellos son piedras rechazadas y desechadas por los hombres. Están, en todo respecto, identificados con Él. ¡Inefable privilegio!

Aquí, pues, repetimos, está el sólido fundamento del sacerdocio cristiano, el sacerdocio de todos los creyentes. Antes de que una persona pueda ofrecer un sacrificio espiritual, debe venir a Cristo con fe sencilla y ser edificada sobre él, quien es la base de todo el edificio espiritual. Por lo cual también contiene la Escritura: “He aquí, pongo en Sion la principal piedra del ángulo,

escogida, preciosa; y el que creyere en ella, no será avergonzado” (Isaías 28:16).

¡Qué preciosas son estas palabras! Dios mismo ha puesto el fundamento, y ese fundamento es Cristo; y todos los que creen sencillamente en Cristo, los que depositan en él toda la confianza de su corazón, todos los que están plenamente satisfechos con él, son hechos partícipes de su vida de resurrección y convertidos así en piedras vivas.

¡Qué sencillo es esto! No se nos pide que ayudemos a poner el fundamento. No se nos llama para que le añadamos ni el peso de una pluma. Dios ha puesto el fundamento, y todo lo que tenemos que hacer es creer y descansar en ello; y él empeña su palabra fiel de que nunca seremos avergonzados. El más débil creyente en Jesús tiene la seguridad que Dios mismo le da en su gracia de que jamás será confundido, que jamás será avergonzado, que jamás vendrá a juicio. Está tan libre de todo cargo de culpa y de toda sílaba de condenación, como esa Roca viva sobre la que es edificado.

Querido lector, ¿está usted sobre ese fundamento? ¿Está edificado sobre Cristo? ¿Ha venido a Él como a la Piedra viva de Dios y ha depositado en él toda la confianza de su corazón? ¿Está enteramente satisfecho con el fundamento de Dios? ¿O está tratando de añadir algo de su propia cosecha: sus obras, oraciones, ordenanzas, votos y resoluciones, sus deberes religiosos? Si es así, si está tratando de añadir al Cristo de Dios la más insignificante

jota o tilde, puede estar seguro de que será avergonzado. Dios no soportará que se deshonre de tal forma a Su probada, escogida y preciosa Piedra angular. ¿Se figura usted que Él podría permitir que se colocase algo, sea lo que fuere, jun-to a Su Hijo amado, a fin de formar con Él el fundamento de Su edificio espiritual? Sólo pensarlo sería una impía blasfemia. ¡No! Tiene que ser sólo Cristo. Él basta para Dios, así que bien puede bastar para nosotros; y no hay cosa tan cierta como que todos cuantos rechacen o menosprecien el fundamento de Dios, se aparten de él o le añadan algo, serán cubiertos de confusión perpetua.

Después de haber dado un vistazo al fundamento, fijémonos ahora en el edificio mismo que se levanta sobre él. Esto nos conducirá al segundo de nuestros tres vocablos tan importantes. “Allegándoos a él, como a piedra viva... vosotros también, como piedras vivas, sois edificados en un templo espiritual, para que seáis un sacerdocio santo; a fin de ofrecer sacrificios espirituales, aceptos a Dios, por medio de Jesucristo” (v. 5).

Todos los verdaderos creyentes son sacerdotes santos. Son hechos así por nacimiento espiritual, así como los hijos de Aarón eran sacerdotes por su nacimiento natural. El apóstol no dice: «Deberíais ser piedras vivas», ni: «Deberíais ser sacerdotes santos». Dice: “Como piedras vivas, sois edificados”. No cabe duda de que, al ser sacerdotes santos y piedras vivas, se nos manda que obremos consecuentemente; pero, antes que podamos

cumplir con las obligaciones que pertenecen a tal posición, debemos estar primero en esa posición. Debemos estar primero en una determinada relación, antes que podamos conocer los afectos que surgen de ella. No nos hacemos sacerdotes al ofrecer sacrificios, sino que, hechos ya sacerdotes por gracia, somos llamados a presentar el sacrificio.

Si viviéramos dos mil años y pasáramos todo ese tiempo trabajando de recio, nunca podríamos llegar mediante ese esfuerzo a la posición de sacerdotes santos; pero tan pronto como creemos en Jesús —cuando nos llegamos a él con fe sencilla—, desde el momento mismo en que depositamos en él toda la confianza de nuestro corazón, nacemos de nuevo a la posición de sacerdotes santos y alcanzamos entonces el privilegio de acercarnos y ofrecer el sacrificio. ¿Cómo podía uno antiguamente constituirse a sí mismo hijo de Aarón? ¡Imposible! Pero, al haber nacido de Aarón, venía a ser así miembro de la casa sacerdotal. No hablamos ahora de capacidad, sino simplemente de posición. Esta última no se alcanzaba por esfuerzo, sino por nacimiento.

Examinemos ahora la naturaleza del sacrificio que, como sacerdotes santos, tenemos el privilegio de ofrecer: “sacrificios espirituales, aceptables a Dios por medio de Jesucristo”. También en Hebreos 13:15, leemos: “Ofrezcamos siempre a Dios, por medio de él (Jesús),

sacrificio de alabanza, es decir, fruto de labios que confiesan su nombre”.

Aquí, pues, tenemos la verdadera naturaleza y el carácter de ese sacrificio que, como sacerdotes santos, hemos de ofrecer: es alabanza, “siempre a Dios... alabanza”. ¡Bendita ocupación! ¡Santo ejercicio! ¡Oficio celestial! Y esto no ha de ser cosa de una ocasión. No es sólo para algún momento singularmente favorable, cuando todo parece brillar y sonreír en torno nuestro. No ha de ser solamente en el medio de la llama y el fervor de alguna reunión especialmente poderosa, cuando la corriente del culto fluye de forma profunda, amplia y rápida. No; la expresión es: “siempre... alabanza”. No hay lugar ni tiempo para quejas o murmuraciones, mal humor y descontento, impaciencia e irritabilidad, lamentación por lo que nos rodea, sea lo que fuere, quejarse del mal tiempo, hallar faltas en los que están relacionados con nosotros, ya sea en público o en privado, ya sea en la congregación, en el negocio o en el círculo familiar.

Los sacerdotes santos no deberían tener tiempo para ninguna de estas cosas. Son traídos cerca de Dios, en santa libertad, paz y bendición. Respiran la atmósfera, y caminan a la luz del sol, de la presencia de Dios, en la nueva creación, donde no hay materiales que puedan servir de pasto para una mente avinagrada y descontenta. Podemos sentar como principio fijo —como un axioma— que dondequiera que oímos a alguien que echa por su

boca una sarta de quejas sobre las circunstancias, su prójimo, etc., ese tal no comprende lo que es el sacerdocio santo y, como consecuencia, no muestra los frutos prácticos de tal sacerdocio. Un sacerdote santo se regocija “en el Señor siempre” (Filipenses 4:4), siempre está feliz y dispuesto para alabar a Dios. Es cierto que puede ser puesto a prueba de mil maneras; pero esas pruebas las trae a Dios en comunión, no a sus semejantes con quejas. «Aleluya» es la expresión apropiada del miembro más débil del sacerdocio cristiano.

Consideremos ahora por un momento el tercer y último vocablo de nuestro tema. Es el término tan altamente expresivo: “real”. Pedro continúa diciendo: “Mas vosotros sois linaje escogido, real sacerdocio... para que anunciéis las virtudes de aquel que os llamó de las tinieblas a su luz admirable” (v. 9).

Esto completa el hermoso cuadro del sacerdocio cristiano². Como sacerdotes santos, nos acercamos a Dios y presentamos el sacrificio de alabanza. Como sacerdotes reales, andamos delante de nuestros semejantes para anunciar las virtudes, las gracias, los admirables rasgos morales de Cristo, en todos los detalles de la vida práctica diaria. Cada uno de los movimientos de un sacerdote real debería emitir la fragancia de la gracia de Cristo.

Nótese de nuevo que el apóstol no dice: «Deberíais ser sacerdotes reales». Dice “sois”; y, como tales, debemos anunciar las virtudes de Cristo. A un miembro del

sacerdocio real no le conviene ninguna otra cosa. Ocuparme de mí mismo, discurrir sobre mi comodidad, mis propios intereses, mi disfrute personal, buscar mis propios objetivos y preocuparme de mis cosas, no es, en modo alguno, obra de un sacerdote real. Cristo jamás obró de esa manera; y yo soy llamado a anunciar sus virtudes. En este tiempo de su ausencia, Él, bendito sea su Nombre, concede a los suyos el privilegio de anticiparse al día en que se manifestará como Sacerdote real, se sentará en su trono y extenderá hasta los últimos confines de la tierra el benéfico influjo de su dominio. Nosotros somos llamados a ser la expresión actual del reino de Cristo, la expresión de él mismo.

Que nadie suponga que las actividades de un real sacerdote se limitan al asunto de dar. Sería un error grave. Sin duda, un sacerdote real dará, y dará generosamente, si puede; pero limitarlo al asunto de dar equivaldría a privarle de algunas de las funciones más preciosas de su posición. El mismo apóstol Pedro, que escribió las palabras que estamos considerando, dijo en una ocasión —y lo dijo sin avergonzarse por ello—: “No tengo plata ni oro”; con todo, en aquel mismo momento, actuaba como real sacerdote, al hacer que la virtud preciosa del Nombre de Jesús obrase en el inválido (Hechos 3:1-10). El propio adorable Maestro no poseía dinero, como sabemos, pero anduvo haciendo bienes; y así debiéramos hacer nosotros, sin que necesitemos dinero para ello. De hecho, sucede con mucha frecuencia

que, en lugar de bien, hacemos daño con nuestra plata y nuestro oro. Podemos sacar a la gente del terreno en que Dios los colocó, del terreno de un oficio honesto y hacer que dependan de limosnas. Más aún, con el uso imprudente de nuestro dinero, los hacemos con frecuencia hipócritas y parásitos.

Por consiguiente, que nadie se imagine por eso que no puede actuar como sacerdote real sin riquezas terrenales. ¿Qué riquezas necesitamos para decir una palabra amable, para derramar una lágrima de compasión, para ofrecer una mirada confortante y cordial? Ninguna, excepto las riquezas de la gracia de Dios, las inescrutables riquezas de Cristo, todas las cuales están a disposición del miembro más desconocido del sacerdocio cristiano. Puedo ir vestido con harapos, sin un céntimo en el bolsillo y, con todo, comportarme como sacerdote real, difundiendo en torno mío la fragancia de la gracia de Cristo.

El modo más apropiado de terminar estas pocas consideraciones sobre el sacerdocio cristiano quizá sea mostrando un ejemplo muy expresivo, sacado de las páginas inspiradas, el relato de dos amados siervos de Cristo que recibieron poder para comportarse como sacerdotes santos y reales en las circunstancias más angustiadoras.

Vayamos a Hechos 16:19-34, donde tenemos a Pablo y Silas, arrojados al calabozo más hondo de la cárcel de

Filipos, con las espaldas cubiertas de heridas y teniendo los pies bien sujetos con el cepo en la oscuridad de la noche. ¿Qué hacían? ¿Quejarse y murmurar? ¡Ah, no! Tenían algo mejor y más radiante que hacer. Eran dos “piedras vivas”, y no había en la tierra ni en el infierno ninguna cosa que pudiera obstaculizar la vida que había en ellos expresándose con sus propios acentos.

¿Qué hacían, repetimos, estas dos piedras vivas? ¿En qué se ocupaban estos participantes de la Roca viva, de la victoriosa vida de resurrección de Cristo? En primer lugar, como sacerdotes santos, ofrecían a Dios el sacrificio de alabanza. En efecto, “a medianoche, orando Pablo y Silas, cantaban himnos a Dios”. ¡Qué precioso es esto! ¡Qué glorioso! ¡Cuán refrescante! ¿Qué son las heridas, el cepo, las paredes de la cárcel o las noches lúgubres para las piedras vivas y los sacerdotes santos? Nada más que un trasfondo oscuro donde resalta en relieve brillante y hermoso la gracia viva que hay en ellos. ¡Hablar de circunstancias! ¡Ah, qué poco sabemos de circunstancias aflictivas ninguno de nosotros! ¡Somos tan poca cosa, que las molestias insignificantes de la vida diaria son, con frecuencia, más que suficientes para hacernos perder el equilibrio mental! Pablo y Silas estaban realmente en circunstancias difíciles, pero estaban allí como piedras vivas y sacerdotes santos.

Y estaban igualmente como sacerdotes reales. ¿Cómo se muestra eso? No ciertamente distribuyendo plata y oro.

No es probable que los amados siervos de Cristo tuviesen mucho de eso, pero tenían algo mejor: “las virtudes de aquel que os llamó de las tinieblas a su luz admirable” (1 Pedro 2:9). ¿Dónde brillan esas virtudes? En las conmovedoras palabras dirigidas al carcelero: “No te hagas ningún mal”. He ahí los acentos de un sacerdote real, así como el cántico de alabanza era la voz del sacerdote santo. ¡Gracias a Dios por ambas cosas! La voz de los sacerdotes santos subió directamente al trono de Dios e hizo allí su obra. Las palabras de los sacerdotes reales fueron directamente al duro corazón del carcelero e hicieron allí su obra. Dios fue glorificado y el carcelero fue salvo por medio de dos hombres que desempeñaban correctamente las funciones del sacerdocio cristiano.

NOTAS

1 Note bien el lector este título “Hijo del Hombre”. Es infinitamente precioso. Es un título que indica no sólo el rechazo de nuestro Señor como el Mesías, sino que nos introduce en esa esfera amplia y universal sobre la que está destinado, en los consejos de Dios, a gobernar. Es mucho más amplio que «Hijo de David» o «Hijo de Abraham», y tiene para nosotros un encanto peculiar, ya que lo coloca ante nuestro corazón como el Desconocido solitario y rechazado; y, sin embargo, como Aquel que se vincula a nosotros, en todas nuestras necesidades en perfecta gracia; Aquel cuyas pisadas podemos trazar a través de este árido desierto. “El Hijo del Hombre no tiene dónde recostar la cabeza” (Lucas 9:58). Pero como Hijo del Hombre vendrá

pronto a ejercer el dominio universal que le está reservado según los eternos consejos de Dios (véase Daniel 7:9-14).

2 El lector inteligente no necesita que se le diga que todos los creyentes son sacerdotes ni que no hay tal cosa en la tierra como un sacerdote, excepto en el sentido en que todos los cristianos verdaderos son sacerdotes. La idea de un cierto grupo de hombres que se llaman a sí mismos sacerdotes en contraste con los demás, una casta que se distingue del común de los cristianos por el título o el modo de vestir, no es en modo alguno cristianismo, sino judaísmo o algo peor aún. Para todos los que lean la Biblia y se inclinen ante su autoridad, todas estas cosas estarán perfectamente claras.

7

“PÚBLICAMENTE Y POR LAS CASAS”

El título de este artículo ha sido tomado del discurso de despedida de Pablo ante los ancianos de Éfeso en Hechos 20. Muestra, de manera muy convincente, la íntima relación que existe entre el trabajo de maestro y el de pastor. “Y cómo nada que fuese útil he rehuido de anunciaros y enseñaros” —dice el bienaventurado apóstol— “públicamente y por las casas” (v. 20).

Pablo no era solamente apóstol; reunía, además, en su persona, los dones de evangelista, de pastor y de maestro de manera sorprendente. Los dos últimos están estrechamente vinculados, como lo vemos en Efesios

4:11. Es importante que esta relación se comprenda y se mantenga. El maestro expone la verdad; el pastor la aplica. El maestro ilumina el entendimiento; el pastor tiene en cuenta el estado del corazón. El maestro provee el alimento espiritual; el pastor ve el uso que se hace de él. El maestro se ocupa más de la Palabra (uno que “traza bien la palabra de verdad”, 2 Timoteo 2:15); el pastor se dedica al cuidado de las almas; la actividad del maestro es, en su mayor parte, pública; la del pastor se ejerce principalmente en privado. Cuando estos dos dones están reunidos en la misma persona, la capacidad de enseñar comunica al pastor un inmenso poder moral, y el don de pastor comunica al maestro una entrañable ternura.

No se debe confundir un pastor con un anciano u obispo (supervisor). Son dos cosas muy diferentes. Ancianos y obispos son a menudo términos intercambiables, pero un pastor nunca debe confundirse con ellos. “Anciano” es un cargo local; “pastor” es un don. Nada se dice de ancianos ni obispos en 1 Corintios 12 y 14, ni en Efesios 4, aunque en estos pasajes el tema de los dones se trata en detalle. Debemos distinguir cuidadosamente entre dones y cargos locales. Los ancianos u obispos fueron establecidos para conducir y vigilar. Los maestros y pastores deben alimentar y edificar. Un anciano podía ser maestro o pastor, pero debía diferenciar su cargo de su don: cada uno se basa en un principio completamente diferente, y nunca debe confundírse los.

Sin embargo, nuestro objetivo en este breve artículo no es escribir un tratado sobre el ministerio, ni extendernos exhaustivamente sobre las diferencias entre los dones espirituales y los cargos locales, sino simplemente ofrecer a nuestros lectores unas palabras sobre la inmensa importancia del don pastoral en la Iglesia de Dios, a fin de despertar en sus corazones el deseo de elevar una ferviente oración a la Cabeza de la Iglesia para que, en su gracia, tenga a bien derramar este precioso don más abundantemente entre nosotros. “No estamos estrechos en” él (2 Corintios 6:12). Sus recursos para la vida espiritual no se han agotado; pues nuestro Señor Jesucristo ama a su Iglesia y se deleita en sustentar y cuidar su cuerpo y en suplir todo lo que le falta con su plenitud infinita.

Aquellos que saben lo que es el servicio del pastor y que conocen la verdadera condición de la Iglesia, no pueden negar que existe una urgente necesidad de cuidados pastorales en toda la Iglesia de Dios. ¡Qué raro es encontrar un verdadero pastor espiritual! Es más fácil tomar el título y asumir el cargo. En realidad, el verdadero pastorado no se resume en un título ni en un cargo, sino que es una realidad viviente, un don divino acordado y comunicado por la Cabeza de la Iglesia para el crecimiento y la bendición de sus miembros. Un verdadero pastor es un hombre que no sólo posee un auténtico don espiritual, sino que también está animado por los mismos afectos del corazón de Cristo hacia cada

cordero y cada oveja del rebaño que compró con su propia sangre.

Sí, lo repetimos, cada cordero y cada oveja. Un verdadero pastor es un pastor en todo el mundo. Es alguien que tiene un corazón, un mensaje, un ministerio preciso para cada de miembro del cuerpo de Cristo.

No ocurre lo mismo con el anciano o supervisor. Éste tiene un cargo local que ejerce en la localidad donde le ha sido confiado. Pero el ámbito de actividad del pastor se extiende a toda la Iglesia de Dios, así como el del evangelista abarca el mundo entero. Un pastor es pastor en Nueva York, París, Sydney o cualquier localidad del mundo, y su precioso trabajo se realiza por todas partes. La idea de que el servicio de un pastor se limita a una determinada congregación en la que se espera que asuma las funciones de evangelista, maestro, anciano u obispo, es completamente ajena a la enseñanza del Nuevo Testamento.

Lamentablemente ¡cuán pocos pastores verdaderos hay entre nosotros! ¡Qué raro es encontrar un verdadero don de pastor, un verdadero corazón de pastor! ¿Dónde encontrar a aquellos que reúnen realmente los dos grandes e importantes elementos contenidos en nuestro título: “Públicamente y por las casas”? Quizá alguien podrá dar un breve mensaje el domingo o una meditación de la Palabra un día de semana, pero ¿cómo se realiza el otro aspecto: “en las casas”? ¿Dónde están, día tras día, los

cuidados diligentes, afectuosos y cercanos brindados a las almas individualmente? Muy a menudo sucede que la enseñanza en público pasa muy por encima de las cabezas de los oyentes. La enseñanza en las casas, en cambio, de seguro que llegará al corazón de cada uno. Cuántas veces sucede que una verdad expresada en público es mal comprendida y mal aplicada, hasta que, en el curso de la semana, la visita pastoral, llena de amor, da el verdadero sentido y la justa aplicación.

Y esto no es todo. Hay muchas cosas en el campo de actividad de un pastor que el maestro no puede tratar en público. No hay duda de que la enseñanza en público es sumamente importante. ¡Ojalá tuviésemos mucho más de lo que hemos tenido hasta ahora! El trabajo del maestro es de inestimable valor; y cuando es endulzado por el profundo y tierno afecto del corazón del pastor, puede responder mucho más profundamente a las diversas necesidades de las almas. El pastor lleno de amor que, de todo corazón y con oración, va fielmente de casa en casa, puede llegar a los ejercicios profundos de un alma, a las angustias de su corazón, buscar respuestas a las preguntas que las desconciertan, y hacer frente a las graves dificultades de su conciencia. Puede entrar, con la simpatía profunda de un corazón que ama, en las mil pequeñas circunstancias y pesares del camino. Puede arrodillarse ante el Trono de la gracia con aquellos que pasan por pruebas y tentaciones, con los que están destrozados y apesadumbrados, derramar sus corazones

juntos y recibir el dulce consuelo del “Dios de toda gracia” (1 Pedro 5:10) y del “Padre de misericordias” (2 Corintios 1:3).

El maestro, en público, no puede hacer esto. Sin duda que, si tiene también en él, como lo dijimos, un don de pastor, puede responder por adelantado, en su mensaje público, a la mayoría de las penas, dificultades y ejercicios personales de cada alma. Pero no puede responder plenamente a las necesidades individuales. Eso pertenece al santo trabajo del pastor. Nos parece que el pastor es al alma lo que el médico es al cuerpo. Debe conocer las enfermedades y los remedios. Debe poder explicar lo que le pasa al alma; ser capaz de discernir el estado espiritual y aplicar el remedio adecuado. ¡Ah, cuán escasos son estos pastores! Una cosa es llevar el título y otra muy diferente cumplir el servicio.

Lector cristiano, le rogamos encarecidamente que se una a nosotros en una oración ferviente y llena de fe para que Dios suscite verdaderos pastores en medio de nosotros. Tenemos una necesidad profunda de ello. Las ovejas de Cristo no están debidamente alimentadas ni cuidadas. Estamos tan ocupados con nuestros propios asuntos que no tenemos tiempo de dedicarnos al cuidado del precioso rebaño de Cristo. Incluso en aquellas ocasiones en que el amado pueblo de Dios se congrega, ¡qué poco hay de provecho para sus almas preciosas! ¡Cuántas pausas, largas y vacías, cuántos silencios debidos a la pobreza

espiritual, cuántos himnos y oraciones sin objetivo preciso! ¡Qué poco vemos que el rebaño sea conducido a los “delicados pastos” de las Santas Escrituras y a las “aguas de reposo” del amor divino (Salmo 23:2)! Y aun a lo largo de la semana, hay pocas visitas pastorales afectuosas, poco de tierna solicitud hacia las almas o el cuerpo. El trabajo para proveer a nuestras necesidades y a las de nuestra familia, absorbe todos los momentos de nuestra vida y no queda tiempo para otra cosa. En realidad, se trata, lamentablemente, de la antigua y triste historia: “Todos buscan lo suyo propio, no lo que es de Cristo Jesús” (Filipenses 2:21). ¡Qué diferente era el caso del bendito apóstol! Encontraba tiempo para hacer tiendas (Hechos 18:3) y también para enseñar “públicamente y por las casas”. No era solamente el ardiente evangelista que recorría continentes y plantaba asambleas, sino que también era el pastor lleno de amor, la tierna nodriza, el talentoso médico espiritual. Tenía un corazón para Cristo, para “su cuerpo”, la Asamblea (Efesios 1:23), y para cada miembro de ese cuerpo (Romanos 12:5). Aquí radica el verdadero secreto del servicio. Es maravilloso lo que un corazón lleno de amor puede realizar. Si realmente amo a la Iglesia, no puedo sino desear su bendición y su progreso, y animar a otros a lo mismo según mi propia capacidad.

¡Que el Señor suscite en su pueblo pastores y maestros según su propio corazón, hombres llenos de su Espíritu y animados por un verdadero amor hacia su Iglesia,

hombres competentes y dispuestos a enseñar
“públicamente y por las casas”!

8

NUESTRA NORMA Y NUESTRA ESPERANZA

Dos principios muy importantes presentados en Apocalipsis 3:3 y 11, son profundamente interesantes, pero claros, simples, fáciles de distinguir y llenos de poder cuando se los comprende: dos cosas distintas que caracterizan al vencedor. La primera es la verdad que ha sido comunicada; la segunda es la esperanza puesta delante de nosotros.

Encontramos la ilustración de estas dos cosas en la historia de Israel, y en la historia de la Asamblea de Dios: lo que Él nos ha dado, y lo que nos ha propuesto. Estas dos cosas, querido lector, deben formar su carácter y el mío. No tenemos que ser influidos por el carácter de lo

que nos rodea, o por la condición presente del pueblo de Dios; sino que hemos de serlo por lo que Dios ha dado, y por lo que él dará. Somos propensos a sentirnos desanimados y abatidos por el estado de lo que nos rodea, y a abandonarlo todo a causa de la ruina, y quedar así paralizados. Pero si usted toma estas dos cosas, o más bien si ellas se apoderan de usted, le volverán capaces de luchar contra la corriente y de ser un vencedor. Debemos acordarnos de lo que hemos “recibido y oído”, y abrigar “la esperanza de gloria” (Colosenses 1:27).

Sardis nos presenta el protestantismo. Siempre hay que hacer la distinción entre un trabajo del Espíritu de Dios y el estado de cosas resultante a causa de la intervención del hombre, de lo que él ha instaurado, de sus arreglos humanos, de la maquinaria terrenal, que copia la forma cuando el poder no existe más. La Reforma fue claramente una obra del Espíritu de Dios, una ola de poder espiritual. El protestantismo es la forma sin poder que, a causa de la debilidad humana y de la astucia de Satanás, ha seguido a este período glorioso de visitación divina.

Un movimiento muy claro del Espíritu de Dios que tuvo lugar hace cincuenta años, hizo salir a numerosas personas de los recintos de la cristiandad. Pero ¿qué uso se hizo de ello? Cuando la energía, la frescura y el despertar del Espíritu se hubieron marchado, ¿qué ocurrió en muchos casos? Pues bien, la gente se deslizó en

lo que se podría llamar una hermandad muerta, y nada es peor que eso, porque la corrupción de las mejores cosas es la peor de las corrupciones. ¿Cuál es nuestra salvaguardia moral? Simplemente retener lo que hemos recibido, y vivir en la esperanza bienaventurada de la venida de Cristo: realizar en nuestras propias almas el poder de lo que Dios ha dado y de lo que dará.

Encontramos ilustraciones de esto en los tiempos del Antiguo Testamento. Todos los grandes movimientos de reforma en Israel se caracterizaron por este mismo hecho. Así ocurrió en la época de Josafat y en la de Ezequías. El Señor llama a su pueblo a volver a la posición original, a lo que habían recibido al principio. Ezequías se vuelve a Moisés como autoridad para mantener la posición divina en la celebración de la pascua. Muchos habrían podido decir: «¡Oh, todo está irremediablemente perdido, nuestra unidad nacional no existe más!» El mismo Salomón había dejado abominaciones tras de sí. El diablo sugiere bajar el nivel a causa de la ruina; pero Ezequías no escucha nada de todo eso. Era un vencedor. Una ola de bendición llega, como no se había conocido desde los días de Salomón (2 Crónicas 30).

Lo mismo sucedió también en los días de Josías: un niño estaba sobre el trono; una mujer cumplía el servicio profético (2 Crónicas 34); Nabucodonosor estaba casi a la puerta. ¿Qué hizo Josías? El libro de la ley se leyó. En vez de bajar el nivel a causa del estado de las cosas, actúa

según la Palabra de Dios; tal fue su medida y norma de acción, y celebró la pascua en el mes primero. El resultado fue que no se había celebrado “una pascua como esta en Israel desde los días de Samuel el profeta” (2 Crónicas 35:18).

Lo mismo ocurrió con Ezequías y Josías; y tenemos un ejemplo todavía más bello de esto en Esdras y Nehemías. En estos días tuvo lugar una fiesta que no había sido observada desde los días de Josué hijo de Nun (Nehemías 8:17). La celebración de esa fiesta fue algo reservado para este pobre y pequeño remanente. Eran vencedores; habían vuelto a Dios y a lo que él les había dado al principio.

Daniel, Sadrac, Mesac y Abed-nego también obtuvieron una victoria magnífica cuando rehusaron comer los manjares delicados del rey. No quisieron ceder el espesor de un cabello. ¿No eran vencedores? Habrían podido decir: «Dios, en su gobierno, nos envió a la cautividad, ¿por qué nos negaríamos a comer los manjares delicados del rey?» ¡Pero no! Fueron hechos capaces de mantener el nivel dado por Dios, en medio de la ruina que los rodeaba.

Lo mismo ocurrió con Daniel. Permaneció en una inquebrantable fidelidad y obtuvo una victoria maravillosa. No había abierto sus ventanas ni oraba vuelto hacia Jerusalén con la intención de montar un espectáculo, sino para mantener la verdad de Dios. Oraba hacia el centro escogido por Dios y fue llamado “siervo del

Dios viviente” (Daniel 6:20). Si todos ellos se hubiesen sometido, habrían perdido sus victorias, y Dios habría sido deshonrado.

Todo esto nos afecta muy particularmente, en medio del protestantismo. Esto confiere a la Palabra de Dios un inefable valor para nosotros. No se trata de afirmar nuestra propia opinión o nuestra autoridad, sino que somos llamados a mantener la verdad de Dios, y nada más; y si usted no guarda eso, no sabe dónde está parado. Habríamos podido decir a Josías, cuando destruía los lugares altos que había edificado Salomón (2 Reyes 23:13): «¿Quién eres tú para oponerte a Salomón y a las instituciones establecidas por un gran hombre como él?» Pero la cuestión no era Josías contra Salomón, sino Dios contra el error.

Veamos ahora nuestro segundo gran principio, a saber, que nuestro carácter debe también formarse por lo que está ante nosotros: la venida del Señor. Pero, observemos aquí que la asamblea de Sardis, en vez de recibir el estímulo de la esperanza propia de la Iglesia, “la Estrella resplandeciente de la mañana” (Apocalipsis 22:16), recibe esta advertencia: “Pues si no velas, vendré sobre ti como ladrón, y no sabrás a qué hora vendré sobre ti” (Apocalipsis 3:3). Ésta es la manera en que él vendrá sobre el mundo: como ladrón. Nosotros pertenecemos al dominio de la luz; nuestra esperanza propia es la Estrella de la mañana, que sólo ven aquellos que velan durante la

noche. La razón por la cual Sardis recibe una advertencia en vez de ser animada por la esperanza de Su venida, es porque se ha hundido al nivel del mundo, de un cristianismo bajo, sin vida, desecado; y eso los sorprenderá como ladrón.

De esto es amenazado el protestantismo, y de esto es amenazado usted si se deja llevar por la corriente como un pescado muerto. El Señor despierta los corazones de los suyos para sentir más profundamente estas cosas. Les hace ver que lo único que importa es una completa realidad. Si no tenemos esta realidad, no tenemos nada. Una cosa es tener las doctrinas en la mente, y otra cosa tener a Cristo en el corazón y a Cristo en la vida.

Él viene por mí, y debo esperar la Estrella resplandeciente de la mañana. Pues bien, que mi corazón se despierte y supere el estado de cosas alrededor. Si encuentro creyentes en esta condición, procuro hacerlos salir. Si quiere enseñar a los santos, debe traerlos de vuelta a la verdad que recibió, a lo que Dios dio al principio. Edifique sobre lo que Dios le dio, y sobre la esperanza que está puesta delante de usted. Considero que es muy importante decir a alguien: «¿Está usted preparado para abandonar todo lo que no soporte la prueba de la Palabra de Dios; para tomar esa posición?» Retenga la posición de la verdad de Dios, y no se conforme con menos, aun cuando pueda hallarse solo. Si un regimiento fuese destrozado y no quedara sino un solo hombre, si

mantiene los colores, la dignidad del regimiento se mantiene. No es un asunto de resultados, sino de ser fiel a Cristo, de estar realmente vivos en una escena que se caracteriza por aquello que tiene “nombre de que vive, y está muerto”. Necesitamos algo más que la mera profesión. Incluso el partimiento del pan puede convertirse en una formalidad vacía. Necesitamos más poder y frescura, una devoción más viva hacia la Persona de Cristo. Somos llamados a vencer. El oído que oye se encuentra sólo en el vencedor. Que nuestros corazones sean estimulados para desear aún más esto.

9

LA PLENITUD DE DIOS PARA VASOS VACÍOS

El hombre en su verdadero lugar

1 Samuel 4 y 7 / Apocalipsis 3

Estos dos capítulos ilustran de manera sorprendente un principio que corre a través de toda la Escritura inspirada, a saber, que en el momento en que el hombre toma su verdadero lugar —el lugar que verdaderamente le corresponde—, Dios puede encontrarlo en gracia —en gracia perfecta, gratuita, soberana e incomparable—: la plenitud de Dios espera vasos vacíos para derramarse. Este gran principio brilla por todas partes del Génesis al Apocalipsis. La palabra «principio» es insuficiente para dar el sentido, es

demasiado fría. Deberíamos hablar de ello como de un gran hecho divino, vivo y maravilloso, que brilla con resplandor celestial en el evangelio de la gracia de Dios y en la historia del pueblo de Dios, colectiva e individualmente, tanto en los días del Antiguo Testamento como del Nuevo.

Pero es necesario que el hombre esté en su verdadero lugar. Es absolutamente indispensable. Es allí solamente donde puede tener una visión justa de Dios. Cuando el hombre tal como es, encuentra a Dios tal como es, hay una respuesta perfecta a todas las cuestiones, una solución divina a todas las dificultades. Desde la perspectiva de una ruina absoluta y sin esperanza, el hombre obtiene una amplia, clara y liberadora visión, y capta el sentido de la salvación de Dios. Sólo cuando el hombre llega al fin de sí mismo en todos los aspectos —su yo malo y su yo bueno, su yo culpable y su yo justo— comienza con un Dios Salvador. Es verdad al principio de la vida, y es verdad a lo largo de todo el camino. La plenitud de Dios espera siempre vasos vacíos. La gran dificultad es vaciar estos vasos: cuando se logra esto, todo se soluciona, ya que la plenitud de Dios puede entonces verterse allí.

Ésta seguramente es una gran verdad fundamental. En los capítulos 4 y 7 de 1 Samuel, la vemos en su aplicación para el antiguo pueblo terrenal de Dios. Consideremos un poco estos capítulos.

1 Samuel 4

Al principio del capítulo 4, vemos a Israel derrotado por los filisteos; pero, en lugar de humillarse delante de Jehová en una verdadera contrición y en el juicio de sí mismo a causa de su terrible condición, y en vez de aceptar su derrota como el justo juicio de Dios, los hallamos totalmente insensibles y duros de corazón. “Cuando volvió el pueblo al campamento, los ancianos de Israel dijeron: ¿Por qué nos ha herido hoy Jehová delante de los filisteos?” (1 Samuel 4:3). Según estas palabras, es muy evidente que los antiguos no estaban en el lugar conveniente. Jamás habrían dicho “por qué” si tan sólo hubiesen tomado conciencia de su condición moral: hubiesen sabido muy bien el porqué de la situación. Había un pecado vergonzoso en medio de ellos: la conducta inmoral de Ofni y Finees. “Era, pues, muy grande delante de Jehová el pecado de los jóvenes; porque los hombres menospreciaban las ofrendas de Jehová” (1 Samuel 2:17).

Pero, lamentablemente, el pueblo no tenía ningún sentido de su terrible condición, y, por consecuencia, ningún sentido del remedio. Por eso dicen: “Traigamos a nosotros de Silo el arca del pacto de Jehová, para que viniendo entre nosotros nos salve de la mano de nuestros enemigos” (4:3). ¡Qué ilusión! ¡Qué ceguera tan grande! No hay ningún juicio de sí mismo, ninguna confesión de la deshonra causada al nombre y al culto del Dios de Israel; ninguna mirada hacia Jehová con una verdadera contrición y un verdadero quebrantamiento de corazón.

No hay nada excepto el vano pensamiento de que el arca los salvaría de la mano de sus enemigos.

“Y envió el pueblo a Silo, y trajeron de allá el arca del pacto de Jehová de los ejércitos, que moraba entre los querubines; y los dos hijos de Elí, Ofni y Finees, estaban allí con el arca del pacto de Dios” (4:4). ¡Qué terrible condición de cosas! El arca de Dios asociada a estos hombres impíos cuya maldad iba a atraer el justo juicio de un Dios santo y justo sobre la nación entera. Nada podía ser más terrible ni más ofensivo para Dios que esta temeraria tentativa de asociar Su nombre y Su verdad con el mal. En toda circunstancia, el mal moral es malo de por sí, pero la tentativa de mezclar el mal moral con el nombre y el servicio de Aquel que es santo y verdadero, es la peor y más tenebrosa forma de iniquidad, y sólo puede hacer estallar un muy severo juicio de Dios. Estos sacerdotes impíos, los hijos de Elí, habían osado contaminar los mismos recintos del santuario con sus abominaciones; y ahora eran ellos quienes acompañaban al arca de Dios al campo de batalla. ¡Qué ceguera y qué dureza de corazón! Esa sola expresión: “Ofni y Finees, estaban allí con el arca del pacto de Dios”, expresa, en su brevedad, la terrible condición moral de Israel.

“Aconteció que cuando el arca del pacto de Jehová llegó al campamento, todo Israel gritó con tan gran júbilo que la tierra tembló” (v. 5). ¡Qué vanos eran estos gritos! ¡Qué vacía era esta jactancia! ¡Qué hueca era esta pretensión!

Lamentablemente, ¡todo esto fue seguido por una humillante derrota, y no podía ser de otro modo! “Pelearon, pues, los filisteos, e Israel fue vencido, y huyeron cada cual a sus tiendas; y fue hecha muy grande mortandad, pues cayeron de Israel treinta mil hombres de a pie. Y el arca de Dios fue tomada, y muertos los dos hijos de Elí, Ofni y Finees” (v. 10-11).

¡Qué estado de cosas! Los sacerdotes muertos; el arca tomada; la gloria traspasada. El arca de la que se jactaban, y sobre la que habían fundado su esperanza de victoria, estaba ahora en manos de los filisteos incircuncisos. Todo se había acabado. Esta terrible circunstancia —el arca de Dios en la casa de Dagón— expresa la trágica historia de la ruina y del fracaso total de Israel. Dios quiere realidad, verdad y santidad en aquellos con quienes se digna morar. “La santidad conviene a tu casa” (Salmo 93:5). Era un privilegio del orden más elevado tener a Jehová habitando en medio de ellos. Pero la santidad era la contrapartida necesaria. Dios no podía asociar su nombre con el pecado no juzgado. Imposible. Esto habría sido la negación de su naturaleza, y Dios mismo no puede negarse a sí mismo. El lugar donde quiere habitar debe corresponder a su naturaleza y a su carácter. “Sed santos, porque yo soy santo” (1 Pedro 1:16). Esta es una gran verdad fundamental a la cual debemos aferrarnos tenazmente y que debe ser confesada con reverencia. Jamás debe abandonarse.

Pero consideremos un poco lo que ocurrió con el arca en la tierra de los filisteos. Es sumamente solemne e instructivo. Israel había fracasado rotundamente y había pecado vergonzosamente. Se habían mostrado totalmente indignos del arca del pacto de Jehová; y los filisteos habían puesto sus manos incircuncisas sobre ella, permitiéndose introducirla con toda presunción en la casa de su falso dios, ¡como si Jehová Dios de Israel y Dagón pudiesen habitar juntos! ¡Qué blasfema presunción! Pero la gloria que se había disipado de Israel fue reivindicada en las tinieblas y la soledad del templo de Dagón.

Dios será Dios, aunque su pueblo falle. En consecuencia, vemos que cuando Israel faltó completamente en su responsabilidad de guardar el arca de Su testimonio, y permitió que pasara a manos de los filisteos —cuando todo estaba perdido en las manos del hombre—, entonces la gloria de Dios brilla con poder y esplendor: Dagón se desploma, y toda la tierra de los filisteos tembló bajo la mano de Jehová. Su presencia se les hizo intolerable, y procuraron sacársela de encima cuanto antes. Quedó demostrado de manera irrecusable la imposibilidad absoluta de que Jehová y los incircuncisos marcharan juntos. Así fue, así es hoy, y así será siempre. “¿Qué concordia (tiene) Cristo con Belial? ¿Y qué acuerdo hay entre el templo de Dios y los ídolos?” (2 Corintios 6:15-16). ¡Absolutamente ninguno!

1 Samuel 7

Pasemos ahora al capítulo 7. Encontramos allí otro estado de cosas totalmente diferente. Vamos a encontrar lo que es un vaso vacío y, como siempre, la plenitud de Dios esperando tal condición. “Desde el día que llegó el arca a Quiriat-jearim pasaron muchos días, veinte años; y toda la casa de Israel lamentaba en pos de Jehová” (v. 2). En los capítulos 5 y 6, vemos que los filisteos no podían subsistir con Jehová. En el capítulo 7, vemos que Israel no podía subsistir sin Él. Esto es muy sorprendente e instructivo. El mundo no puede soportar el solo hecho de pensar en la presencia de Dios. Lo vemos desde la caída, en Génesis 3. El hombre huye lejos de Dios incluso antes de que Dios lo expulse del jardín de Edén. No podía soportar la presencia divina. “Oí tu voz en el huerto, y tuve miedo, porque estaba desnudo; y me escondí” (Génesis 3:10).

Siempre fue así, desde entonces y hasta hoy. Como alguien lo dijo: «Si usted pudiera poner a un hombre inconverso en el cielo, haría todo lo posible para salir de allí cuanto antes». ¡Qué hecho tan notable! ¡Qué huella deja en toda la raza humana, y qué prueba de la profundidad de la depravación moral en que pueden caer los miembros de esta raza! Si un hombre no puede soportar la presencia de Dios, ¿qué lugar sería el apropiado para él? Y ¿de qué no es capaz? ¡Importantes y solemnes preguntas!

Luego “toda la casa de Israel lamentaba en pos de Jehová”. Veinte años, largos y tristes, pasaron sin el bendito sentido de Su presencia; “Habló Samuel a toda la casa de Israel, diciendo: Si de todo vuestro corazón os volvéis a Jehová, quitad los dioses ajenos y a Astarot de entre vosotros, y preparad vuestro corazón a Jehová, y sólo a él servid, y os libraré [Él, no el arca] de la mano de los filisteos. Entonces los hijos de Israel quitaron a los baales y a Astarot, y sirvieron sólo a Jehová. Y Samuel dijo: Reunid a todo Israel en Mizpa, y yo oraré por vosotros a Jehová. Y se reunieron en Mizpa, y sacaron agua, y la derramaron delante de Jehová, y ayunaron aquel día, y dijeron allí: Contra Jehová hemos pecado” (capítulo 7:2-6).

Qué diferencia con el estado de cosas presentado en el capítulo 4. Aquí, los vasos están vacíos, preparados para recibir la plenitud de Dios. No hay vanas pretensiones, ni ninguna búsqueda de medios exteriores de salvación. Todo es realidad, todo es trabajo de corazón aquí. En lugar de los gritos de jactancia, vemos el agua derramada: símbolo sorprendente y expresivo de una absoluta debilidad e inutilidad. En una palabra, el hombre toma su lugar correcto; y esto, lo sabemos, es la segura señal precursora de que Dios va a tomar el suyo. Este gran principio atraviesa, como un maravilloso hilo de oro, toda la Escritura, toda la historia del pueblo de Dios, toda la historia de las almas. Está condensado en esta expresión tan breve, pero de tan vasto alcance: “el arrepentimiento

y el perdón de pecados” (Lucas 24:47). El arrepentimiento es el verdadero lugar del hombre. El perdón de los pecados es la respuesta de Dios. El arrepentimiento expresa el vaso vacío; el perdón de los pecados, la plenitud de Dios. Cuando ambos se encuentran, todo se resuelve.

Esto es presentado de modo muy sorprendente en la escena de este capítulo 7. Una vez que Israel hubo tomado su verdadero lugar, Dios fue libre de actuar en su favor. Ellos mismos habían confesado que eran “como agua derramada sobre la tierra”, totalmente impotentes e indignos. Es todo lo que tenían que decir sobre sí mismos, y esto bastaba. Dios puede ahora entrar en escena y ocuparse rápidamente de los filisteos. “Si Dios es por nosotros, ¿quién contra nosotros?” (Romanos 8:31).

“Y Samuel tomó un cordero de leche y lo sacrificó entero en holocausto a Jehová; y clamó Samuel a Jehová por Israel, y Jehová le oyó. Y aconteció que mientras Samuel sacrificaba el holocausto, los filisteos llegaron para pelear con los hijos de Israel”: ¡Qué poco conocían a aquel contra el cual venían a combatir, a Aquel que iba a salir a su encuentro! “Mas Jehová tronó aquel día con gran estruendo sobre los filisteos, y los atemorizó, y fueron vencidos delante de Israel... Tomó luego Samuel una piedra y la puso entre Mizpa y Sen, y le puso por nombre Eben-ezer, diciendo: Hasta aquí nos ayudó Jehová” (v. 9-12). ¡Qué contraste entre los jactanciosos gritos de Israel

en el capítulo 4 y el trueno de Jehová en el capítulo 7! Los primeros eran pura pretensión humana; el segundo, el poder divino. Aquéllos habían sido inmediatamente seguidos de una humillante derrota; éste, de un triunfo espléndido. Los filisteos ignoraban lo que había pasado: el agua derramada, los llantos de arrepentimiento, la ofrenda del cordero, la intercesión sacerdotal. ¿Que podían saber los filisteos incircuncisos de estas preciosas realidades? Nada. Cuando la tierra se estremecía bajo los pretenciosos gritos de Israel, podían darse cuenta de lo que pasaba. Los hombres del mundo pueden comprender y apreciar la satisfacción y confianza en sí mismo; pero éstas son justamente las mismas cosas que rechazan a Dios. Por el contrario, un corazón quebrantado, un espíritu contrito, un espíritu humilde, son las cosas que agradan a Dios. Cuando Israel tomó el lugar de la humillación, el lugar del juicio de sí mismo y de la confesión, entonces se oyó el trueno de Jehová, y los ejércitos de los filisteos fueron dispersos y confundidos. La plenitud de Dios espera siempre que el vaso esté vacío. ¡Preciosa y bendita verdad! ¡Que podamos entrar más plenamente en su profundidad, plenitud, poder y extensión!

Relaciones entre 1 Samuel 4 y 7, y Filadelfia y Laodicea en Apocalipsis 3

Antes de terminar este breve artículo, sólo quisiera mencionar que 1 Samuel 4 y 7 nos hacen recordar a las

iglesias de Laodicea y Filadelfia, en Apocalipsis 3. La primera nos presenta una condición que deberíamos evitar escrupulosamente; la segunda, una condición que deberíamos cultivar con diligencia y seriedad. En la primera, hay una miserable autocomplacencia, y Cristo es dejado fuera. En la segunda, hay conciencia de su propia debilidad y nulidad, pero Cristo es exaltado, amado y honrado; su Palabra guardada, y su Nombre apreciado.

Y tengamos en cuenta que estas cosas prosiguen hasta el final. Es muy instructivo ver que las cuatro últimas de las siete iglesias presentan cuatro fases de la historia de la Iglesia que siguen hasta el final. En Tiatira, encontramos el Catolicismo; en Sardis, el Protestantismo. En Filadelfia, como lo dijimos, tenemos ese estado de alma, esa actitud de corazón, que todo verdadero creyente, y toda asamblea de creyentes deberían cultivar con ardor y manifestar fielmente. Laodicea, por el contrario, presenta un estado de alma y una actitud de corazón que debemos rechazar con santo temor. Filadelfia es tan atractiva para el corazón de Cristo, como repugnante le es Laodicea. De la primera, hará una columna en el templo de Su Dios; a la segunda, la vomitará de su boca, y Satanás la tomará y hará de ella el “albergue de toda ave inmunda y aborrecible” (Apocalipsis 18:2): ¡la gran Babilonia! Qué espantoso es esto para todos aquellos que participarán en este desastre. Y jamás olvidemos que la pretensión de ser Filadelfia manifiesta realmente el espíritu de Laodicea. Allí donde se encuentra todo tipo de pretensión,

afectación, autoafirmación o autocomplacencia, tenemos a Laodicea, en espíritu y en principio. ¡Quiera el Señor librar a todo Su pueblo de su influencia!

Amados, estemos contentos de no ser nada en esta escena de auto exaltación. Que nuestra aspiración sea andar a la sombra, en lo que concierne a los pensamientos humanos, pero jamás nos alejemos de la luz de la aprobación del Padre. En una palabra, nunca olvidemos que «la plenitud de Dios espera siempre vasos vacíos».

10

LA ORACIÓN EN RELACIÓN CON LAS REUNIONES DE ORACIÓN

Al considerar el tema tan importante de la oración, dos cosas reclaman nuestra atención; primeramente, la base moral de la oración; en segundo lugar, sus condiciones morales.

1. La base moral de la oración

La Escritura nos presenta la base moral de la oración en palabras tales como éstas: “Si permanecéis en mí, y mis palabras permanecen en vosotros, pedid todo lo que queréis, y os será hecho” (Juan 15:7). “Amados, si nuestro corazón no nos reprende, confianza tenemos en Dios; y cualquiera cosa que pidiéremos la recibiremos de él, porque guardamos sus mandamientos, y hacemos las

cosas que son agradables delante de él” (1 Juan 3:21, 22). Cuando el apóstol deseó que los creyentes oraran por él, les presentó la condición moral de su ruego al decir: “Orad por nosotros; pues confiamos en que tenemos buena conciencia, deseando conducirnos bien en todo” (Hebreos 13:18).

De estos pasajes y de muchos otros de similar importancia, aprendemos que, para que la oración sea efectiva, es necesario un corazón obediente, una mente recta y una buena conciencia. Si no estamos en comunión con Dios, si no permanecemos en Cristo, si sus mandamientos no nos gobiernan, si no tenemos “un ojo sencillo”, ¿cómo podemos esperar respuestas a nuestras oraciones? Estaríamos haciendo lo que Santiago dice: “Pedís mal, para gastar en vuestros deleites” (4:3). ¿Cómo puede Dios, siendo un Padre santo, concedernos tales peticiones? ¡Imposible!

Cuán necesario es, pues, prestar la más seria atención a la base moral sobre la cual presentamos nuestras oraciones. ¿Cómo podía el apóstol Pablo pedirles a los hermanos que oraran por él si él no hubiera tenido una buena conciencia, un ojo simple y un corazón recto, la persuasión interior de que en todas las cosas deseaba realmente vivir honestamente? Hubiese sido imposible.

Podemos caer en el hábito de pedirles a otros, a la ligera y regularmente, que oren por nosotros. A menudo repetimos la frase: «Tenme presente en tus oraciones», y,

seguramente, no hay nada más precioso que saber que somos llevados en el corazón del amado pueblo de Dios cuando se acercan al trono de la gracia. Pero ¿le damos la debida importancia a la base moral? Cuando decimos: «Oren por nosotros, hermanos», ¿podemos agregar, como en la presencia del que escudriña los corazones: “Pues confiamos en que tenemos buena conciencia, deseando conducirnos bien en todo” (Hebreos 13:18)? Y cuando nos inclinamos ante el trono de la gracia, ¿tenemos un corazón que no nos condena, un corazón recto y un ojo sencillo, un alma que permanece de veras en Cristo y que guarda sus mandamientos?

Estas preguntas sondan el corazón, y llegan a lo más profundo de él; descienden hasta las mismas raíces de las fuentes morales de nuestro ser. Pero es bueno que nuestros corazones sean profundamente escudriñados con respecto a todas las cosas, más particularmente en lo que respecta a la oración. Hay mucha falta de realidad en nuestras oraciones, una triste falta de base moral, mucho de “pedís mal”; de ahí que nuestras oraciones no tengan poder ni efectividad; de ahí la formalidad, la rutina, y hasta la positiva hipocresía. Por eso el salmista dijo: “Si en mi corazón hubiese yo mirado la iniquidad, el Señor no me habría escuchado” (Salmo 66:18). ¡Qué solemne! Nuestro Dios quiere la realidad de las cosas, él ama “la verdad en lo íntimo”. Él —bendito sea su Nombre— es verdadero con nosotros; y quiere que nosotros seamos

verdaderos con él. Quiere que vayamos a él como somos en realidad, con lo que verdaderamente buscamos.

Lamentablemente, ¡cuán a menudo nuestras oraciones privadas y públicas no son así! ¡Cuán a menudo nuestras oraciones son más discursos que peticiones; más exposiciones doctrinales que expresiones de necesidad! Es como si quisiéramos explicarle a Dios los principios y darle una gran cantidad de información.

Estas cosas son las que a menudo ejercen una influencia tan desecante sobre nuestras reuniones de oración y les roban frescura, interés y valor. Aquellos que saben realmente lo que es la oración, que experimentan el valor de ella, y que son conscientes de la necesidad de orar, van a la reunión de oración para orar, no para escuchar discursos, conferencias ni exposiciones de personas arrodilladas. Si tienen necesidad de aprender, pueden asistir a las reuniones o conferencias donde se estudia la Palabra de Dios; pero cuando van a la reunión de oración, es para orar. Para ellos la reunión de oración es el lugar para expresar las necesidades y esperar la bendición. Es el lugar en el que se expresa la debilidad y se espera el poder. Ésta es su idea del lugar “donde suele hacerse la oración” (cf. Hechos 16:13); y, por ese motivo, cuando estos cristianos se reúnen allí, no están dispuestos ni preparados para escuchar largas predicaciones en forma de oración, a duras penas soportables si fueran

verdaderas predicaciones, pero de esta forma, intolerables.

Escribimos claramente porque sentimos la necesidad de una gran sinceridad de lenguaje; sentimos una profunda falta de realidad, sinceridad y verdad en nuestras oraciones individuales y en nuestras reuniones de oración. A veces sucede que lo que llamamos oración, no es en absoluto una oración, sino la profusa exposición de ciertas verdades conocidas y reconocidas, cuya constante repetición se vuelve sumamente pesada y tediosa. ¿Qué puede ser más penoso que escuchar a una persona de rodillas cómo explica principios y desarrolla doctrinas? Es imposible escapar a la pregunta: Este hombre ¿está hablándole a Dios o a nosotros? Si le está hablando a Dios, nada puede ser más irreverente o profano que tratar de explicarle las cosas a él. Si la persona nos está hablando a nosotros, entonces eso no es oración, y cuanto más pronto dejemos la actitud de «oración» tanto mejor, porque sería más provechoso que diera una conferencia de pie y nosotros estuviésemos sentados en nuestros asientos para escuchar.

Al hablar de la actitud, quisiéramos con todo amor llamar la atención de los santos sobre un asunto que, a nuestro juicio, demanda una seria consideración. Nos referimos al hábito de permanecer sentados durante los santos y solemnes ejercicios de la oración. Reconocemos plenamente que lo importante, en la oración, es tener la

actitud correcta en el corazón. Sabemos, además, y no debemos olvidarlo, que muchos de los que van a las reuniones de oración son de edad avanzada, están enfermos, delicados, y que no se pueden arrodillar por ratos largos, si es que lo pueden hacer. En otros casos puede suceder que, aun cuando no haya debilidad física y exista un verdadero y sincero deseo de arrodillarse, en el sentimiento de que tal es la actitud que conviene delante de Dios, resulte imposible, por falta de espacio, cambiar de posición para arrodillarse.

Todas estas cosas deben ser tomadas en consideración. Pero, permitiendo el mayor margen posible a estos casos particulares, nos vemos sin embargo forzados a reconocer que hay a menudo una lamentable falta de reverencia en muchas de nuestras reuniones públicas de oración. A menudo vemos a jóvenes que no pueden invocar ni debilidad física ni falta de espacio, sentados durante toda la reunión de oración. Esto, debemos decirlo, es chocante e irreverente, y no podemos sino creer que ello contrista al Espíritu del Señor. Debiéramos arrodillarnos siempre que nos sea posible. Esta actitud expresa respeto y reverencia. El bendito Maestro, “puesto de rodillas oró” (Lucas 22:41). El apóstol Pablo hizo lo mismo: “Cuando hubo dicho estas cosas, se puso de rodillas, y oró con todos ellos” (Hechos 20:36).

Y ¿no es adecuado y conveniente que sea así? ¿Puede haber algo más inadmisibles que ver en una asamblea

algunas personas sentadas, ensanchándose y extendiéndose en el asiento con toda comodidad, distraídas, mientras que se ofrece la oración? Consideramos todas estas cosas muy irreverentes, y suplicamos aquí urgentemente a todos los hijos de Dios que den a este tema su solemne consideración, y que hagan todos los esfuerzos posibles, tanto mediante el ejemplo como mediante el consejo, para promover la piadosa y bíblica costumbre de inclinar nuestras rodillas en las reuniones de oración. Aquellos que toman parte en la reunión, volverían todo esto mucho más fácil mediante oraciones cortas y fervientes. Pero dejaremos este tema para más adelante.

2. Las condiciones morales para orar

Vamos a considerar ahora, a la luz de la Palabra de Dios, las condiciones morales o los atributos de la oración. Nada es más precioso que tener la autoridad de las Escrituras para todo acto de nuestra vida cristiana práctica. La Escritura debe ser nuestro único, gran y supremo árbitro en todas nuestras dificultades; no lo olvidemos jamás.

¿Qué, pues, dice la Escritura en cuanto a las condiciones morales necesarias de la oración en común, dado que éste es el tema que nos ocupa aquí? Abramos la Biblia en Mateo 18:19: “Otra vez os digo, que si dos de vosotros se pusieren de acuerdo en la tierra acerca de cualquier cosa

que pidieren, les será hecho por mi Padre que está en los cielos.”

Aquí aprendemos que una de las condiciones que requieren nuestras oraciones es la unanimidad —acuerdo sincero y de corazón—, completa unidad de pensamiento. La verdadera fuerza de las palabras es: «Si dos de vosotros están acordes» (del griego: συμφωνησωσιν = *sumphonesosin*), de donde viene sinfonía), emitirán un solo sonido. No debe haber ningún ruido desagradable, nada discordante.

Si, por ejemplo, nos reunimos para orar por el progreso del Evangelio, la conversión de las almas, debemos estar unidos como una sola mente en este tema, debemos producir un solo sonido delante de Dios. De nada sirve que cada uno aporte algún pensamiento particular. Debemos venir ante el trono de la gracia con santa «armonía» de mente y espíritu si queremos una respuesta de acuerdo con Mateo 18:19.

Éste es un punto de inmensa importancia moral, y que influye muchísimo en el tono y el carácter de nuestras reuniones de oración. Sin duda no le damos a este tema la suficiente atención. ¿Acaso no debemos deplorar el carácter sin objeto de nuestras reuniones de oración, cuando deberíamos reunirnos con un propósito definido en nuestros corazones para poder esperar todos juntos en Dios? El libro de los Hechos, capítulo 1, nos dice que los primeros discípulos “perseveraban unánimes en oración y

ruego, con las mujeres, y con María la madre de Jesús, y con sus hermanos” (v. 14)¹. En Hechos 2 leemos: “Cuando llegó el día de Pentecostés, estaban todos unánimes juntos” (v. 1).

Estaban esperando, de acuerdo con las instrucciones del Señor, la promesa del Padre, el don del Espíritu Santo. Ellos tenían la segura palabra de la promesa. El Consolador, indefectiblemente, vendría; pero esto, lejos de dispensarlos de la oración, constituía la base misma de este bendito ejercicio. Estaban en un mismo lugar, orando unánimes. Estaban completamente de acuerdo. Todos tenían un propósito definido en su corazón. Estaban esperando la promesa del Espíritu Santo y ¡continuaron esperando unánimes hasta que llegó! Todos, hombres y mujeres, estaban cautivados por un solo objetivo. Día tras día esperaron con santo acuerdo, con feliz armonía, ardientemente, con fervor, hasta que de lo alto fueron revestidos del poder prometido.

¿No deberíamos nosotros hacer lo mismo? ¿Acaso no hay una lamentable falta de este principio de “unanimitad” y de reunirnos “juntos” (en un solo lugar), entre nosotros (Hechos 2:1)? Es cierto —bendito sea Dios— que no tenemos que pedir que el Espíritu Santo venga porque ya vino, pero sí tenemos que pedir la manifestación de su poder en nuestras reuniones. Supongamos que nos haya tocado estar en un lugar donde reinan la muerte y las tinieblas espirituales; donde no hay un solo hálito de vida,

una sola hoja que se mueva; donde los cielos parecen como bronce, y la tierra como hierro. Donde nunca se oye ni siquiera que haya habido una conversión. Donde un formalismo desecante domina por todos lados. Donde una profesión sin poder, una rutina muerta y una religiosidad mecánica, están a la orden del día. ¿Qué debemos hacer? ¿Dejarnos paralizar o ganar por esta atmósfera malsana y mortal? ¡Seguramente que no! ¿Qué, pues, debemos hacer? Reunirnos —aunque sean sólo dos los creyentes que se den cuenta de la triste condición de las cosas—, y, unánimes, derramar nuestros corazones delante de Dios. Esperemos en él unidos, con santo acuerdo y con un firme objetivo, hasta que envíe una abundante lluvia de bendiciones sobre el lugar seco y estéril. No nos crucemos de brazos ni digamos: “No ha llegado aún el tiempo” (Hageo 1:2), ni nos dejemos llevar por ese pernicioso razonamiento de una teología torcida, justamente llamada fatalismo y que dice: «Dios es soberano y hace todo de acuerdo con su propia voluntad, de modo que sólo nos queda esperar su tiempo. Todo esfuerzo humano es inútil. No podemos suscitar un avivamiento. Debemos cuidarnos de la mera excitación.»

Todos estos razonamientos parecen plausibles, y tanto más cuanto tienen una medida de verdad. Por cierto que todo esto es verdad, pero sólo es una verdad parcial. Es la verdad y nada más que la verdad; pero no es toda la verdad. De ahí su perniciosa influencia. ¡No hay nada más terrible que tomar un solo lado de la verdad! ¡Es mucho

más peligroso que el error positivo y palpable! Muchas almas fervientes han tropezado y se han desviado completamente del camino recto por medias verdades o por verdades mal aplicadas. Muchos fieles y útiles siervos de Dios se han enfriado, desanimado y hasta salido del campo de la cosecha por la insistencia poco juiciosa que se ha puesto en la enunciación de ciertas doctrinas que tenían una medida de verdad, pero no toda la verdad de Dios.

Nada, sin embargo, puede tocar la verdad o debilitar la fuerza de la declaración del Señor en Mateo 18:19. Ella permanece con toda su bendita plenitud, libertad y valor ante los ojos de la fe. Es clara y no puede haber equivocación. “Si dos de vosotros se pusieren de acuerdo en la tierra acerca de cualquier cosa que pidieren, les será hecho por mi Padre que está en los cielos.” Aquí está nuestro certificado para reunirnos en oración para cualquier cosa que esté en nuestro corazón. ¿Nos dolemos por la frialdad, la esterilidad y la muerte espiritual que hoy en día hay a nuestro alrededor? ¿Nos desanimamos por el aparente poco fruto de la predicación del Evangelio, la falta de poder en la misma predicación y la falta de resultados prácticos? ¿Nos descorazona la esterilidad, la pereza, la pesadez y el tono poco elevado de todas nuestras reuniones, ya sea a la Mesa del Señor, ante el trono de la gracia o alrededor de la fuente de las Santas Escrituras? ¿Qué debemos hacer? ¿Debemos cruzarnos de brazos con fría e incrédula indiferencia, darnos por

vencidos con desesperación, quejarnos, murmurar, enojarnos o irritarnos? ¡No, Dios no lo permita! Debemos reunirnos “todos unánimes juntos” y postrarnos sobre nuestros rostros delante de nuestro Dios, y derramar nuestros corazones como si fuera un solo corazón, y suplicar que se cumpla Mateo 18:19.

Éste es el gran remedio, el recurso infalible. Es cierto que «Dios es soberano», pero por eso mismo debemos esperar en él. Es verdad que «el esfuerzo humano es inútil», y por esa misma razón hay que buscar el poder divino. Es perfectamente cierto que «no podemos suscitar un avivamiento», y por eso debemos buscarlo de rodillas. Y es cierto también que «debemos cuidarnos de la mera excitación», pero, al mismo tiempo, hay que cuidarse de la indiferencia fría, muerta y egoísta.

Mientras Cristo esté a la diestra de Dios, mientras el Espíritu Santo esté en medio de nosotros y en nuestros corazones, mientras tengamos la Palabra de Dios en nuestras manos, mientras Mateo 18:19 brille delante de nosotros, no hay ninguna excusa para la esterilidad, el entumecimiento y la indiferencia, ninguna excusa para que las reuniones sean pesadas y sin provecho, ni para la falta de frescura en nuestras asambleas ni para que falte el fruto de nuestro servicio. Esperemos en Dios con santo acuerdo. Entonces, con seguridad vendrá la bendición.

En Mateo 21:22 encontramos otra condición moral esencial para la oración efectiva. “Y todo lo que pidieréis

en oración, creyendo, lo recibiréis.” ¡Ésta es una afirmación verdaderamente maravillosa! Le abre a la fe la tesorería del cielo. No hay ningún límite. Nuestro bendito Señor nos asegura que vamos a recibir lo que pidamos con fe sencilla.

El apóstol Santiago, bajo la inspiración del Espíritu Santo, nos da una seguridad parecida cuando pedimos sabiduría: “Si alguno de vosotros tiene falta de sabiduría, pídala a Dios, el cual da a todos abundantemente y sin reproche, y le será dada. Pero” —aquí está la condición moral— “pida con fe, no dudando nada; porque el que duda es semejante a la onda del mar, que es arrastrada por el viento y echada de una parte a otra. No piense, pues, quien tal haga, que recibirá cosa alguna del Señor” (Santiago 1:5-7).

De estos dos pasajes aprendemos que, para que Dios conteste nuestras oraciones, éstas deben ser oraciones de fe. Una cosa es decir palabras en forma de oración, y otra muy distinta orar con fe sencilla, con la seguridad completa, clara y firme de que tendremos lo que pedimos. Es de temerse que muchas de las que llamamos oraciones no pasan del techo del lugar en que las pronunciamos. Para alcanzar el trono de Dios, nuestras oraciones deben ser llevadas en las alas de la fe y provenir de corazones unidos y mentes de acuerdo, con el santo propósito de esperar en Dios por todo lo que necesitamos.

¿No es cierto que nuestras oraciones y reuniones de oración son tristemente deficientes en este sentido? Y esta deficiencia se manifiesta por el hecho de que nuestras oraciones tienen tan poco resultado. ¿No deberíamos examinarnos seriamente y darnos cuenta de la medida en que realmente entendemos estas dos condiciones de la oración: el acuerdo o unanimidad y la confianza de fe? Cristo dijo que, si dos personas se ponen de acuerdo para pedir con fe, pueden pedir lo que quieran y les será hecho. ¿Por qué, entonces, no vemos respuestas más abundantes a nuestras oraciones? ¿No será nuestra la falta? ¿No estaremos fallando en la unanimidad y la confianza?

3.

En Mateo 18:19 el Señor desciende al número más pequeño, habla de la congregación más pequeña —la de “dos”— aunque, por supuesto, la promesa también se aplica al número de personas que fuese. El punto esencial es que, aunque haya sólo dos, deben estar completamente de acuerdo y plenamente convencidos de que recibirán lo que piden. Si esto fuera así en lo que respecta a nosotros, nuestras reuniones de oración también tendrían un tono y un carácter muy distintos. Las haría mucho más efectivas de lo que, lamentablemente, vemos a menudo: reuniones de oración pobres, frías, muertas, sin objeto ni ilación, mostrando cualquier otra cosa menos el sincero acuerdo y la fe sin incertidumbre.

¡Qué diferencia tan grande habría si nuestras reuniones de oración fueran el resultado de un verdadero acuerdo de corazón y de pensamiento hecho entre dos o más creyentes que juntos llegan para esperar de Dios algo específico, y luego perseveran en la oración hasta recibir la respuesta! ¡Qué poco se ve esto! Puede que todas las semanas vayamos a la reunión de oración —y qué bueno que lo hagamos—, pero, delante de Dios, ¿no deberíamos ser ejercitados a fin de darnos cuenta hasta qué punto nos hemos puesto de acuerdo entre nosotros en cuanto al asunto o a los asuntos que hemos de poner delante del trono de la gracia? La respuesta a esta pregunta se vincula con otra de las condiciones morales de la oración.

Leamos en Lucas 11: “¿Quién de vosotros que tenga un amigo, va a él a medianoche y le dice: Amigo, préstame tres panes, porque un amigo mío ha venido a mí de viaje, y no tengo qué ponerle delante; y aquél, respondiendo desde adentro, le dice: No me molestes; la puerta ya está cerrada, y mis niños están conmigo en cama; no puedo levantarme, y dártelos? Os digo, que aunque no se levante a dárselos por ser su amigo, sin embargo por su importunidad se levantará y le dará todo lo que necesite. Y yo os digo: Pedid, y se os dará; buscad, y hallaréis; llamad, y se os abrirá. Porque todo aquel que pide, recibe; y el que busca, halla; y al que llama, se le abrirá” (v. 5-10).

Estas palabras son sumamente importantes, puesto que son parte de la respuesta del Señor a la petición de los

discípulos: “Señor, enséñanos a orar.” Que nadie se imagine ni por un instante que nos tomaríamos el atrevimiento de enseñarle a la gente a orar. ¡Dios no lo permita! ¡Nada más lejos de nuestros pensamientos! Procuramos simplemente poner a las almas de nuestros lectores en contacto directo con la Palabra de Dios —las verdaderas palabras de nuestro bendito Señor y Maestro—, a fin de que, a la luz de estas palabras, puedan juzgar por sí mismos si nuestras oraciones y nuestras reuniones de oración son lo que debieran ser.

¿Qué, pues, nos enseña Lucas 11? ¿Cuáles son las condiciones morales que nos presenta este pasaje? En primer lugar, nos enseña a ser específicos en nuestras oraciones. “Amigo, préstame tres panes.” Hay una necesidad positiva, sentida y expresada; un objeto específico en su mente y en su corazón, y él se limita a este único objeto. No hace una exposición larga, con rodeos, sin ilación, en la que menciona todo tipo de cosas. Su demanda es clara, directa y puntual: «Préstame tres panes; es un caso urgente y no puedo irme sin ellos»; la hora está avanzada; todas las circunstancias hacen que la súplica sea más imperiosa y precisa. El hombre no puede renunciar a aquello que vino a buscar: “Amigo, préstame tres panes.”

Sin duda parecía un momento muy inadecuado para venir —“medianoche”—. Todo parece desalentador. El amigo ya se había acostado y cerrado la puerta, los niños

ya estaban acostados, no podía levantarse. Sin embargo, la necesidad específica es recalcada: tiene que tener tres panes.

Ésta es una gran lección práctica que puede aplicarse con inmenso provecho a nuestras oraciones y reuniones de oración. Éstas —debemos confesar— sufren oraciones largas, llenas de rodeos y sin ningún objeto preciso. Muchas veces mencionamos un montón de cosas por las que de veras no sentimos necesidad y respecto de las que en realidad no esperamos una respuesta. ¿No es cierto que a menudo no tendríamos una respuesta que dar si, al final de nuestras reuniones de oración, se nos apareciera el Señor y nos dijera: «¿Qué es lo que realmente quieren que yo haga o que les de?».

Todo esto reclama de nuestra parte una seria consideración. Si nosotros fuéramos a la reunión de oración con necesidades precisas en nuestro corazón, por las cuales podríamos pedir la comunión de nuestros hermanos, eso haría que las reuniones tuvieran gran fervor, frescura, brillo, profundidad, realidad y poder. A algunos de nosotros nos parece necesario hacer una oración larga mencionando toda clase de cosas, muchas de las cuales son sin duda correctas y buenas; pero la mente se pierde en la multiplicidad de temas. Cuánto mejor es llevar ante el trono una sola petición, implorar con ahínco, y luego esperar, de modo que el Espíritu Santo

pueda guiar a otros, de igual manera, para orar por lo mismo, o por alguna otra cosa igualmente definida.

Las oraciones largas en nuestras reuniones son cansadoras; y ciertamente en muchos casos son una positiva calamidad. Puede que alguno nos diga que no debemos ponerle ningún límite de tiempo al Espíritu Santo: ¡Lejos de nosotros tan terrible pensamiento! Simplemente estamos comparando lo que encontramos en las Escrituras con lo que a menudo —aunque no siempre, gracias a Dios— hallamos en nuestras reuniones de oración (léase Mateo 6; Juan 17; Hechos 4:24-30; Efesios 1; 3, etc.). Tengamos en cuenta, pues, que, en las Escrituras, las “largas oraciones” no son la regla. Lo dicho en Marcos 12:40 se refiere a ellas en términos fuertemente condenatorios. Las oraciones fervientes, breves y puntuales le dan frescura e interés a la reunión de oración, mientras que, en general, las oraciones largas y sin un propósito definido causan profunda depresión en todos los asistentes.

Pero hay todavía otro muy importante rasgo moral de la verdadera oración en la enseñanza del Señor en Lucas 11, y es la “importunidad” o insistencia. El Señor nos dice que el hombre logra su objetivo simplemente por su gran insistencia. No se dio por vencido; tenía que llevar los tres panes. La insistencia prevaleció incluso cuando los derechos de la amistad no eran suficientes. El hombre estaba decidido a lograr su propósito. No tenía

alternativa. Se presentó una necesidad, y él no tenía ninguna respuesta: “un amigo mío ha venido a mí de viaje, y no tengo qué ponerle delante”; y no iba a aceptar una negativa.

¿Hasta qué punto comprendemos esta gran lección? El punto aquí no es que Dios —bendito sea su nombre— siempre nos contestará “desde adentro”. Que jamás nos dirá: “No me molestes”, o “No puedo levantarme y dártelos”. Él es siempre nuestro “Amigo” fiel, y siempre está dispuesto; es un Dador que siempre da alegre y abundantemente, y sin hacer reproches. Sin embargo, él nos anima a la importunidad, a insistir, y debemos recordar siempre su enseñanza. Pero a menudo en nuestras reuniones de oración hay una gran falta de esto, así como de especificar lo que queremos. Estas dos cosas van muy pero muy juntas. Cuando lo que se busca es tan definido como “tres panes”, por lo general habrá insistencia de pedir por ellos, y tendremos la firme intención de obtenerlos. El simple hecho es que somos demasiado vagos en lo que pedimos y, en consecuencia, demasiado indiferentes. Pero en nuestras reuniones de oración a menudo no nos portamos como personas que piden lo que quieren y luego esperan lo que pidieron. Esto es lo que arruina nuestras reuniones de oración, y lo que las vuelve apagadas, sin propósito, sin poder, y sólo terminan siendo reuniones de enseñanza o charlas fraternales, en lugar de ser la ocasión en que presentamos a Dios nuestras fervientes y tenaces peticiones. Estamos

convencidos de que toda la Iglesia de Dios necesita ser despertada a este respecto, y esta convicción es lo que nos anima a presentar estas ideas y estas reflexiones.

4.

Cuanto más meditamos el tema que ha venido ocupando nuestra atención, más consideramos el estado de toda la Iglesia de Dios y más estamos convencidos de la necesidad urgente de un completo despertar, en todo lugar, en cuanto a la oración. Hemos tratado de presentar a nuestros lectores algunas reflexiones y algunos consejos sobre este punto tan importante. Hemos señalado nuestra falta de confianza, de unanimidad, de precisión y de oportunidad. Hemos hablado, en términos claros, de muchas cosas que son sentidas por todos aquellos que son verdaderamente espirituales entre nosotros. Hemos hablado de las oraciones que predicán, de las oraciones largas, fatigantes y sin propósito, que destruyen el verdadero poder y la bendición de las reuniones de oración, lo cual, en algunos casos, ha provocado que los queridos hijos de Dios hayan dejado de asistir a ellas. En lugar de sentirse refrescados, consolados y fortalecidos, sólo sienten cansancio, aflicción y disgusto. Por eso, las personas prefieren no ir. Piensan que es más provechoso pasar una hora de tranquilidad en lo privado de su propio cuarto, donde pueden derramar sus corazones delante del Señor en fervientes oraciones y súplicas, que ir a una

«reunión de oración» en la que se cansan con el desvaído canto de los himnos o con largas oraciones-sermones.

Estamos plenamente persuadidos de que este proceder es erróneo, y de que ésta no es la forma de resolver el problema al que nos referimos. Si es bueno reunirse para orar y hacer súplicas —¿y quién podría dudarlo?—, entonces no es correcto que alguien falte simplemente a causa de la debilidad, de las faltas o hasta la insensatez de algunos de los participantes de la reunión. Pero si todos los miembros verdaderamente espirituales no fueran a las reuniones por tales razones, ¿qué sería de la reunión de oración? Muy poco nos damos cuenta de lo importante que son los elementos que componen una reunión. Aunque no tengamos una participación audible en la oración, si asistimos con el espíritu correcto, para esperar realmente en Dios, siempre podemos ser de mucha ayuda para mantener el tono de la reunión y asegurar la bendición.

Debemos recordar también que, al asistir a una reunión, no lo hacemos sólo por nuestra comodidad, provecho y bendición, sino que debemos pensar en la gloria del Señor. Debemos procurar ser conducidos por su bendita voluntad y en lo posible tratar de promover el bien de los demás. Ninguno de estos fines —estemos seguros de eso— puede lograrse si a propósito nos ausentamos del “lugar donde suele hacerse la oración”.

Hablamos —y lo repetimos con énfasis— de nuestro alejamiento voluntario y a propósito, bajo el pretexto de que no hallamos ningún provecho por lo que pasa en la reunión. Es cierto que hay muchas cosas que a veces impiden que estemos presentes: enfermedad, deberes de familia, reclamos legítimos de nuestro tiempo si estamos en relación de dependencia laboral. Todas estas cosas han de tenerse en cuenta. Pero, por regla general, es un hecho que el que se ausenta de la reunión de oración deliberadamente, está en mal estado espiritual. El alma que está en un buen estado, un alma saludable, feliz, ferviente y diligente, estará con toda seguridad en la reunión.

Todo lo que precede nos conduce naturalmente a otra de estas condiciones morales de la oración, que nos han ocupado hasta aquí. Leamos Lucas 18:1-8. “También les refirió Jesús una parábola sobre la necesidad de orar siempre, y no desmayar, diciendo: Había en una ciudad un juez, que ni temía a Dios, ni respetaba a hombre. Había también en aquella ciudad una viuda, la cual venía a él, diciendo: Hazme justicia de mi adversario. Y él no quiso por algún tiempo; pero después de esto dijo dentro de sí: Aunque ni temo a Dios, ni tengo respeto a hombre, sin embargo, porque esta viuda me es molesta, le haré justicia, no sea que viniendo de continuo, me agote la paciencia. Y dijo el Señor: Oíd lo que dijo el juez injusto. ¿Y

acaso Dios no hará justicia a sus escogidos, que claman a él día y noche? ¿Se tardará en responderles? Os digo que pronto les hará justicia.”

Aquí nuestra atención se dirige hacia la importante condición moral de la perseverancia. Los hombres deberían sentir “la necesidad de orar siempre, y no desmayar”. Esto está muy relacionado con la necesidad de orar de forma específica e insistente. Queremos algo y no podemos vivir sin ello. Esperemos en Dios con insistencia, unidos, creyendo y perseverando, hasta que, en su gracia, él nos dé la respuesta, como seguramente lo hará si la base y las condiciones morales se mantienen apropiadamente.

Pero ¡debemos perseverar! No debemos desmayar y darnos por vencidos si la respuesta no viene tan rápido como esperábamos. Puede ser que a Dios le agrade ejercitar nuestras almas al mantenernos esperando en él por días, meses o tal vez años. Tal ejercicio es bueno. Es moralmente saludable. Tiende a hacernos más genuinos. Nos hace descender hasta la raíz de las cosas. Miremos, por ejemplo, a Daniel. Permaneció durante “tres semanas” en aflicción, sin comer, esperando en Dios, en un profundo ejercicio de alma: “En aquellos días yo Daniel estuve afligido por espacio de tres semanas. No comí manjar delicado, ni entró en mi boca carne ni vino, ni me ungué con unguento, hasta que se cumplieron las tres semanas” (Daniel 10:2-3).

Todo esto era para el bien de Daniel. Recogió una profunda bendición en los ejercicios espirituales a través de los cuales este fiel siervo de Dios fue llamado a pasar durante esas tres semanas. Y, lo que es particularmente digno de notar, es el hecho de que la respuesta a su clamor ya había sido enviada desde el trono de Dios desde el principio mismo de su ejercicio, como lo leemos en el v. 12: “Entonces me dijo: Daniel, no temas; porque desde el primer día que dispusiste tu corazón a entender y a humillarte en la presencia de tu Dios, fueron oídas tus palabras; y a causa de tus palabras yo he venido. Mas” — ¡cuán maravilloso es este misterio!— “el príncipe del reino de Persia se me opuso durante veintidós días; pero he aquí Miguel, uno de los principales príncipes, vino para ayudarme, y quedé allí con los reyes de Persia. He venido para hacerte saber lo que ha de venir a tu pueblo en los postreros días” (Daniel 10:12-14).

Daniel estaba afligido, castigándose a sí mismo y esperando en Dios. El mensajero angelical ya venía de camino con la respuesta. Dios le permitió al enemigo que estorbara, pero Daniel continuó esperando. Siguió orando sin desmayar y la respuesta llegó a su debido tiempo.

¿Acaso no hay aquí una lección para nosotros? Es posible que nosotros también tengamos que esperar largo tiempo en santa actitud y con espíritu de oración; pero nos daremos cuenta de que este tiempo de espera es de mucho provecho para nuestras almas. Muchas veces

nuestro Dios, en su sabiduría y fidelidad en su trato con nosotros, considera que es mejor retener la respuesta simplemente para probar la realidad de nuestras oraciones. El gran punto para nosotros es que tengamos un objetivo en nuestros corazones que el Espíritu Santo haya puesto, un propósito respecto del cual podamos poner el dedo de la fe sobre alguna promesa específica de la Palabra, y luego, perseverar en la oración hasta recibir lo que necesitamos. “Orando en todo tiempo con toda oración y súplica en el Espíritu, y velando en ello con toda perseverancia y súplica por todos los santos” (Efesios 6:18).

Todo esto demanda de nuestra parte la más seria consideración. Tenemos una lamentable falta de perseverancia, de la misma forma que nos falta ser específicos e insistentes; y eso hace que nuestras oraciones sean débiles y nuestros servicios de oración fríos. No nos reunimos con un propósito definido y, por lo tanto, no somos insistentes ni perseveramos. En resumen, nuestras reuniones de oración, a menudo sólo son una aburrida rutina, un servicio frío y mecánico, una sucesión de himnos y oraciones sin unción ni poder, que hace que nuestro espíritu se queje bajo la pesada carga de un mero ejercicio corporal sin ningún provecho.

Hablamos abiertamente y con fuerza, porque lo sentimos vivamente. Debe permitírse nos hablar sin reserva. Suplicamos a toda la Iglesia de Dios, en todo lugar, que

enfrente con sinceridad esta cuestión, mirando a Dios y juzgándose a sí misma al respecto. ¿Sentimos la falta de poder en nuestras reuniones públicas? ¿Por qué hay tiempos estériles ante la Mesa del Señor? ¿Por qué el aburrimiento y la debilidad en la celebración de esta preciosa fiesta que debería sacudir las partes más profundas de nuestro ser renovado? ¿Por qué hay falta de unción, de poder y de edificación en nuestras predicaciones? ¿Por qué las necias especulaciones y las vanas cuestiones suscitadas y respondidas tantas veces durante estos últimos cuarenta años? ¿Por qué todas estas miserias de que hemos hablado, y sobre las cuales tanto se han lamentado por todas partes aquellos que son verdaderamente espirituales? ¿Por qué la esterilidad de nuestro servicio en la evangelización? ¿Por qué tan poca acción de la Palabra en nuestras almas? ¿Por qué tan poco eficaz el poder que congrega?

Amados hermanos en el Señor, despertemos y consideremos seriamente este importante tema. No nos contentemos con la presente situación. Hacemos un llamamiento a todos los que reconocen la verdad de lo que hemos expuesto en estas páginas sobre la oración y las reuniones de oración, para que se unan de común acuerdo, con fervientes oraciones y súplicas. Busquemos reunirnos según Dios, vayamos a él como un solo hombre, prosternémonos ante el trono de la gracia y esperemos en Dios con perseverancia para que dé un avivamiento a su

obra, para el progreso del Evangelio y para la reunión y la edificación de su amado pueblo.

Que nuestras reuniones sean verdaderas reuniones de oración, y no la ocasión de indicar nuestros cánticos favoritos y de entonar las estrofas que nos fascinan. La reunión de oración debiera ser el lugar para expresar las necesidades y donde se espera la bendición; el lugar donde uno expone su debilidad y donde se espera la fuerza; el lugar donde los hijos de Dios se reúnen de común acuerdo para asirse del mismo trono de Dios, para penetrar en el tesoro mismo del cielo, y sacar de allí todo lo que necesitamos para nosotros mismos, para nuestras casas y para la viña de Cristo.

Tal debiera ser una reunión de oración, si somos enseñados por las Escrituras. ¡Que esto pueda ser una realidad más plena en todos lados! ¡Que el Espíritu Santo nos despierte a todos y nos haga sentir poderosamente el valor, la importancia y la necesidad urgente de la unanimidad, de la confianza de la fe, de ser específicos, de insistir y perseverar en todas nuestras oraciones y reuniones de oración!

11

COMUNIÓN CON DIOS: ¿QUÉ ES?

"Porque así ha dicho Jehová el Señor a la casa de Israel: ¡Buscadme a mí, y viviréis! mas no busquéis a Bet-el, y no acudáis a Gilgal, ni paséis a Beer-seba: porque Gilgal indudablemente irá en cautiverio, y Bet-el vendrá a ser nada."

Amos 5: 4, 5 - Versión Moderna

Nosotros siempre estamos en peligro de ser engañados al utilizar un estilo de fraseología que trasciende nuestra verdadera experiencia. Cada denominación religiosa tiene una cantidad de expresiones peculiares a sí misma, y uno está expuesto a adoptar tales expresiones, sin ser capaz, en la práctica, de entrar en su significado. De ahí la importancia de tener en

mente que el Cristianismo no es una mera colección de expresiones, sino una realidad divina - una influencia viva, que actúa, que es poderosa, siendo ella misma como una infusión que llena todos los sentimientos y afectos del alma, y exhibiéndose ella misma en la vida.

Ahora bien, una de esas formas de expresión, utilizada muy frecuentemente, y poco comprendida, es "comunión." Comunión con Dios es el gran secreto de la fortaleza del creyente, y es, por consiguiente, de la mayor importancia que él comprenda clara e inconfundiblemente lo que ella significa, y en qué consiste; y, además, que él se guarde cuidadosamente contra toda cosa que parezca una falsificación de ella. Si se le pidiese a uno que diese una definición de comunión, él podría responder, «Es simplemente entrar en los pensamientos de Dios; y como los pensamientos de Dios encuentran su gran centro en Jesús, el hecho de ser capaz de entrar en Sus pensamientos sobre Jesús constituye el orden más elevado de comunión para el alma. Dios ha enaltecido grandemente al bendito Jesús; y cuando nosotros somos capaces, por medio del Espíritu, de hacer lo mismo, nuestros pensamientos están en feliz comunión con los de Dios; y esto es lo que debemos buscar. » Pero nosotros debemos recordar que la comunión con Dios es una cosa muy diferente de la comunión con una iglesia Cristiana, por muy sana que sea en doctrina, o pura en la práctica.

Sin embargo, el punto que deseo poner de manifiesto en este artículo, es la importancia de una comunión real, personal con Dios, aparte de la ayuda recibida incluso de instituciones divinas. Nosotros debemos considerar la comunión como una cosa pura, abstracta, independiente, santa, que está por sobre, y que está mucho más allá de toda cosa terrenal. "La hora viene cuando ni en este monte ni en Jerusalén adoraréis al Padre." (Juan 4:21 - LBLA). De nuevo, "Dios es espíritu; y es necesario que los que le adoran, le adoren en espíritu y en verdad." (Juan 4:24 - RVR1909 Actualizada). Bajo la ley había cuatro cosas esencialmente necesarias antes de que la adoración pudiese ser ofrecida.

1ª. Un sacerdote de la simiente pura de Aarón - pura en raza, y pura en su persona. Un hombre podía ser de la simiente de Aarón, pero con todo, si él tenía una sola imperfección corporal, un solo defecto personal, él no osaba acercarse a ofrecer el pan de su Dios, o a estar ante al altar de su Dios. (Ver Levítico capítulos 21; 22).

2ª. El sacerdote tenía que sostener en su mano un incensario puro - un incensario de oro (Hebreos 9:4).

3ª. Él tenía que poner en ese incensario, incienso puro.

4ª. Él tenía que quemar este incienso con fuego puro, sacado del altar.

Es escasamente necesario recordar al lector Cristiano que estas cosas eran simbólicas (o, tipos, figuras). Nosotros debemos ser lavados de nuestros pecados en la sangre del Cordero, y ser hechos así sacerdotes para Dios, antes que podamos acercarnos al altar. Sin el conocimiento de estas cosas, no puede haber adoración alguna. Religiosidad puede haber en abundancia, pero ninguna adoración. El objetivo mismo de la mera religiosidad a menudo puede ser, colocar al alma en la posición de un adorador, y cuando este es el caso, la religiosidad es colocada en el sitio de la preciosa sangre de Cristo. De nuevo, así como era necesario que el incensario del sacerdote fuese puro, sobre el cual el incienso era consumido, así el corazón del Cristiano deber estar debidamente ordenado, antes que sea posible que el olor grato de la alabanza agradecida pueda ascender a Dios. Además, así como el sacerdote necesitaba incienso puro, del mismo modo ahora, Cristo debe ser el 'ingrediente' puro y sencillo de la adoración de nuestras almas. Y, por último, así como el incienso necesitaba ser consumido por fuego puro, del mismo modo ahora, el Espíritu Santo debe encender en nuestras almas la llama de la adoración pura y espiritual. Así, mientras nos alimentamos de Cristo con corazones sinceros y mentes enseñadas por el Espíritu, nosotros presentamos a Dios la fragancia de la adoración aceptable.

Los puntos anteriores pueden ser ampliados; pero se ha dicho lo suficiente para demostrar qué cosa

puramente espiritual es la comunión, y también, cuán necesario es que nosotros velemos contra toda cosa similar a un "fuego extraño", el cual es simplemente la introducción de elementos extraños, es decir, elementos carnales o terrenales, en nuestra adoración. Tampoco es meramente una cosa abiertamente impía la que puede ser utilizada como un obstáculo, sino cosas correctas, sí, incluso instituciones divinas; de hecho, mientras más una institución pueda probar que es de Dios, más necesidad hay de vigilancia, para que ella no usurpe el lugar de Dios en nuestros corazones. La conciencia de un creyente detectará y rehuirá fácilmente aquello que es manifiestamente opuesto a Dios y a Su verdad, pero puede ser que él no vea tan prontamente el peligro conectado con lo que ha sido establecido por Dios, y honrado por generaciones de fieles en tiempos antiguos. De ahí la fuerza y conveniencia del llamamiento, "Así ha dicho Jehová el Señor, . . . ¡Buscadme a mí, y viviréis! mas no busquéis a Bet-el, y no acudáis a Gilgal, ni paséis a Beer-seba: porque Gilgal indudablemente irá en cautiverio, y Bet-el vendrá a ser nada." (Amós 5: 4, 5 - Versión Moderna). Bet-el, Gilgal, y Beerseba, fueron todos lugares muy sagrados a los ojos de un Israelita fiel. Bet-el fue el sitio donde el espíritu de Jacob sintió por primera vez la dulzura y solemnidad de la presencia divina - fue "casa de Dios" - un sitio que poseía mucho atractivo para el corazón, y conectado con muchos recuerdos benditos. Tal fue el carácter de Bet-el en sus días tempranos; pero, ¡cuán lamentable! aquellos días habían pasado, y Bet-el

había perdido su gloria primera. Jeroboam había colocado un becerro de oro allí, haciendo así de ella la casa de un becerro, en lugar de la casa de Dios (1 Reyes 12: 25-33). ¿Qué valor tenía, entonces, la casa de Dios, si Dios había abandonado la casa? ¿Quién pensaría en atribuirle importancia al simple nombre de Bet-el, cuando el Dios de Bet-el ya no iba a ser hallado allí? Nadie. Nadie cuyo corazón valorase a Dios, podía satisfacerse con ir a la casa de Dios, y hallar allí solamente un becerro - una burla - una vanidad. Con todo, este fue el pecado mismo de Israel, ellos permitieron que Bet-el se interpusiera entre ellos y el Dios de Bet-el. De ahí la importancia de la Palabra, "¡Buscadme A MI!"

Por otra parte, Gilgal fue, como sabemos, el lugar en que Israel había gustado por primera vez los productos de la tierra de Canaán (Josué 5:11), y donde Dios les había sido quitado de encima el oprobio (o, la afrenta) de Egipto ("Y dijo Yahveh a Josué: «Hoy os he quitado de encima el oprobio de Egipto.» Por eso se llamó aquel lugar Guilgal, hasta el día de hoy." Josué 5:9 - BJ). Desde Gilgal, asimismo, Josué y su banda de conquistadores acostumbraban a hacer sus salidas a nuevos triunfos sobre los incircuncisos, y hacia allí regresaban a disfrutar los despojos. De este modo era un lugar pleno de santo interés; y, mientras fuera contemplado en conexión con las escenas que se habían desarrollado allí, podría haber despertado muchas emociones piadosas en el corazón de un adorador fiel. Pero, ¿qué cosas podían hacer de Gilgal

un sitio valioso, salvo el espíritu y los principios que le pertenecieron? Y si estos dejaron de ser conocidos en verdadero poder, Gilgal sólo podía demostrar ser un nombre vacío, calculado para alejar el corazón de la comunión viva con Dios mismo, y más aún por cuanto había sido un lugar de una verdadera experiencia divina para el pueblo del Señor.

Por último, Beerseba fue 'el pozo del juramento' ("Y lo llamó Seba (Juramento). Por eso el nombre de la ciudad es Beerseba (Pozo del Juramento) hasta hoy." Génesis 26:33 - NBLH), un lugar que se hizo preciado, por muchas razones, para la posteridad de Isaac, sin embargo sólo valioso en proporción a que se tuvieran en mente las circunstancias que le habían dado su nombre.

Así vemos cómo la sagrada antigüedad de los lugares arriba citados actuaría como un lazo para el corazón de un Israelita, y tendería a alejarle de Dios. Efectivamente, fue el hecho de estar ellos asociados con tantos recuerdos benditos, con tanto que fue realmente de Dios, el que constituiría un lazo tan peligroso para ellos. El diablo no presenta al Cristiano cosas flagrantemente malas y falsas; él sabe que tales cosas serían rechazadas de inmediato; pero él trabaja por conducto de cosas que tienen apariencia de verdad y piedad alrededor de ellas; sí, y también cosas que, puede ser, una vez tuvieron la aprobación divina, pero que, después de todo, no soportarán la luz escudriñadora de la

Palabra. No sería suficiente que un Israelita reposara satisfecho con las antiguas instituciones de Bet-el, Gilgal y Beerseba; él podría ser muy diligente al buscarlas, y sin embargo podría estar muy necesitado de la exhortación, "¡Buscadme A MI!"

¿Cuál es, entonces, la enseñanza que se nos invita a sacar del hilo de pensamiento arriba expuesto? Simplemente este: la Comunión con Dios, y la Comunión con instituciones divinas, son cosas muy distintas; nosotros podemos perder, a menudo, la primera, en nuestro celo por la última. Cuán a menudo hemos exhibido mucho celo al contender por alguna institución Cristiana, mientras, quizás, nuestras almas estaban estériles y carentes de comunión personal con Cristo mismo. Cuán a menudo, asimismo, como los discípulos que iban a Emaús, nosotros hemos hablado mucho acerca de cosas relacionadas con Cristo, cuando, si Él mismo se hubiese acercado, nosotros no Le habríamos conocido. En momentos semejantes, habría sido muy razonable que se nos hubiera dicho, «No busquéis instituciones - no busquéis ordenanzas - no busquéis meramente las cosas que están relacionadas con Cristo, sino buscadlo a Él - Su Persona bendita - la realidad divina de la comunión personal con el resucitado Hijo de Dios, pues sin Él, las instituciones más hermosas son impotentes - y las ordenanzas más solemnes, son frías e inanimadas.» Tampoco son solamente las ordenanzas meramente humanas a las que todo esto es pertinente, sino incluso a

aquella de es de autoridad divina; por ejemplo, la Cena del Señor - el ministerio de la Palabra - la comunión Cristiana, etc., todas las cuales son, por decirlo así, pliegues del cortinaje que pueden esconder a Cristo de un alma que realmente Le busca en ello, pero que sólo puede tender a ocultarle de la vista de los que son cautivados y atraídos por la forma externa más que por la verdad, y el espíritu, y la vida.

Procuremos, entonces, percibir como una realidad, comprender la verdadera naturaleza, de la persona de Cristo. Procuremos con diligencia hallarle a Él, en el partimiento del pan - en el ministerio de la Palabra - en la comunión de los Cristianos - en el servicio de oración y alabanza - en una palabra, en todas las cosas en las cuales Él nos ha dicho que Él será hallado; pero no confundamos la alegría en estas cosas con la alegría en Dios, para no ser hallados, en nuestra esfera, y conforme a nuestra medida, promoviendo, en el mal peculiar de los postreros días, UNA APARIENCIA DE PIEDAD SIN LA EFICACIA DE ELLA.

12

ADORACIÓN FALSA

Levítico 10: 1-11.

"Nadab y Abiú, hijos de Aarón, tomaron cada uno su incensario, y pusieron en ellos fuego, sobre el cual pusieron incienso, y ofrecieron delante de Jehová fuego extraño, que él nunca les mandó.

Y salió fuego de delante de Jehová y los quemó, y murieron delante de Jehová.

Entonces dijo Moisés a Aarón: Esto es lo que habló Jehová, diciendo: En los que a mí se acercan me santificaré, y en presencia de todo el pueblo seré glorificado. Y Aarón calló.

Y llamó Moisés a Misael y a Elzafán, hijos de Uziel tío de Aarón, y les dijo: Acercaos y sacad a vuestros hermanos de delante del santuario, fuera del campamento.

Y ellos se acercaron y los sacaron con sus túnicas fuera del campamento, como dijo Moisés.

Entonces Moisés dijo a Aarón, y a Eleazar e Itamar sus hijos: No descubráis vuestras cabezas, ni rasguéis vuestros vestidos en señal de duelo, para que no muráis, ni se levante la ira sobre toda la congregación; pero vuestros hermanos, toda la casa de Israel, sí lamentarán por el incendio que Jehová ha hecho.

Ni saldréis de la puerta del tabernáculo de reunión, porque moriréis; por cuanto el aceite de la unción de Jehová está sobre vosotros. Y ellos hicieron conforme al dicho de Moisés.

Y Jehová habló a Aarón, diciendo: Tú, y tus hijos contigo, no beberéis vino ni sidra cuando entréis en el tabernáculo de reunión, para que no muráis; estatuto perpetuo será para vuestras generaciones, para poder discernir entre lo santo y lo profano, y entre lo inmundo y lo limpio, y para enseñar a los hijos de Israel todos los estatutos que Jehová les ha dicho por medio de Moisés."

Al meditar sobre las ordenanzas del ritual Mosaico, una cosa en particular golpea la mente, a saber, la manera notablemente celosa en que Dios se cercó a Su alrededor para evitar la proximidad del hombre como tal. Es saludable para el alma ponderar esto. Nosotros estamos en gran peligro de admitir en nuestras mentes un elemento de familiaridad profana cuando pensamos en Dios, que el diablo puede utilizar de una manera muy perniciosa y para un fin muy malvado.

Es un principio fundamental de la verdad, que en la proporción en que Dios es exaltado y reverenciado en nuestros pensamientos, nuestro andar a través de la vida será moldeado de acuerdo con lo que Él ama y manda; en otras palabras, hay un fuerte vínculo moral entre nuestra estimación de Dios y nuestra conducta moral. Si nuestros pensamientos de Dios son bajos, baja será nuestra norma de andar Cristiano; si son altos, el resultado será en conformidad. De este modo, cuando Israel, al pie del monte Horeb, "cambiaron su gloria por la imagen de un buey que come hierba" (Salmo 106:20), las palabras del Señor fueron, "tu pueblo que sacaste de la tierra de Egipto se ha corrompido." (Éxodo 32:7). Tengan presente esas palabras, "se ha corrompido." Ellos no pudieron hacer otra cosa, cuando sus pensamientos de la dignidad y majestad de Dios cayeron tan bajo como para imaginar, por un momento, que Él era parecido a "un buey que come hierba."

Similar es la enseñanza de Romanos 1. Allí el apóstol nos muestra que la razón de todas las abominaciones de las naciones Gentiles debe buscarse en el hecho de que "cuando conocieron a Dios, no le glorificaron como a Dios" (Romanos 1:21); ellos se corrompieron. Este es un principio que posee una vasta influencia práctica. Si nosotros intentamos rebajar a Dios, tenemos necesariamente que rebajarnos nosotros mismos; y aquí se nos proporciona una llave por medio de la cual podemos interpretar toda religión. Existe un

vínculo inseparable entre el carácter del dios de cualquier religión y el carácter de sus devotos, y Jehová le estaba recordando constantemente a Su pueblo el hecho de que la conducta de ellos tenía que ser la consecuencia de lo que Él era. "Yo soy Jehová tu Dios, que te saqué de la tierra de Egipto", etc. (Éxodo 20:2), "seréis, pues, santos, porque yo soy santo." (Levítico 11:45). Y exactamente similar es la palabra del Espíritu para nosotros: "todo aquel que tiene esta esperanza en él, se purifica a sí mismo, así como él es puro." (1 Juan 3:3).

Este principio, yo pienso, nos lleva muy por encima de los puntos de vista meramente sistemáticos de la verdad; no es en absoluto un asunto de mera doctrina. No; él nos lleva de inmediato a los profundos rincones del alma, para ponderar allí, como estando bajo el ojo penetrante, celoso, de Aquel que es Tres veces Santo, la estimación que nosotros, como individuos, nos estamos formando diariamente y continuamente de Él. Yo siento que no podemos rehusar impunemente prestar atención seriamente a este importante punto de la verdad; se hallará que contiene mucho del secreto de nuestro débil andar y de nuestro lamentable amortecimiento. Dios no es exaltado en nuestros pensamientos; Él no tiene el lugar supremo en nuestros afectos; en lo que respecta a la mayoría de nosotros, el 'yo', el mundo, nuestra familia, nuestros empleos diarios, han derribado a nuestro Dios clemente del trono de nuestros afectos, y han privado a Uno que murió para salvarnos, del homenaje comprado

por sangre que debe proceder de nuestros corazones. Siendo este el caso, ¿podemos esperar florecer? ¡Ah! no; el labrador que entrega su tiempo y sus pensamientos a otra cosa durante el tiempo de la primavera, en vano buscará una cosecha dorada; él segará torbellino (Oseas 8:7), como mucho lo están haciendo ahora.

Los primeros versículos de este capítulo proporcionan una ilustración verdaderamente aterradora de la justicia inflexible y abrasadora de Dios; ellos suenan en nuestros oídos como con una voz de trueno. "Yo soy Jehová tu Dios; Dios celoso." (Éxodo 20:5). Nadab y Abiú, como si fuera el día anterior, estuvieron delante del Señor, - vestidos con sus vestiduras de honra y hermosura, lavadas en la sangre, hechos cercanos a Dios, hechos Sus sacerdotes, habían pasado a través de todas las ceremonias solemnes de investidura de su cargo sacerdotal. Sí, todo esto ocurrió nada más que el día anterior, y hoy ellos son consumidos por el fuego de Jehová, y se les ve caer de su alta elevación - un espectáculo para los hombres y los ángeles del hecho de que mientras mayor es el privilegio, mayor es la responsabilidad, y mayor, también, el juicio si no se cumple plenamente con esa responsabilidad.

Nosotros podríamos preguntar, ¿cuál fue su pecado? ¿Fue un homicidio? ¿Mancharon ellos las cortinas del tabernáculo con sangre humana? ¿O fue algún otro pecado abominable, del cual el sentido moral huye? No;

fue un pecado con el cual el bendito Dios es afligido por multitudes de profesantes en este momento - fue adoración falsa! "Nadab y Abiú, hijos de Aarón, tomaron cada uno su incensario, y pusieron en ellos fuego, sobre el cual pusieron incienso, y ofrecieron delante de Jehová fuego extraño, que él nunca les mandó." (Levítico 10:1). "Fuego extraño." Aquí estaba el pecado de ellos. Vemos aquí a hombres aparentemente dedicados a preparar la adoración a Dios; allí está el fuego, el incienso, y el sacerdote, y, observen, ellos no eran sacerdotes falsos y espurios, sino hijos verdaderos de Aarón. miembros de una casa sacerdotal realmente separada, vestidos con las vestiduras sacerdotales divinamente designadas; con todo, sin embargo, heridos de muerte, ¿y por quién? ¡por Aquel que nosotros llamamos Dios y Padre nuestro! ¡Cuán terriblemente solemne! Sí, y el hecho recibe una solemnidad aumentada en nuestra opinión, cuando recordamos que el fuego que consumió a estos falsos adoradores vino desde encima del "propiciatorio." Este fuego no vino desde la cima del Monte Sinaí, sino "de la presencia de Jehová" (Levítico 10:2 - VM), quien moraba "sobre el propiciatorio... entre los dos querubines." (Éxodo 25:22). No se puede jugar con Dios. Incluso desde el trono de la gracia vendrá el fuego, para dejar postrados a quienes vienen delante de él en cualquier otra forma que no sea la forma divinamente designada. Ellos "murieron delante de Jehová." ¡Terrible anuncio! "¿Quién no te temerá, oh Señor, y glorificará tu nombre? pues sólo tú eres santo; por lo cual todas las naciones vendrán y te

adorarán, porque tus juicios se han manifestado." (Apocalipsis 15:4).

Preguntemos, entonces, qué fue el "fuego extraño" que hizo descender semejante juicio terrible sobre esos sacerdotes, y, para determinar esto más claramente, sólo es necesario que volvamos nuestra atención por un momento a la adoración verdadera y a los elementos que la componían, en el capítulo 16 de este libro. Encontramos los elementos de la adoración verdadera puestos ante nosotros en la siguientes palabras: "tomará un incensario lleno de brasas de fuego de sobre el altar que está delante de Jehová; tomará también sus dos puños llenos de incienso aromático, bien molido, y lo traerá adentro del velo; y pondrá el incienso sobre el fuego, delante de Jehová, para que la nube del incienso cubra el Propiciatorio que está sobre el Arca del Testimonio, para que él no muera." (Levítico 16: 12, 13 - VM). Vemos aquí que los elementos que componían la adoración verdadera eran dos, a saber, fuego puro e incienso puro. Debe ser fuego encendido recién tomado del altar de Dios, donde era alimentado perpetuamente mediante el sacrificio de la propia designación de Dios. La doctrina de esto es muy evidente. Sobre el altar de Dios se ve, día y noche, un fuego ardiendo, expresando, en la perspectiva de la fe, la inflexible santidad de la naturaleza Divina alimentándose en el sacrificio de Cristo.

De nuevo, el incienso debe ser puro, pues "No ofreceréis sobre él incienso extraño" (Éxodo 30: 7-9); es decir, debe ser aquello en lo que Dios se pueda deleitar, y de Su propia designación, no lo que es conforme a nuestros propios pensamientos, pues era solamente incienso puro el que podía ofrecer un material adecuado como alimento del fuego puro ardiendo tomado del altar. De esta manera, nuestra adoración, para ser pura, debe poseer estas dos cualidades: Cristo constituye el material de ella, y el Espíritu solo debe encender la llama. Esto es adoración verdadera. Cuando nuestras almas son realmente felices en la contemplación de Cristo y Su preciosa expiación, conducidos a esa contemplación por el Espíritu Santo, sólo entonces somos capaces de adorar "en espíritu y en verdad." (Juan 4:24). "Mientras meditaba, se encendió el fuego." (Salmo 39:3 - LBLA). Mientras nuestras almas meditan acerca de Jesús, nuestro incensario hace subir su nube de incienso aceptable sobre el propiciatorio. "Dios es espíritu; y es necesario que los que le adoran, le adoren en espíritu y en verdad." (Juan 4:24 - RVA).

Ahora bien, la adoración falsa es exactamente lo opuesto a todo esto. ¿Qué es esta adoración falsa? Ella está compuesta por una variedad de elementos, pensamientos carnales, sentimientos animales, incitados por cosas externas, por un ceremonial impuesto, por rituales placenteros, por una sombría luz religiosa, por música agradable, por pompa y circunstancia. Estos son

los elementos de la adoración falsa, y se oponen a la sencilla adoración del santuario interior, el "carbón encendido", y el "incienso puro." Y al considerar la Cristiandad en este momento, ¿no vemos numerosos altares humeando con este fuego impuro e incienso impuro? ¿No vemos los más profanos materiales consumidos sobre muchos incensarios, y el humo que sale de ellos subiendo como un insulto más bien que como olor grato para Dios? Verdaderamente sí lo vemos, y es necesario que nosotros cuidemos bien la condición de nuestros corazones, para que no seamos llevados a ese mismo mal, pues podemos estar seguros que nadie que juegue con Dios de este modo escapará con impunidad.

Observemos ahora el efecto de esto sobre Aarón. "Entonces Moisés dijo a Aarón: —Esto es lo que habló Jehovah diciendo: "Me he de mostrar como santo en los que se acercan a mí, y he de ser glorificado en presencia de todo el pueblo." Y Aarón calló. (Levítico 10:3 - RVA). "Enmudecí, no abrí mi boca, Porque tú lo hiciste." (Salmo 39:9). Aarón vio la mano de Dios en esta escena solemne delante de él, y permaneció en silencio; no se le escapa ni un solo murmullo; 'es Jehová', y, 'Él se mostrará como santo en los que se acercan a Él.' "Dios es temible en la gran asamblea de los santos; formidable sobre todos cuantos están a su alrededor." (Salmo 89:7 - RVA). Hay algo inefablemente grande y horrible en esta escena; Aarón está en silencio solemne delante de Dios; sus dos hijos vivos a un lado, y sus dos hijos muertos al otro. ¡Qué

ejemplo de la inflexible justicia de Dios! Los cuerpos de estos dos hombres fueron, como aparece, quemados por fuego, pero sus vestiduras sacerdotales estaban intactas, pues Moisés les dijo a sus primos que se acercaran y los sacaran; y "alzándolos como estaban, con sus túnicas puestas, los sacaron fuera del campamento." (Levítico 10:5 - VM). Aprendemos aquí una lección solemne: nosotros podemos, por medio de la desobediencia, rebajarnos a una condición tal que no quedará nada más que la forma exterior, como se ve en las "túnicas" de los hijos de Aarón. Si alguno hubiese mirado bajo estas túnicas, ¡él solamente habría visto los cuerpos destruidos de los dos sacerdotes! La esencia, la realidad, ya no estaba; nada quedó sino la envoltura exterior: tal es una "apariencia de piedad" sin el poder (o la eficacia de ella) (2 Timoteo 3:5), tener nombre como de quien vive, pero estar muerto. (Apocalipsis 3:1).

Señor, ¡guárdanos muy solemnes y vigilantes, porque nosotros no conocemos nada de nuestras alarmantes capacidades para el mal hasta que somos llevados a circunstancias en que ellas se desarrollan! Nosotros podemos retener la apariencia exterior de sacerdotes, la fraseología de adoración, el conocimiento del mobiliario de la casa de Dios, y, después de todo, ¡estar vacíos de piadosa realidad y de poder piadoso en nuestras almas! ¡Oh, lector, que nuestra adoración sea pura, que nuestros corazones sean sencillos en cuanto al objeto de ellos, tengamos el incienso y el fuego puros, y

recordemos siempre que 'Dios es temible en la gran asamblea de Sus santos.' Observaría aquí que, al considerar a Aarón y sus dos hijos estando ante los cuerpos muertos, nos recordamos forzosamente del último capítulo de Isaías, un capítulo verdaderamente solemne: "Y saldrán, y mirarán los cadáveres de los hombres que se rebelaron contra mí; cuyo gusano no morirá, y su fuego nunca se apagará; y serán un objeto de horror para toda carne." (Isaías 66:24 - VM).

Pero nosotros somos llamados ahora a contemplar el principio de verdad más hermoso en el pasaje entero. "Dijo también Moisés a Aarón y a sus hijos, Eleazar e Itamar: No descubráis vuestras cabezas, ni rasguéis vuestras vestiduras, no sea que muráis, y estalle la ira contra toda la Congregación: mas vuestros hermanos y toda la casa de Israel lamenten el incendio que ha hecho Jehová. Y no salgáis de la entrada del Tabernáculo de Reunión, no sea que muráis; porque el aceite de la unción de Jehová está sobre vosotros. Y ellos hicieron conforme a la palabra de Moisés." (Levítico 10: 6, 7 - VM). Cuando uno entra en el cargo del sacerdocio, uno es sacado de la región de influencia de la naturaleza, y ya no debe ceder a sus demandas. Esto es ejemplificado por Aarón. Los lazos naturales habían sido interrumpidos violentamente. Se había formado un melancólico vacío en sus afectos, con todo, él no debe ser influenciado en lo más mínimo por todo lo que había sucedido delante de él; ¿y, por qué? Porque "el aceite de la unción de Jehová" estaba sobre él.

Ciertamente esta es una lección práctica para nosotros. ¿Por qué la naturaleza tiene tanto poder sobre nosotros? ¿Por qué las circunstancias y conexiones terrenales tienen tanta influencia sobre nosotros? ¿Por qué somos tan afectados por las cosas que están pasando a nuestro alrededor, por las vicisitudes de esta escena terrenal? ¿Por qué las meras demandas y los meros lazos de la naturaleza influyen tan inmoderadamente en nosotros? Porque no permanecemos como debemos en el tabernáculo, con "el aceite de la unción de Jehová" sobre nosotros. Aquí está la causa real de todo el fracaso. No tomar conciencia de nuestro lugar sacerdotal, de nuestra dignidad sacerdotal, de nuestros privilegios sacerdotales. De ahí que nos dejemos llevar tanto por las cosas presentes, y que se nos haga descender de nuestra alta elevación como "reyes y sacerdotes para Dios." (Apocalipsis 1:6).

Entonces, que nosotros podamos ser estimulados por este pasaje, por este solemne pasaje de la Palabra, ¡para buscar más y más la santa elevación de mente expresada en las palabras, "No descubráis vuestras cabezas."! (Levítico 10:6) ¡Que podamos entrar más profundamente en el pensamiento de Dios acerca de las cosas presentes, y en nuestro propio lugar en eso! ¡Dios lo conceda, por amor de Su Hijo amado!

13

EL CAMINO DE DIOS, Y CÓMO HALLARLO

"Esa senda no la conoce ave de rapiña, ni la ha visto ojo de halcón; no la han pisado las bestias soberbias, ni pasó jamás por ella león rugiente." (Job 28: 7, 8 - VM).

Qué inefable misericordia para uno que realmente desea andar con Dios, es saber que hay un camino para que él ande en él! Dios ha preparado una senda para Sus redimidos en la cual ellos pueden caminar con toda posible certeza, tranquilidad y firmeza. Es el privilegio de cada hijo de Dios, y de cada siervo de Cristo, estar tan seguro que él está en el camino de Dios como que su alma es salva. Esta puede parecer una declaración fuerte; pero la pregunta es, ¿Es ella verdad? Si es verdad,

la declaración no puede ser demasiado fuerte. El hecho de afirmar, en un día como en el cual vivimos, y en medio de semejante escena como es aquella por la cual estamos pasando, que nosotros estamos seguros de estar en la senda de Dios, sin duda podría, a juicio de algunos, tener el sabor de la confianza en uno mismo y de dogmatismo. Pero, ¿qué dice la Escritura? Ella declara que «hay un camino» y también nos dice cómo hallarlo y cómo andar en ese camino. Sí; la mismísima voz que nos habla de la salvación de Dios para nuestras almas, nos habla también de la senda de Dios para nuestros pies; - la mismísima autoridad que nos asegura que "el que cree en el Hijo tiene vida eterna" (Juan 3:36), nos asegura también que hay un camino tan claro que "el que anduviere en este camino, por torpe que sea, no se extraviará." (Isaías 35:8).

Esto, repetimos, es una misericordia notable - una misericordia en todo tiempo, pero especialmente en un día de confusión y perplejidad como el día presente. Afecta profundamente advertir el estado de incertidumbre en el cual muchos del amado pueblo de Dios se hallan en el momento presente. No nos referimos ahora a la cuestión de la salvación, de esto hemos hablado largamente en otra parte; pero lo que tenemos ahora delante nuestro es la senda del Cristiano - lo que el debería hacer, donde debería hallarse, cómo debería conducirse en medio de la Iglesia profesante. ¿No es verdad que multitudes del pueblo del Señor están en un mar de dudas en cuanto a estas cosas? ¿Acaso no existen

muchos que, si tuvieran que expresar los verdaderos sentimientos de sus corazones, deberían reconocer estar ellos mismos en una condición completamente inestable - deberían confesar que ellos no saben qué hacer, o dónde ir, o qué creer? Ahora bien, la pregunta es, ¿Dejaría Dios a Sus hijos, dejaría Cristo a Sus siervos, en tinieblas y confusión semejantes?

*No; mi amado Señor, siguiéndote a Tí
y no en oscura incertidumbre,
este pie obediente se mueve.*

¿Puede un hijo no conocer la voluntad de su padre? ¿Puede un siervo no conocer la voluntad de su amo? Y si esto es así en nuestras relaciones terrenales, cuanto más plenamente nosotros podemos contar con ello con referencia a nuestro Padre y Maestro en el Cielo. Cuando Israel, en los tiempos antiguos, emergió del Mar Rojo, y estuvo sobre el margen de ese yermo grande y terrible situado entre ellos y la tierra de la promesa, ¿cómo iban ellos a saber su camino? La arena del desierto sin huellas los rodeaba por completo. Era en vano tratar de hallar alguna huella allí. Era una deprimente desolación en la cual el ojo del halcón no podía discernir una senda. Moisés sintió esto cuando dijo a Hobab, "Te ruego que no nos dejes; porque tú conoces los lugares donde hemos de acampar en el desierto, y nos serás en lugar de ojos." (Números 10:31). ¡Cuán bien pueden nuestros corazones

comprender esta súplica conmovedora! ¡De qué manera uno anhela una guía humana en medio de una escena de perplejidad! ¡Con cuánta credulidad complaciente el corazón se adhiere a quien creemos competente para proporcionarnos una guía en momentos de tinieblas y dificultad!

Y no obstante, podemos preguntar, ¿qué quiso Moisés con los ojos de Hobab? ¿No se había encargado Jehová, en gracia, de ser guía de ellos? Si, verdaderamente; pues se nos dice que, "El día que el tabernáculo fue erigido, la nube cubrió el tabernáculo sobre la tienda del testimonio; y a la tarde había sobre el tabernáculo como una apariencia de fuego, hasta la mañana. Así era continuamente: la nube lo cubría de día, y de noche la apariencia de fuego. Cuando se alzaba la nube del tabernáculo, los hijos de Israel partían; y en el lugar donde la nube paraba, allí acampaban los hijos de Israel. Al mandato de Jehová los hijos de Israel partían, y al mandato de Jehová acampaban; todos los días que la nube estaba sobre el tabernáculo, permanecían acampados. Cuando la nube se detenía sobre el tabernáculo muchos días, entonces los hijos de Israel guardaban la ordenanza de Jehová, y no partían. Y cuando la nube estaba sobre el tabernáculo pocos días, al mandato de Jehová acampaban, y al mandato de Jehová partían. Y cuando la nube se detenía desde la tarde hasta la mañana, o cuando a la mañana la nube se levantaba, ellos partían; o si había estado un día, y a la noche la nube se levantaba, entonces

partían. O si dos días, o un mes, o un año, mientras la nube se detenía sobre el tabernáculo permaneciendo sobre él, los hijos de Israel seguían acampados, y no se movían; mas cuando ella se alzaba, ellos partían. Al mandato de Jehová acampaban, y al mandato de Jehová partían, guardando la ordenanza de Jehová como Jehová lo había dicho por medio de Moisés." (Números 9: 15-23).

Aquí estaba la guía divina - una guía, podríamos decir con seguridad, del todo suficiente para hacerles independientes de sus propios ojos, de los ojos de Hobab, y de los ojos de cualquier otro mortal. Es interesante notar que al principio del libro de Números, se dispuso que el arca del pacto debía hallar su lugar en el seno mismo de la congregación (Número 2:17); pero en el capítulo 10 se nos dice que cuando "partieron del monte de Jehová camino de tres días;. . .el arca del pacto de Jehová fue delante de ellos camino de tres días, buscándoles lugar de descanso." (Números 10:33). En lugar de que Jehová halle en el seno de Su pueblo redimido un lugar de reposo, Él se convierte en el Guía de viaje de ellos, y va delante de ellos a buscar un lugar de reposo para ellos. ¡Qué gracia conmovedora hay aquí! Si Moisés pedirá a Hobab que sea guía de ellos, y esto, también, en la cara misma de la provisión de Dios - aún la nube y la trompeta de plata, entonces Jehová dejará Su lugar en el centro de las tribus, e irá delante de ellos para buscarles un lugar de reposo. y, ¿Él no conocía bien el desierto? ¿No había de ser Él mejor para ellos que diez mil

Hobabs? ¿No podían ellos confiar plenamente en Él? Ciertamente. Él no los guiaría por mal camino. Si Su gracia los había redimido de la servidumbre de Egipto, y los había conducido a través del Mar Rojo, ciertamente ellos podían confiar en la misma gracia para guiarles a través del desierto grande y terrible, y traerlos con seguridad a la tierra que fluye leche y miel.

Pero se debe tener en consideración que, para beneficiarse de la guía divina, debe haber el abandono de nuestra voluntad propia, y de toda confianza en nuestros propios razonamientos, así como un abandono de toda confianza en los pensamientos y razonamientos de los demás. Si yo tengo a Jehová como mi Guía, yo no deseo mis propios ojos ni tampoco los ojos de un Hobab. Dios es suficiente: yo puedo confiar en Él. Él conoce todo el camino que cruza el desierto; y por eso, si yo mantengo mis ojos en Él, yo seré guiado rectamente.

Pero esto con lleva a avanzar a la segunda división de nuestro asunto, a saber, ¿Cómo he de hallar yo el camino de Dios? Una pregunta de suma importancia, por cierto. ¿Adónde he de recurrir para hallar la senda de Dios? Si el ojo del halcón, tan agudo, tan potente, tan capaz de ver claramente a la distancia, no la ha visto - si el león joven, tan vigoroso en movimiento, tan majestuoso en porte, no ha pasado por ella - si el hombre no conoce su valor, y si no se ha de hallar en la tierra de los vivientes - si el abismo dice: No está en mí, y el mar dice: Ni

conmigo - si no se podrán dar tesoros por ella, ni se pesará plata como peso suyo - si la riqueza del universo no se le puede igualar, y ninguna agudeza del hombre la descubre - entonces, ¿adónde he de recurrir?

¿Recurriré a esos grandes estándares de la ortodoxia que gobiernan el pensamiento y el sentimiento religioso de millones por toda la longitud y anchura de la Iglesia profesante? ¿Ha de ser hallada esta senda maravillosa de sabiduría con estos estándares? ¿Forman ellos alguna excepción a la norma grande, amplia, arrebatadora, de Job 28? Por cierto que no.

¿Qué tengo que hacer entonces? Yo sé que hay un camino. Dios, quien no puede mentir, declara esto, y yo lo creo; pero, ¿dónde lo he de hallar? "¿De dónde, pues, vendrá la sabiduría? ¿Y dónde está el lugar de la inteligencia? Porque encubierta está a los ojos de todo viviente, Y a toda ave del cielo es oculta. El Abadón y la muerte dijeron: Su fama hemos oído con nuestros oídos." (Job 28: 20-22). ¿No parece un caso sin esperanza para un pobre mortal ignorante el hecho de buscar esta maravillosa senda? No. bendito sea Dios, de ninguna manera es un caso sin esperanza, pues "Dios entiende el camino de ella, Y conoce su lugar. Porque él mira hasta los fines de la tierra, Y ve cuanto hay bajo los cielos. Al dar peso al viento, Y poner las aguas por medida; Cuando él dio ley a la lluvia, Y camino al relámpago de los truenos, Entonces la veía él, y la manifestaba; La preparó y la

descubrió también. Y dijo al hombre: He aquí que el temor del Señor es la sabiduría, Y el apartarse del mal, la inteligencia." (Job 28: 23-28).

Aquí está, entonces, el secreto divino de la sabiduría: "El temor del Señor." Esto coloca a la conciencia directamente en la presencia de Dios, el cual es su único lugar verdadero. El objetivo de Satanás es mantener la conciencia fuera de este lugar - traerla bajo el poder y la autoridad del hombre - conducirla al sometimiento a los mandamientos y doctrinas de hombres - interponer algo entre la conciencia y la autoridad de Cristo el Señor, sin importar lo que ello sea; puede ser un credo o una confesión conteniendo una cantidad de verdad - puede ser la opinión de un hombre o de un conjunto de hombres - el juicio de algún maestro favorito - cualquier cosa, en resumen, ese objetivo de Satanás es venir y usurpar, en el corazón, el lugar que pertenece solamente a la Palabra de Dios. Esta es una trampa terrible, y un tropiezo - un obstáculo muy serio a nuestro progreso en los caminos del Señor. La Palabra de Dios debe gobernarme - la pura y sencilla Palabra de Dios, no la interpretación del hombre de la misma. Sin duda, Dios puede utilizar a un hombre para revelar esa Palabra a mi alma; pero en ese caso, no es la revelación de un hombre de la Palabra de Dios lo que me gobierna, sino la Palabra de Dios revelada mediante un hombre. Esto es de suma importancia.

Nosotros debemos ser enseñados exclusivamente y gobernados exclusivamente por la Palabra del Dios vivo. Nada más nos mantendrá en línea recta, o dará solidez y consistencia a nuestro carácter y curso como Cristianos. Existe una fuerte tendencia dentro y alrededor de nosotros a ser regidos por los pensamientos y opiniones de los hombres - por esos grandes estándares de doctrina que los hombres han establecido.

Esos estándares y opiniones pueden tener una gran cantidad de verdad en ellos - pueden ser todos verdaderos hasta donde ellos van; este no es el punto que está en cuestión ahora. Lo que queremos fijar en la mente de nuestro lector Cristiano es, que él no debe ser gobernado por los pensamientos de su semejante, sino sencilla y solamente por la Palabra de Dios. No tiene ningún valor sostener una verdad que procede del hombre; yo debo sostenerla directamente de Dios mismo. Dios puede utilizar a un hombre para comunicar Su verdad; pero a menos que yo la sostenga como de Dios, ella no tiene ningún poder divino sobre mi corazón y conciencia; no me lleva a un contacto vivo con Dios, sino que realmente obstaculiza ese contacto interponiendo algo entre mi alma y Su autoridad santa.

Desearíamos grandemente entrar en detalles y hacer cumplir este gran principio; pero debemos abstenernos de ello en este momento, para develar al lector uno o dos puntos solemnes y prácticos expuestos

en el undécimo capítulo de Lucas, puntos que, si son analizados, nos permitirán entender algo mejor de qué manera hallar el camino de Dios. Citaremos el pasaje en extenso. "La lumbreira del cuerpo es el ojo: por tanto, cuando tu ojo sea sencillo, todo tu cuerpo también estará lleno de luz; mas cuando sea malo, todo tu cuerpo también estará lleno de tinieblas. Mira, pues, que la luz que en ti hay, no sea tinieblas. Por tanto, si todo tu cuerpo está lleno de luz, no teniendo parte alguna tenebrosa, estará completamente lleno de luz, como cuando una lámpara con su resplandor te alumbra." (Lucas 11: 34-36 - VM).

Aquí, entonces, se nos proporciona el verdadero secreto para discernir el camino de Dios. Puede parecer muy difícil que uno mantenga recto el curso, en medio del mar agitado de la Cristiandad. Tantas voces contradictorias llegan a nuestro oído. Tantas opiniones opuestas solicitan nuestra atención, los hombres de Dios difieren tanto en juicio, los matices de opinión son tan múltiples, que parece imposible alcanzar una conclusión sana. Nosotros acudimos a un hombre que, hasta donde podemos juzgar, parece tener ojo sencillo, y él nos dice una cosa; acudimos a otro hombre que parece tener un ojo sencillo también, y él dice exactamente lo contrario. Entonces, ¿qué hemos de pensar?

Bien, una cosa es cierta, y es que nuestro propio ojo no es sencillo cuando corremos, en incertidumbre y

perplejidad, de un hombre a otro. El ojo sencillo está fijo sólo en Cristo, y así el cuerpo está lleno de luz. El israelita de tiempos antiguos no tenía que correr de allá para acá para consultar con su prójimo en cuanto al camino correcto. Cada uno tenía la misma guía divina, a saber, la columna de nube de día, y la columna de fuego de noche. En una palabra, el propio Jehová era la Guía infalible de cada miembro de la congregación. Ellos no fueron dejados a la guía del hombre más inteligente, sagaz ni experimentado en la asamblea; ni fueron dejados para seguir su propio camino; cada uno debía seguir al Señor. La trompeta de plata anunciaba a todos por igual el pensamiento de Dios; y nadie cuyo oído estuviera abierto y atento fue dejado en alguna pérdida. El ojo y el oído de cada uno debían ser dirigidos solamente a Dios, y no a un prójimo mortal. Este fue el secreto de la guía en el desierto sin huellas en tiempos antiguos, y este es el secreto de la guía en el vasto desierto moral a través del cual los redimidos de Dios están pasando ahora. Un hombre puede decir, «Escúchame»; y otro puede decir, «Óyeme»; y un tercero puede decir, «Que cada uno tome su propio camino.» El corazón obediente dice, en oposición a todo, «yo debo seguir a mi Señor.»

Esto hace todo tan sencillo. Esto no tenderá, de ninguna manera, a fomentar un espíritu de altanera independencia; exactamente lo contrario. Mientras más soy enseñado a apoyarme sólo en Dios para ser guiado, más desconfiaré y quitaré la vista de mí mismo; y esto,

ciertamente, no es independencia. Es verdad, me libraré de que yo siga servilmente a algún hombre, pero permitiéndome sentir mi responsabilidad solamente para con Cristo; pero esto es precisamente lo que se necesita tanto en el momento presente. Mientras más de cerca examinamos los elementos que están afuera en la Iglesia profesante, más nos convenceremos de nuestra necesidad personal de este sometimiento completo a la autoridad divina, que es sólo otro nombre para "el temor del Señor," o, "un ojo sencillo".

Hay una frase breve, en la apertura de los Actos de los Apóstoles, que proporciona un antídoto perfecto contra la voluntad propia y el temor servil al hombre, tan dominante alrededor de nosotros, y esa es, "Debemos obedecer a Dios." (Hechos 5:29 - LBLA). ¡Qué expresión! "Debemos obedecer". Esta es el cura para la voluntad propia. "Debemos obedecer a Dios." Esta es el cura para el sometimiento servil a los mandamientos y doctrinas de hombres. Debe haber obediencia; pero ¿obediencia a qué? A la autoridad de Dios, y a eso sólo. Así el alma es preservada de la influencia de la incredulidad por una parte, y de la superstición por la otra. La infidelidad dice, «Haz lo que quieras.» La superstición dice, «Haz como el hombre te dice.» La fe dice, "Debemos obedecer a Dios".

Aquí está el equilibrio santo del alma en medio de las influencias contradictorias y desconcertantes alrededor de nosotros en este nuestro día. Como siervo,

yo debo obedecer a mi Señor; como hijo, yo debo escuchar los mandamientos de mi Padre. Ni tampoco estoy puesto para hacer menos que esto aunque mis conseros y mis hermanos no me puedan entender. Debo recordar que el asunto inmediato de mi alma es con Dios mismo.

*Él ante quien los ancianos se inclinan,
Con Él me entiendo por completo ahora.*

Es mi privilegio estar tan seguro de que tengo el pensamiento de mi Maestro en cuanto a mi senda, como que tengo Su Palabra para la seguridad de mi alma. Si no, ¿dónde estoy yo? ¿No es mi privilegio el tener un ojo sencillo? Sí, sin duda. ¿Y qué entonces? "Un cuerpo lleno de luz". Ahora bien, si mi cuerpo está lleno de luz, ¿puede estar mi mente llena de perplejidad? Imposible. Las dos cosas son enteramente incompatibles; y de ahí que cuando uno se hunde en oscura incertidumbre, es muy claro que su ojo no es sencillo. Él puede parecer muy sincero, puede estar muy ansioso de ser guiado por la senda correcta; pero él puede estar seguro de que existe la falta de un ojo sencillo — ese requisito previo imprescindible para la guía divina. La Palabra es clara, "si, pues, tu ojo fuere sencillo, todo tu cuerpo estará lleno de luz." (Mateo 6:22 - VM).

Dios guiará siempre al alma obediente, humillada; pero, por otro lado, si nosotros no andamos según la luz comunicada, entraremos en las tinieblas. La luz que no

nos influye llega a ser tinieblas, y ¡ah!, "¿cuántas no serán las mismas tinieblas?" (Mateo 6:23). Nada es más peligroso que alterar la luz que Dios da. Ello debe, tarde o temprano, conducir a las consecuencias más desastrosas. "Mira pues, no suceda que la luz que en ti hay, sea tinieblas." (Lucas 11:35). "¡Oíd, y prestad atención! ¡No seáis altivos, porque Jehová ha hablado! ¡Dad gloria a Jehová vuestro Dios, antes que él cause tinieblas, y antes que tropiecen vuestros pies en las montañas tenebrosas; y mientras esperáis la luz, él la torne en sombra de muerte, y la convierta en densas tinieblas!" (Jeremías 13 : 15-16 - VM).

Esto es profundamente solemne. ¡Qué contraste entre un hombre que tiene un ojo sencillo, y un hombre que no actúa en la luz que Dios le ha dado! El uno tiene su cuerpo lleno de luz; el otro tiene su cuerpo lleno de tinieblas: el uno no tiene ninguna parte oscura; el otro se hunde en groseras tinieblas: el uno es un portador de luz para otros; el otro es un tropiezo en el camino. Nosotros no conocemos nada más solemne que el acto judicial de Dios que vuelve realmente nuestra luz en tinieblas, porque nos hemos negado a actuar en la luz que Él se ha complacido impartirnos.

Lector cristiano, ¿estás actuando conforme a tu luz? ¿Ha mandado Dios un rayo de la luz a tu alma? ¿Te ha mostrado Él algo malo en tus caminos o asociaciones? ¿Estás tú persistiendo en alguna línea de acción que la

conciencia te dice que no está en plena conformidad con la voluntad de tu Maestro? Busca y ve. Da gloria al Señor tu Dios. Actúa en la luz. No vaciles. No pienses en las consecuencias. Obedece, te imploramos, la Palabra de tu Señor. Este mismo momento, al mismo tiempo que tu ojo escudriña estas líneas, permite que el propósito de tu alma sea el de separarse de la iniquidad dondequiera que la encuentres. No digas, ¿adónde iré? ¿Qué haré yo a continuación? Hay mal por todas partes. Ello es solamente escapar de un mal para hundirse en otro. No digas estas cosas; no discuta ni razones; no mires los resultados; no pienses en lo que el mundo ni la iglesia mundana dirá de ti; elévate por sobre todas estas cosas, y pisa la senda de luz — esa senda que resplandece cada vez más hasta el día perfecto de la gloria.

Recuerda: Dios nunca da luz para dos pasos a la vez. Si Él te ha dado luz para un paso, entonces, en el temor y el amor de Su Nombre, da ese paso, y ciertamente conseguirás más luz — sí, "más y más". Pero si existe la negativa para actuar, la luz que está en ti llegará a ser groseras tinieblas, tus pies tropezarán en las montañas oscuras del error que yace en ambos lados de la senda recta y estrecha de la obediencia; y tú llegarás a ser un obstáculo en la senda de los demás.

Algunos de los obstáculos más graves que yacen, en este momento, en la senda de investigadores ansiosos, se hallan en las personas de los que una vez parecieron

poseer la verdad, pero que se han apartado de ella. ¡La luz que estuvo en ellos ha llegado a ser tinieblas, y ¡oh, cuán grande y cuán horrorosa son esas tinieblas! ¡Cuán triste es ver a los que debían ser portadores de luz, actuando como un estorbo positivo a Cristianos recién convertidos y serios! Pero que los Cristianos recién convertidos no sean entorpecidos por ellos. La manera es simple. "El temor del Señor es la sabiduría, Y el apartarse del mal, la inteligencia." (Job 28:28). Que cada uno oiga y obedezca para él mismo la voz del Señor. "Mis ovejas oyen mi voz, y yo las conozco, y me siguen." (Juan 10:27). ¡El Señor sea alabado por esta Palabra preciosa! Ella pone a cada uno en el lugar de responsabilidad directa para con Cristo mismo; nos dice claramente cuál es el camino de Dios, y, tan claro como esto, cómo hallarlo.

14

EPAFRAS, EL SERVICIO DE ORACIÓN

Colosenses 4:12

Hay una diferencia muy sorprendente entre las memorias inspiradas del pueblo de Dios y todas las biografías humanas. De los mencionados en primer lugar se puede decir, verdaderamente, que contienen "mucho en poco"; mientras que de muchas de las mencionadas después se puede decir, verdaderamente, que contienen "poco en mucho". La historia de uno de los santos del Antiguo Testamento - una historia que se extiende por un período de 365 años - es resumida en dos breves cláusulas - "Caminó, pues, Enoc con Dios, y desapareció, porque le

llevó Dios." (Génesis 5:24). ¡Cuán breve! pero, aun así, ¡cuán plena, cuántas cosas incluye! ¡Cuántos volúmenes habría llenado el hombre con las memorias de una vida tal! Y, con todo, ¿qué más podría haber dicho? Caminar con Dios incluye todo lo que posiblemente podría decirse de cualquiera persona.

Un hombre puede viajar alrededor del globo; puede predicar el evangelio bajo cualquier condición climática; puede sufrir trabajando en la causa de Cristo; puede dar de comer al hambriento, vestir al desnudo, visitar al enfermo; él puede leer, escribir, imprimir y publicar; en resumen, puede hacer todo lo que el hombre siempre pudo hacer o hizo; y, aun así, todo esto puede ser resumido en esa breve cláusula, "Él caminó con Dios." Y será muy bueno y correcto para él si su vida puede ser resumida así. Uno puede hacer casi todo lo que ha sido enumerado y, aun así, nunca caminar con Dios ni una hora; sí, incluso, puede que uno ni siquiera conozca el significado de caminar con Dios. El pensamiento acerca de esto es algo profundamente solemne y práctico. Debería conducirnos al solícito cultivo de la vida escondida, sin la cual el más vistoso servicio demostrará ser nada más que una llamarada y humo.

Hay algo peculiarmente conmovedor en el modo en que el nombre de Epafras es presentado a nuestra atención en el Nuevo Testamento. Las alusiones a él son muy breves, pero muy concisas. Él parece haber sido la figura misma

del hombre que se necesita tanto en el momento presente. Sus trabajos, hasta donde el escritor inspirado los ha registrado, no parecen haber sido muy vistosos o atractivos. Ellos no estaban calculados para satisfacer el ojo humano o para obtener humana alabanza. Pero, ¡oh! estos eran trabajos muy preciosos - ¡incomparables, invaluable! Estos eran los trabajos llevados a cabo en la alcoba, trabajos efectuados a puertas cerradas, trabajos en el santuario, trabajos sin los cuales todo lo demás demuestra ser estéril y sin valor. Él no es puesto ante nosotros, por el biógrafo sagrado, como un predicador poderoso, un escritor laborioso, un gran viajero, lo cual él puede haber sido, servicios todos verdaderamente valiosos puestos en su lugar.

El Espíritu Santo, sin embargo, no nos ha dicho que Epafras era cualquiera los tres; sino que entonces, Él ha situado este carácter singularmente interesante ante nosotros, de una manera calculada para despertar las profundidades de nuestro ser moral y espiritual. Él lo ha presentado a nosotros como un hombre de oración - oración solícita, ferviente, en agonía; oración no por sí mismo, sino por los demás. Escuchemos el testimonio inspirado: "Os saluda Epafras, que es uno de vosotros, siervo de Cristo, el cual se esfuerza siempre a favor vuestro, en sus oraciones, para que estéis firmes, siendo perfectos, y plenamente asegurados en toda la voluntad de Dios. Porque le doy testimonio que trabaja mucho por

vosotros, y por los de Laodicea y los de Hierápolis." (Colosenses 4: 12-13 - Versión Moderna)

Nosotros nos alegramos al ver hombres que van predicando a Cristo; nos alegramos verles aplicar la pluma de escribiente muy ligero en la noble causa; nos alegramos al verles abrirse camino, en el verdadero espíritu evangelista, a las "regiones más allá" (2 Corintios 10:16 - Versión Moderna); estamos felices al verles, en el verdadero espíritu pastoral, ir una y otra vez a visitar a sus hermanos en cada ciudad. Dios no permita que infravaloremos o hablemos despectivamente de tal servicio digno de ser honrado; sí, apreciémosles más favorablemente de lo que las palabras puedan expresar.

Pero entonces, antes de nada, necesitamos un espíritu de oración - oración ferviente, en agonía, perseverante. Sin esto, nada puede prosperar. Un hombre que no ora es un hombre sin vigor espiritual. Un predicador que no ora es un predicador sin utilidad. Un escritor que no ora producirá páginas estériles. Un evangelista que no ora hará muy poco bien. Un pastor que no ora tendrá muy poca comida para el rebaño. Necesitamos hombres de oración, hombres como Epafras, hombres cuyas paredes de sus alcobas den testimonio de sus labores en agonía. Estos son, incuestionablemente, los hombres para el momento presente.

Hay inmensas ventajas al encargarse de los trabajos de alcoba, ventajas bastante peculiares, ventajas para

aquellos que se empeñan en ellas, y ventajas para aquellos que son los sujetos de estos trabajos. Estos son trabajos tranquilos, que no obstruyen. Ellos son llevados a cabo en retiro, con el alma sometida en la santa soledad de la divina presencia, lejos del rango de visión mortal.

¡Cuán poco habrían conocido los Colosenses acerca de los trabajos amorosos, fervientes, de Epafras, si el Espíritu Santo no los hubiera mencionado! Es posible que algunos de ellos sospecharan de él a causa de un celo mal entendido de parte de ellos: es probable que hubiesen habido personas en ese entonces, así como las hay ahora, que medirían el cuidado o la compasión de un hombre a partir de sus visitas o sus cartas. Esta sería una norma falsa. Ellos querrían verle hincado de rodillas para conocer la cantidad de su amor y compasión. Un amor por los viajes podría llevarme desde Londres a Edimburgo a visitar a los hermanos. Un amor a garabatear con la pluma sobre el papel podría llevarme a escribir cartas habitualmente. Nada excepto el amor por las almas, un amor por Cristo, me podría llevar a agonizar en oración como Epafras lo hizo, a favor del pueblo de Dios, para que pudiesen estar "firmes, siendo perfectos, y plenamente asegurados en toda la voluntad de Dios." (Colosenses 4:12 - Versión Moderna).

Reitero, los preciosos trabajos de alcoba no requieren de ningún don especial, de ningún talento peculiar, de ninguna capacidad mental preeminente. Todo Cristiano

puede involucrarse en ellos. Un hombre puede no tener la habilidad de predicar, enseñar, escribir, o viajar; pero todo hombre puede orar. Uno escucha algunas veces hablar de un don de oración. Esta no es una expresión agradable. Produce desagrado al escucharla. Esto significa, a menudo, un mero discurso del cual fluyen ciertas verdades conocidas que la memoria retiene y que los labios pronuncian. Esta no era la forma de oración de Epafras. Esto no es lo que necesitamos y anhelamos. Nosotros necesitamos un real espíritu de oración. Necesitamos un espíritu que penetre en la necesidad presente de la Iglesia, y presente esa necesidad en intercesión perseverante, ferviente, y creyendo, ante el trono de la gracia. Este espíritu puede ser ejercitado en todo tiempo, y bajo todas las circunstancias. En la mañana, al medio día, por la tarde, o a medianoche, habrá respuesta para el trabajador en su alcoba.

El corazón puede fluir hacia arriba al trono en oración y súplica en cualquier momento. El oído de nuestro Padre siempre está abierto. Su lugar de habitación siempre es accesible. Cuando sea o con lo que sea que nosotros podamos acudir, Él siempre está preparado para escuchar, preparado para responder. Él es Aquel que escucha, Aquel que responde y Aquel que ama al hombre de oración insistente. Él mismo ha dicho, "Pedid . . . buscad . . . llamad" (Mateo 7:7); "Y les dijo una parábola sobre lo necesario que es orar siempre y no desalentarse." (Lucas 18:1 - Versión Moderna); "Y todo lo que pidiereis

en oración, creyendo, lo recibiréis." (Mateo 21:22); "Si a cualquiera de vosotros le falta sabiduría, pídasela a Dios." (Santiago 1:5 - Versión Moderna). Estas palabras son de aplicación universal. Son aplicables a todos los hijos de Dios. El más débil hijo de Dios puede orar, puede velar, puede obtener una respuesta, y devolver acciones de gracias.

Además, nada está más calculado para darle a uno un profundo interés en las personas, como el hábito de orar constantemente por ellas. Epafras estaría intensamente interesado en los Cristianos en Colosas, Laodicea, Hierápolis. Su interés le hizo orar, y sus oraciones le hicieron interesarse. Mientras más estemos interesados en alguien, más oraremos por él; y, mientras más oremos por él, más interesados nos volvemos. Siempre que nos proponemos orar por personas, estamos seguros de regocijarnos en su crecimiento y prosperidad espiritual. De igual forma, también, con respecto al inconverso. Cuando somos conducidos a esperar en Dios acerca de ellos, su conversión es esperada con la más profunda ansiedad, y es alabada, cuando ella llega, con agradecimiento sin fingimiento. El pensamiento de esto debería despertarnos para imitar a Epafras, a quien el Espíritu Santo ha concedido el honorable nombre descriptivo de "siervo de Cristo", en relación con sus fervientes oraciones por el pueblo de Dios.

Finalmente, el incentivo más alto que puede ser presentado para cultivar el espíritu de Epafras, es el hecho de que esté tan directamente al unísono con el espíritu de Cristo. Este es el motivo más elevado. Cristo se involucra a favor de Su pueblo. Él desea que ellos estén "firmes, siendo perfectos, y plenamente asegurados en toda la voluntad de Dios." (Colosenses 4:12 - Versión Moderna); y aquellos que son conducidos a la oración con referencia a este objetivo, son privilegiados al gozar de una alta comunión con el gran Intercesor. ¡Cuán maravilloso es que a criaturas pobres, débiles, aquí abajo, se les permita orar acerca de aquello en que están involucrados los pensamientos e intereses del Señor de gloria! ¡Qué poderoso vínculo había entre en corazón de Epafras y el corazón de Cristo, cuando el primero estaba trabajando para sus hermanos en Colosas!

Lector Cristiano, ponderemos el ejemplo de Epafras. Imitémosle. Fijemos nuestros ojos en alguna ciudad como Colosas o en otra, y trabajemos fervientemente en oración por los Cristianos que están allí. El presente es un momento profundamente solemne. ¡Oh! que haya hombres como Epafras - hombres que estén dispuestos a trabajar hincados sobre sus rodillas por la causa de Cristo, o a llevar, si debe ser así, los nobles cadenas del evangelio. Así era Epafras. Le vemos como un hombre de oración (Colosenses 4:12), y como un compañero de prisiones con el dedicado apóstol de los Gentiles (Filemón 23).

Que el Señor pueda despertar entre nosotros un espíritu de ardiente oración e intercesión. Que Él pueda levantar muchos de aquellos que serán moldeados en el mismo molde espiritual de Epafras. Estos son los hombres para la necesidad presente.

15

DENTRO DEL VELO, FUERA DEL CAMPAMENTO

Hebreos 10; Hebreos 13: 9-16.

El poder de nuestra senda - de nuestro andar en este mundo, es la comprensión, por medio del Espíritu Santo, de nuestra identificación con Cristo en todos nuestros modos, y de que somos establecidos en este mundo para manifestarle a Él, no simplemente para saber que tenemos salvación, y la limpieza de nuestras conciencias por medio de Su muy preciosa sangre. El testimonio de un Cristiano muestra este carácter, él está andando en los pasos de Cristo. "Para

mí el vivir es Cristo" (Filipenses 1:21), otra vez, "He sido crucificado con Cristo; sin embargo vivo; mas no ya yo, sino que Cristo vive en mí: y aquella vida que ahora vivo en la carne, la vivo por la fe en el Hijo de Dios, el cual me amó, y se dió a sí mismo por mí." (Gálatas 2:20 - Versión Moderna). Eso pone a cada uno de nosotros en el lugar de la responsabilidad en cuanto a nuestros modos, nuestros hábitos, nuestros sentimientos, y objetos. ¿Estamos realizando la responsabilidad de vivir a Cristo? Eso es realmente para lo que la Iglesia de Dios es establecida en el mundo - para ser la expresión de Cristo en Su ausencia. La conciencia de un Cristiano a menudo se satisface a sí mismo entregando una Biblia al hombre no convertido, para que pueda leer lo que Cristo fue; pero este no es el propósito por el cual Cristo nos dejó aquí. — "[Vosotros] sois carta de Cristo, conocidas y leídas por todos los hombres." ¿Somos nosotros una epístola tal que las personas la puedan leer? No se trata de que una persona venga a mí, diciendo, ¿Cuál es su credo? ¿Qué opiniones sostiene Ud.? y cosas parecidas. Si yo no soy una expresión de los modos y sentimientos de Cristo, soy un estorbo, en lugar de ser otra cosa. El Cristiano debería ser la expresión viva, viviente, de Cristo — de los principios, características, gracias, del carácter de Cristo. ¡Es lamentable! a menudo se hace consistir todo el Cristianismo en una serie de opiniones: uno obtiene su lugar y es caracterizado por las opiniones que sostiene. Nosotros somos llamados, inevitablemente, a vivir el Cristo en quien creemos; somos uno con Él, y somos

llamados a mostrar lo que Él es. Pero todo el poder por medio del cual yo voy a actuar y a mostrar eso, es la comprensión de que soy uno con Él.

En la Epístola a los Hebreos se nos presentan dos grandes etapas del camino de Cristo, y del creyente como identificado con Él. El primero finaliza (Hebreos 10) donde el alma es establecida en "el Lugar Santísimo." Hacia eso nos está conduciendo ahora el Espíritu Santo, paso a paso; allí Él nos sienta en este bendito lugar, "teniendo libertad para entrar en el Lugar Santísimo por la sangre de Jesucristo, por el camino nuevo y vivo que él nos abrió a través del velo, esto es, de su carne."

El poder de la consagración inteligente es la comprensión de la perfecta limpieza de nuestras conciencias. Muchos no entienden esto; ellos están aspirando a tenerla, y eso es trastocar completamente el orden de Dios. Yo tengo una conciencia limpia; sigo adelante, no para obtenerla, sino porque la tengo. ¿Cómo la consigo? No por nada que yo haya hecho, por mis formas o sentimientos, como un asunto de logro o experiencia; el Espíritu Santo nos enseña que esto es por la sangre de Jesús.

Él nos muestra la gloria de la persona de Cristo, en contraste con los ángeles y con Moisés; la de Su sacerdocio en contraste con el de Aarón; el de Su sacrificio, en contraste con los sacrificios bajo la ley. ¿Y cuál es el resultado? Nosotros tenemos una conciencia limpia. Él nos ha sentado dentro del velo. Esto no es lo

que tiene un Cristiano, y lo que otro está esforzándose por tener, sino la plataforma común de todos - todos nosotros tenemos una conciencia limpia. Algunos suponen que la sangre de Cristo ha quitado nuestros pecados antes de la conversión; y entonces, en cuanto a lo que pasa con aquellos que se convierten posteriormente, ellos son alcanzados por el sacerdocio de Cristo; pero esto no es lo que Él dice: es por la sangre de Cristo; nosotros estamos dentro del velo con una conciencia limpiada perfectamente, sin "más conciencia de pecado." (Hebreos 10:2). Sólo es digno del sacrificio de Cristo ponerme en posesión de esto, y nada menor de ello; todos mis pecados, no algunos de ellos, borrados. El más simple de los creyentes está sentado allí, donde el Sumo Sacerdote podía ir una vez al año, y sólo entonces.

Cuando uno llega a tratar estrechamente con las almas, uno descubre cuáles dudas, nubes, temores, y ansiedades, se han posesionado de ellas y las afligen. Si la sangre de Cristo hace algo por nosotros, ella nos pone allí sin mancha, ni arruga, o cualquiera cosa tal. "Así que, hermanos, teniendo libertad para entrar en el Lugar Santísimo por la sangre de Jesucristo acerquémonos," etc. Aquí no hay diferencia entre apóstol y otros; el apóstol Pablo y el ladrón en la cruz: en otras palabras, todos tienen, por igual, un lugar común dentro del velo.

El sacerdocio de Cristo se introduce para mantenerme, en forma práctica, donde la sangre de Cristo me ha puesto.

Así como en la expresión en la Epístola de Juan, "Hijos míos, estas cosas os escribo para que no pequéis; y si alguno hubiere pecado, abogado tenemos para con el Padre, a Jesucristo el justo [Jesucristo está a la diestra de Dios en todos los principios de la justicia]. Y él es la propiciación [el propiciatorio] por nuestros pecados." (1 Juan 2: 1, 2). "Si confesamos nuestros pecados, él es fiel y justo para perdonarnos nuestros pecados, y limpiarnos de toda iniquidad." (1 Juan 1:9 - Versión Moderna). Es una cosa mucho más fácil para un niño pedir perdón por alguna falta que confesarla. Nosotros podemos pedir perdón por cualquier pecado especial, y no tenemos ninguna garantía en la Escritura de que sepamos que este es quitado; pero cuando lo confesamos, es un asunto de fe saber que es quitado. Ahora estoy hablando de un creyente: si fuese un asunto de una persona no convertida, la sangre de Cristo se encarga de eso. Dios es "fiel y justo (no dice amable y misericordioso), para perdonar nuestros pecados," etc. En el momento que me he juzgado a mí mismo acerca de ello, tengo derecho a saber que este ya no está.

¡Qué lugar más maravilloso donde al creyente es colocado al comienzo mismo del curso de su discipulado! — ¡lavado de sus pecados, limpia su conciencia, sentado en el claro sentido de la luz de la faz de Dios! ¿Pero para hacer qué? ¿Reposar allí? No; ese es el fundamento en que está basada la superestructura de la consagración práctica. El legalismo y al antinomianismo [*] son

igualmente enfrentados. ¿Qué dice el sistema del legalismo? Tú mismo tienes que obrar para subir a este lugar de aceptación. El evangelio dice, Cristo me ha puesto allí. Yo nunca podría llegar allí; la ley ha probado eso. Cuando Dios dio la ley, ¿qué estaba haciendo Él? Las palabras, 'Harás esto', 'No harás eso', sacaron a luz lo que era el corazón del hombre; fue imposible que pudiese hacer lo que Dios le decía que debía hacer, e imposible que no fuese lo que Dios le decía que no fuese: — "Porque todos los que son de las obras de la ley están bajo maldición." (Gálatas 3:10 - LBLA). Yo nunca puedo, por las obras de la ley, entrar en el Lugar Santísimo. Soy puesto allí como resultado de lo que Cristo ha cumplido por mí en la cruz; y esto está declarado al comienzo mismo de la epístola: "habiendo efectuado la purificación de nuestros pecados por medio de sí mismo, se sentó a la diestra de la Majestad en las alturas." (Hebreos 1:3). ¿Por qué dice "se sentó"? Para evidenciar lo completo de la obra. Aarón nunca se sentó; no había silla preparada para el sacerdote, ya sea en el tabernáculo o en el templo.

[* N. del T.: ANTINOMIANISMO: La palabra viene del griego anti, contra, y nomos, ley. Se refiere a la práctica no bíblica de vivir sin la debida consideración de la rectitud de Dios, emplear la gracia de Dios como si fuera una licencia para pecar y confiar en la gracia para ser limpio del pecado. En otras palabras, ya que la gracia es infinita y somos salvos por gracia, entonces para el antinomianismo podemos pecar cuanto queramos y aún ser salvos. Esta

idea es errónea porque, aunque como cristianos no estemos bajo la Ley (Romanos 6:14), todavía somos llamados a vivir en santidad, alejados del mundo y sus placeres y cumplir la Ley del amor (Romanos 13:8,10; Gálatas 5:14; 6:2). Debemos amar a Dios con todo nuestro corazón, alma, fuerza y mente, y a nuestro prójimo como a nosotros mismos (Lucas 10:27) y, de este modo, evitar la ofensa del pecado que le costó a Dios Su unigénito Hijo. Pablo habla contra la noción del antinomianismo en Romanos 6:1-2: "Qué, pues, diremos? Perseveraremos en el pecado para que la gracia abunde? En ninguna manera. Porque los que hemos muerto al pecado, ¿cómo viviremos aún en él?" No hemos de usar la gracia de Dios como una excusa para pecar; en lugar de esto, hemos de ser controlados por el amor de Dios y de esta forma traer el fruto del Espíritu Santo (Gálatas 5:22-25).]

¿Qué dicen los hombres guiados por el antinomianismo? <<Lo tengo, yo lo poseo todo en Cristo>>, y allí termina. ¡Pero, no! el evangelio me pone allí, para correr la bendita carrera que tengo por delante, en un ansia ardiente y ferviente del alma para llegar a ser semejante a Cristo.

Si la primera sección me sienta dentro del Lugar Santísimo, la segunda me coloca fuera del campamento. En lo que respecta a mi conciencia, encuentro a Cristo "dentro del velo." En lo que respecta a mi corazón, encuentro a Cristo "fuera del campamento."

No viene a ser solamente que nosotros tomemos el consuelo que emana de conocer que Cristo está dentro del velo - el consuelo que su Sacrificio nos da -, yo debo buscar la identificación práctica con Él fuera del campamento. Cristo dentro del velo tranquiliza mi conciencia. Cristo fuera del campamento vivifica, vigoriza mi alma para correr más consagradamente la carrera que tengo por delante. "Los cuerpos de aquellos animales cuya sangre a causa del pecado es introducida en el santuario por el sumo sacerdote, son quemados fuera del campamento. Por lo cual también Jesús, para santificar al pueblo mediante su propia sangre, padeció fuera de la puerta. Salgamos, pues, a él, fuera del campamento, llevando su vituperio." (Hebreos 13: 11-13). No hay dos puntos que sean más distantes moralmente que dentro del velo y fuera del campamento, y, con todo, ellos son juntados aquí. Dentro del velo era el lugar donde moraba la 'shekinah' de la gloria de Dios; fuera del campamento era el lugar donde la ofrenda por el pecado era quemada — ningún lugar da una idea tal de lejanía de Dios como ese. Es bendito saber que el Espíritu Santo me presenta a Jesús llenando por completo todo lo que está entre estos dos puntos. Yo no tengo nada que ver, en absoluto, con el campamento. El campamento era el lugar de profesión manifiesta (en tipo, el campamento de Israel; en antitipo, la ciudad de Jerusalén). ¿Por qué Cristo padeció fuera de

la puerta? Para mostrar el apartamiento de la simple maquinaria de la profesión externa de Israel.

Nosotros podemos tener claro lo referente a la obra de Cristo hecha por nosotros (y que Dios impida que haya una nube cubriendo la bendición de ella), sabiendo que la conciencia es hecha perfecta; pero, ¿es tranquilidad de conciencia todo lo que yo quiero? ¿No hay allí ninguna responsabilidad? ¿Es la voz de Cristo desde dentro del velo todo? ¿Él no tiene voz fuera del campamento? Se encontrará que, después de todo, el gozo, la paz, la libertad, fluyendo de oír nosotros la voz de Cristo dentro del velo, depende mucho de oír nosotros Su voz fuera del campamento. Aquellos que conocen mucho acerca del sufrir con Él, y de llevar su vituperio, conocerán más de la bendición de Su lugar dentro del velo. Nuestra conducta, nuestros modos, nuestra senda a través de la tierra, debe ser puesta a prueba por medio de Cristo. - '¿Cristo estaría allí?' o '¿Cristo haría esto?' El Espíritu Santo debe contristarse si el santo sigue un curso contrario del que Cristo habría seguido; y entonces el alma debe ser estéril. ¿Cómo puede un Espíritu Santo contristado testificar de Cristo - cómo puede Él dar al alma el consuelo y gozo y paz de Su testimonio a Él? ¿Cómo puedo disfrutar de Cristo si no estoy caminando en compañía de Él? Sabemos que nosotros no podemos disfrutar de la compañía de una persona a menos que estemos donde esa persona está - ¿dónde, entonces, está Cristo? "Fuera del campamento." — "Salgamos, pues, a él, fuera del campamento, llevando

su vituperio." (Hebreos 13:13). Esto no es salir a hombres, o a opiniones, o una a iglesia, o a un credo, sino a Cristo mismo. Nosotros no somos del mundo - ¿por qué? Porque Cristo no es de este mundo; la medida de nuestra separación del mundo es la medida de la separación de Cristo. "Porque no tenemos aquí ciudad permanente;" ¿Acaso nuestros corazones buscan una? — ¿buscan alguna serie de circunstancias o algo similar, algo en que apoyarse? ¿Decimos nosotros, por expresarlo así, 'Oh, déjame algo'? como Lot suplicando por Zoar, "(¿no es ella pequeña?)" no la quites del todo, "(¿no es ella pequeña?), y salvaré mi vida." (Génesis 19:20). El corazón de Lot era un corazón que aún anhelaba un poco del mundo. Cuando el corazón es llenado con Cristo, puede dejar el mundo, no hay dificultad en hacerlo entonces. Decir simplemente, 'Deja esto,' o 'deja eso,' a una persona que ama al mundo, no servirá de nada; lo que yo debo hacer es buscar ministrar más de Cristo a esa alma.

Yo estoy fuera del campamento, estoy buscando una ciudad por venir, estoy esperándole a Él quién está por venir. En esta condición, desalojados del mundo y de su sistema, yo me encuentro en dos posiciones - una para con Dios, y la otra para con los hombres. La primera, "Así que, ofrezcamos siempre a Dios, por medio de él, sacrificio de alabanza, es decir, fruto de labios que confiesan su nombre." (Hebreos 13:15). La segunda, el amoroso desarrollo del espíritu de benevolencia activa en el siguiente versículo, "Y de hacer bien y de la ayuda

mutua no os olvidéis; porque de tales sacrificios se agrada Dios." (versículo 16).

Yo estoy dentro del velo con Cristo, - fuera del campamento en el mundo, "llevando su vituperio"; y, librado así de la profesión a mi alrededor, que no es de Él, estoy ocupado en la adoración y haciendo bien a todos.

En lo que respecta a mi esperanza, ella no es, como dice la gente, 'sustentar la doctrina de la segunda venida', sino que es 'esperar de los cielos al Hijo de Dios.' (1 Tesalonicenses 1:10). Esta no es una doctrina muerta, seca. Si nosotros estamos realmente esperando de los cielos al Hijo de Dios, nos desataremos de las cosas del mundo.

Yo tengo a Cristo para la necesidad de mi alma, y solamente 'estoy esperando de los cielos al Hijo de Dios', que Cristo venga del cielo a tomar a Su Iglesia a Sí mismo, para que donde Él está nosotros también estemos, y eso puede ser esta noche. No espero al Anticristo, ni señales, ni movimientos entre las naciones, sino esa cosa santa, feliz, espero de los cielos al Hijo de Dios. Oh, no dejes que seamos inconsistentes, no dejes que contradigamos eso - procurando asir a Cristo de una mano, y con el mundo adherido a la otra. Si sabemos nuestra posición "dentro del velo," debemos saber nuestra posición "fuera del campamento," vituperados, puede ser, desdeñados, odiados, bajo sospecha, de todos quiénes no están fuera, pero en el gozo de la comunión con Él. "Cuando Cristo,

vuestra vida, se manifieste, entonces vosotros también seréis manifestados con él en gloria." (Colosenses 3:4).

16

PROVISIÓN PARA LOS TIEMPOS PELIGROSOS

Es de la mayor importancia, para el siervo de Cristo, en todos los tiempos, tener un claro, profundo, permanente e influyente sentido de su posición, su camino, su porción, y su perspectiva -un conocimiento divinamente forjado del terreno que él está llamado a ocupar; la esfera de acción que se abre ante él; la provisión divina hecha para su consuelo y estímulo, su fuerza y su guía; y las brillantes esperanzas que se le ofrecen. Existe un extraño peligro de que seamos tentados hacia una región de mera teoría y especulación, de opinión y sentimiento, de dogmas y principios. Frecuentemente se pierde la frescura del primer amor

por el contacto con los hombres y las cosas de lo que puede llamarse "el mundo religioso". El verdor encantador del Cristianismo personal del comienzo es a menudo destruido por un mal uso de la maquinaria de la religión, si se nos permite usar un término tal.

En el reino de la naturaleza, sucede frecuentemente que alguna semilla perdida ha caído en la tierra, ha echado raíz, y ha brotado como una tierna planta. La mano del hombre no tuvo nada que ver con ello. Dios la plantó, la regó, y la hizo crecer. Él le asignó su lugar, le dio su fuerza, y la cubrió con hermoso verdor. Luego, el hombre se entremetió en su soledad y la trasplantó a su propio entorno artificial, para que allí se marchitase. Así es, demasiado a menudo, ¡desgraciadamente! con las plantas del reino espiritual de Dios. Ellas son a menudo dañadas por la tosca mano del hombre. Ellas estarían mucho mejor, si se las dejase al solo manejo de la Mano que las plantó. Los jóvenes Cristianos frecuentemente padecen inmensamente por el hecho de no ser entregados a la exclusiva instrucción del Espíritu Santo, y la exclusiva enseñanza de la Sagrada Escritura. Es casi seguro que el manejo humano impide el crecimiento de las plantas espirituales de Dios. No significa, de ninguna manera, que Dios no pueda usar a los hombres como Sus instrumentos para regar, cultivar, y cuidar Sus preciosas plantas. Ciertamente Él puede y lo hace; pero, entonces, es el cultivo y el cuidado de Dios, no el del hombre. Esto representa toda la diferencia. El Cristiano es la planta de

Dios. La semilla que lo produjo era divina. Fue dirigida y plantada por la propia mano de Dios, y se le debe permitir a esa misma mano que la forme.

Ahora, lo que es verdad acerca del creyente individual, es igualmente verdad acerca de la Iglesia, como un todo.

En la Primera Epístola a Timoteo, la Iglesia es contemplada en su orden y gloria originales. Allí se la ve como "la casa de Dios" - "la iglesia del Dios viviente" - "columna y baluarte de la verdad". (1 Timoteo 3:15). Los que ostentan cargos, sus funciones, y sus responsabilidades, son minuciosamente y formalmente descritos allí. El siervo de Cristo es instruido acerca del modo en que se debe conducir en medio de una esfera tan bendita y de tanta dignidad. Tal es el carácter, tal el alcance y el objeto de la Primera Epístola de Pablo a Timoteo.

Pero, en la Segunda Epístola, tenemos algo bastante diferente. La escena cambia completamente.

La casa, que en la primera epístola se contempla en su norma, aquí se contempla en su ruina.

La iglesia, como sistema establecido en la tierra, había fallado absolutamente, como todo otro sistema.

El hombre falla en todo. Él falló en medio de la belleza y el orden del Paraíso. Él falló en esa tierra favorecida "que fluye leche y miel, la cual es la más hermosa de todas las

tierras." (Ezequiel 20:6). Él falló en medio de los raros privilegios de la dispensación del evangelio; y fracasará en medio de los destellos luminosos de la gloria del milenio. (Comparen Génesis 3; Jueces 2; Hechos 20: 29; 3a. Juan 9; Apocalipsis capítulos 1, 2 y cap. 20: 7-9). El recuerdo de esto nos ayudará a entender 2a. Timoteo.

Esta epístola, puede ser llamada, muy apropiadamente, 'una provisión divina para tiempos peligrosos'. El apóstol parece estar, y lo estaba, lamentándose acerca de las ruinas de esa estructura que una vez fue hermosa. Como el profeta plañidero que ve que "derramadas están las piedras del Santuario, por las encrucijadas de todas las calles." (Lamentaciones 4:1 - V.M.).

Él trae a su recuerdo las lágrimas de su amado Timoteo. Se alegra de tener por lo menos un seno amistoso donde verter sus penas.

Todos los que estaban en Asia le habían abandonado. Fue abandonado para comparecer solo ante el trono de juicio del César. Demas lo desamparó. Alejandro, el calderero, le causó muchos males. Todo alrededor de él, en lo que a hombres se refiere, se presentaba triste y oscuro. Él le pide a su amado Timoteo que le lleve el capote, sus libros y sus pergaminos. Todo es vivamente resaltado. Se prevén "tiempos peligrosos". Una forma de piedad sin poder -el manto de la profesión cristiana, extendido sobre las más groseras abominaciones del corazón humano- hombres no capacitados para soportar la sana doctrina -maestros

amontonados conforme a sus propias concupiscencias, teniendo comezón de oír y sus oídos necesitan ser cautivados por fábulas absurdas y sin base producidas por la mente humana.

Tales son las características de la Segunda Epístola a Timoteo. ¿Quién puede dejar de notarlas? ¿Quién puede dejar de ver que nuestra porción ha sido puesta justo en medio de los males y peligros aquí contemplados? ¿Y acaso no es bueno tener una percepción clara de estas cosas? ¿Por qué desear cerrar nuestros ojos en cuanto a la verdad? ¿Por qué vamos a engañarnos a nosotros mismos con sueños vanos de una luz y prosperidad espiritual cada vez mayores? ¿Acaso no es mucho mejor mirar de frente la verdadera condición de las cosas? Sin duda; y, sobre todo, cuando la epístola misma que tan fielmente indica los "tiempos peligrosos", revela plenamente la provisión divina.

¿Por qué debemos imaginar que el hombre, bajo la dispensación Cristiana, demostraría ser una sola pizca mejor que el hombre bajo todas las dispensaciones anteriores, o bajo la dispensación milenaria que aún está por venir?

¿Acaso la misma analogía, incluso en ausencia de prueba directa y positiva, no nos lleva a esperar el fracaso bajo esta economía así como bajo todas las otras?

Si nosotros, sin excepción, encontramos juicio al final de todas las otras dispensaciones, ¿por qué debemos esperar algo distinto al finalizar esta?

Que el lector de mis comentarios pondere estas cosas, y entonces me acompañe, por unos momentos, mientras busco, por la gracia de Dios, desplegar algunas de las provisiones divinas para los "tiempos peligrosos".

Yo no intento exponer esta muy conmovedora e interesante epístola en detalle. Esto sería imposible en un artículo como el presente. Yo meramente señalaré un punto de cada uno de los cuatro capítulos en que la epístola ha sido dividida. Éstos son: primero, la "fe no fingida" (cap. 1:5). En segundo lugar, el fundamento firme (cap. 2: 19). En tercer lugar, "las Sagradas Escrituras" (cap. 3:15). En cuarto lugar, "la corona de justicia." (cap. 4:8). El hombre que conoce algo del poder de estas cosas, está divinamente provisto para enfrentar "tiempos peligrosos."

I. Y, en primer lugar, acerca de "la fe no fingida" (2 Timoteo 1:5) -esa posesión que no tiene precio, el apóstol dice, "Doy gracias a Dios, a quien sirvo desde mis antepasados con conciencia pura, que sin cesar tengo memoria de ti en mis oraciones, noche y día, deseando ardientemente verte, acordándome de tus lágrimas, para que me llene de gozo; trayendo a la memoria la fe no fingida que hay en ti, la cual habitó primero en tu abuela Loida, y en tu madre Eunice; y estoy persuadido que

habita en ti también." (2 Timoteo 1: 3-5 - V.M.). Aquí tenemos, entonces, algo que está sobre y más allá de toda cosa eclesiástica -una cosa que uno debe tener.

Aquí él es presentado a la iglesia, y de forma tal que se mantendrá en buen pie aunque la iglesia esté en ruinas alrededor de él. Esta fe no fingida conecta el alma inmediatamente con Cristo, en el poder de un vínculo que debe, por necesidad, estar por sobre toda asociación eclesiástica, sin importar cuan importante ella sea, en su debido lugar -un vínculo que durará cuando todas las asociaciones terrenales, serán disueltas para siempre.

Nosotros no llegamos a Cristo a través de la iglesia. Primero llegamos a Cristo, y entonces a la iglesia. Cristo es nuestra vida, no la iglesia. No hay duda que la comunión en la iglesia es muy valiosa; pero hay algo por encima de ella, y es de ese algo que "la fe no fingida" toma posesión.

Timoteo tenía esta fe morando en él incluso antes de que él entrase en la casa de Dios. Él se relacionó con el Dios de la casa antes de su asociación pública con la casa de Dios.

Es bueno que esto lo tengamos claro. Nosotros nunca debemos renunciar a la intensa individualidad que caracteriza a "la fe no fingida". Debemos llevarla con nosotros a través de todas las escenas y circunstancias, vínculos y asociaciones de nuestra vida y servicio cristianos.

No debemos andar meramente en la posición de la iglesia, o edificar sobre la maquinaria religiosa, o estar sujetos por una rutina de deber, o aferrarnos a los apoyos sin valor de la simpatía o predilección sectaria. Cultivemos esos frescos afectos, vívidos, y poderosos que se crearon en nuestros corazones cuando recién conocimos al Señor. Permitamos que la hermosa lozanía de nuestro tiempo primaveral sea seguida, no por la aridez y esterilidad, sino por esos racimos maduros que surgen de la relación correcta con la raíz.

Demasiado a menudo, ¡desgraciadamente! es lo contrario. Demasiado a menudo, el joven Cristiano de corazón sincero, honesto y celoso. se pierde en la membresía intolerante, estrecha de miras, de una secta, o se vuelve el defensor intolerante de alguna opinión en particular. La frescura, suavidad, simplicidad, ternura, y el afecto honesto de nuestros días de juventud, raramente se mantienen en las fases avanzadas de la vigorosa masculinidad y la madura vejez.

Muy frecuentemente, uno encuentra una profundidad de tono, una riqueza de experiencia, una elevación moral, en las fases tempranas de la vida Cristiana que demasiado pronto dan lugar a un frió formalismo basado en nuestras propias formas personales de ser; o una mera energía en defensa de algún sistema yermo de teología. Cuán raramente se cumplen esas palabras del Salmista que

expresan, "Aun en la vejez fructificarán; Estarán vigorosos y verdes." (Salmo 92:14).

La verdad es que, todos queremos cultivar, más diligentemente, una "fe no fingida." Queremos entrar, con más vigor espiritual, en el poder del vínculo que nos liga, individualmente, a Cristo. Esto nos convertiría en "vigorosos y verdes", incluso en la vejez. "El justo florecerá como la palmera; crecerá como cedro en el Líbano. Plantados en la casa de Jehová, en los atrios de nuestro Dios florecerán." (Salmo 92: 12,13).

Nosotros sufrimos considerablemente permitiendo que lo que se denomina 'relación cristiana' (Tratos, relaciones de amistad o comunicaciones entre creyentes o asambleas), interfiera con nuestra relación y comunión personal con Cristo.

Somos demasiado propensos a sustituir la relación con Dios por la relación con el hombre -para seguir en los pasos de nuestro compañero, en lugar de seguir en los pasos de Cristo- somos propensos a echar una mirada alrededor buscando simpatía, apoyo, y estímulo, en lugar de poner la mira en las cosas de arriba.

Estos no son los frutos de la "fe no fingida". Todo lo contrario. Esa fe es tan floreciente y vigorosa en medio de las soledades de un desierto como en el seno de una asamblea. Su interés inmediato y absorbente está con el

propio Dios. Se sostiene "como viendo al Invisible." (Hebreos 11:27).

Esta fe fija su honesta mirada en las cosas que no se ven y que son eternas. "Penetra hasta dentro del velo." (Hebreos 6:19). Vive en medio de las realidades inadvertidas de un mundo eterno. Habiendo dirigido el alma a los pies de Jesús, al lugar donde consigue un pleno y final perdón de todos sus pecados, a través de Su sangre muy preciosa, lo lleva majestuosamente a través de todos los lugares tortuosos y laberintos de la vida en el desierto, y le permite bañarse en los brillantes esplendores de la gloria del milenio.

Esto en cuanto a este primer precioso elemento en la provisión divina para los "tiempos peligrosos" -esta "fe no fingida."

Nadie puede seguir adelante sin ella, ya sea en los tiempos de paz o en los peligrosos, en los fáciles o difíciles, en los ásperos o llanos, en los oscuros o luminosos.

Si un hombre es destituido de esta fe, profundamente implantada y diligentemente cultivada en su alma, más pronto que tarde, será quebrantado. Él puede ser instado, durante un tiempo, por los impulsos de las circunstancias que lo rodean y sus influencias. Puede ser sostenido y soportado por sus correligionarios. Puede seguir flotando sobre la corriente de la profesión religiosa. Si él no es

poseído por la "fe no fingida", con toda seguridad, está siguiendo la rutina, y rápidamente se acerca el tiempo cuando todo habrá terminado para siempre para él.

Los "tiempos peligrosos" pronto llegarán a su punto más alto, y entonces vendrá la crisis horrible del juicio de la cual ninguno puede escapar excepto los felices poseedores de la "fe no fingida."

¡Que Dios permita que mi lector sea uno de estos! De ser así, todo está eternamente seguro.

II. Debemos considerar ahora, en segundo lugar, "El fundamento firme."

"Sin embargo, el fundamento de Dios se mantiene firme, teniendo este sello; Conoce el Señor a los que son suyos; y; Apártese de la iniquidad aquel que nombra el nombre de Cristo." (2 Timoteo 2:19 - V.M.).

En medio de todas las "penalizaciones", de contender "sobre palabras", de "profanas y vanas palabrerías", de los errores de "Himeneo y Fileto", -en medio de todos estos variados rasgos de los "tiempos peligrosos", cuán inefablemente precioso es recurrir al firme fundamento de Dios.

El alma que es edificada sobre este fundamento, en la energía divina de "la fe no fingida", está capacitada para resistir la marea del mal que se eleva rápidamente -está

divinamente equipada para enfrentar los tiempos más atroces.

Hay un fino vínculo moral entre la "fe no fingida" en el corazón del hombre, y el firme fundamento puesto por la mano de Dios.

Todo se puede arruinar. La iglesia puede romperse en pedazos, y todos lo que aman esa iglesia pueden tomar asiento y llorar sobre sus ruinas; pero allí se yergue ese impasible fundamento, puesto por la propia mano de Dios, contra la cual, la ascendente marea de error y mal puede arremeter con toda su furia, sin que haya ningún efecto, salvo para demostrar la estabilidad eterna de esa roca y de todos los que son edificados sobre ella. "Conoce el Señor a los que son suyos." (2 Timoteo 2:19).

Hay abundancia de profesión falsa, pero el ojo de Jehová reposa en todos aquellos que le pertenecen a Él. Ninguno de ellos es, y será nunca, olvidado por Él. Sus nombres están grabados en Su corazón. Ellos son tan preciosos para Él como el precio que Él pagó por ellos, y ése es nada menos que la "sangre preciosa" de Su propio Hijo amado. Ningún mal les puede acontecer.

Ninguna arma forjada contra ellos puede tener éxito. "El eterno Dios es tu refugio, y acá abajo los brazos eternos." (Deuteronomio 33:27).

¡Qué rica y amplia provisión para los "tiempos peligrosos."! ¿Por qué deberíamos temer?

Teniendo la "fe no fingida" en nuestro interior, y estando nuestros pies firmes sobre el "fundamento de Dios", es nuestro feliz privilegio proseguir, con corazones tranquilizados, nuestro camino ascendente y adelante, en la convicción que todo está y estará bien.

"Conozco mis ovejas," Él clama,
"Mi alma les da su aprobación:
Vano es el fingimiento del mundo traicionero,
Y vana la ira del infierno."

Se ha hecho bastante énfasis en que el sello del fundamento de Dios tiene dos lados: uno que lleva la inscripción, "Conoce el Señor a los que son suyos;" y el otro, "Apártese de iniquidad todo aquel que invoca el nombre de Cristo." (2 Timoteo 2:19).

El primero tiene tanto carácter de otorgador de paz cuanto el último es práctico.

Aunque la contención y la confusión sean mayores que nunca -aunque la tormenta ruja y las olas se levanten -aunque la oscuridad se haga más densa -aunque todos los poderes de la tierra y del infierno se confabulen, "Conoce el Señor a los que son suyos."

Él los ha limpiado para Él. La certeza de esto está principalmente calculada para mantener el corazón en profundo reposo, aunque los "tiempos" no hayan sido nunca tan "peligrosos" como estos.

Pero, nunca olvidemos que todo aquel que "invoca el nombre de Cristo", es solemnemente responsable de obedecer el mandato: "Apártese de iniquidad" dondequiera que él se encuentre.

Esto es aplicable a todo los verdaderos Cristianos. En el momento que yo veo cualquier cosa que merezca el epíteto de "iniquidad", sea lo que fuere o estuviere donde estuviere, yo soy llamado a 'apartarme' de esa cosa. No debo esperar a que otros lo vean junto conmigo, ya que lo que a uno le puede parecer que es una "iniquidad", puede que a otro no le parezca que lo sea en absoluto.

Por lo tanto. es un asunto personal. "Todo aquel". El lenguaje usado en esta epístola es muy personal, muy fuerte, muy intenso: "Si alguno se limpia." (cap. 2:21). "Huye también de las pasiones juveniles." (cap. 2:22). "A estos evita." (cap. 3:5). "Persiste tú." (cap. 3:14). "Te encarezco." (cap. 4:1). "Tú sé sobrio en todo, soporta las aflicciones." (cap. 4:5). "Guárdate tú también de él." (cap. 4:15).

Éstas son palabras solemnes, honestas, de peso -palabras que demuestran, con mucha claridad, que nuestra porción se encuentra en medio de tiempos en que no debemos

apoyarnos del brazo, o contemplar el semblante de nuestro compañero.

Debemos ser sostenidos por la energía de una "fe no fingida", y por nuestra relación personal con el 'fundamento firme'. Así seremos capaces, aunque otros hagan y piensen lo que quieran, de 'apartarnos de iniquidad' -de 'huir de las pasiones juveniles' -de 'evitar' a los que abrazan una "forma de piedad" sin poder, dondequiera que los encontremos, y de 'guardarnos' de cada "Alejandro el calderero." (cap. 4:14) *.

Si permitimos que nuestros pies sean movidos de la roca -si nos rendimos al impulso de las circunstancias e influencias que nos rodean, nosotros nunca podremos plantar cara con éxito contra las especiales formas de mal y error en estos "tiempos peligrosos."

{* Yo supongo que nunca ha habido un "Nehemías" sin un "Sanbalat"; o un "Esdras" sin un "Rehum"; o un "Pablo" sin un "Alejandro.}

III. Esto nos introduce, naturalmente, a nuestro tercer punto, a saber, "las Sagradas Escrituras"(cap. 3:15) -esa preciosa porción de todo "hombre de Dios."

"Pero persiste tú en lo que has aprendido y te persuadiste, sabiendo de quién has aprendido; y que desde la niñez has sabido las Sagradas Escrituras, las cuales te pueden hacer sabio para la salvación por la fe que es en Cristo

Jesús. Toda la Escritura es inspirada por Dios, y útil para enseñar, para redargüir, para corregir, para instruir en justicia, a fin de que el hombre de Dios sea perfecto, ENTERAMENTE preparado para toda buena obra." (cap. 3: 14-17).

Aquí tenemos, entonces, una rica provisión para los "tiempos peligrosos".

Un conocimiento completo de Él, de 'quién hemos aprendido' -un conocimiento exacto, personal, experimental de "las Sagradas Escrituras" -esa sola fuente de autoridad divina -esa fuente inmutable de sabiduría celestial que incluso un niño puede poseer, y sin la cual un sabio yerra sin duda.

Si un hombre no puede exponer todos sus pensamientos, todas sus convicciones, todos sus principios, a Dios como fuente de vida de estas cosas -a Cristo como centro de vida de ellas, y a "las Sagradas Escrituras" como autoridad divina para ellas, él nunca podrá avanzar a través de los "tiempos peligrosos."

Una fe de segunda mano nunca bastará. Debemos tener la verdad directamente de Dios, a través del medio, y en la autoridad de "las Sagradas Escrituras."

Dios puede usar a un hombre para mostrarme ciertas cosas en la palabra; pero yo no las recibo del hombre, sino de Dios.

Es, "sabiendo de quién has aprendido"; y cuando éste es el caso, yo soy capaz, por medio de la gracia, de seguir a través de la oscuridad más densa, y a través de todos los caminos tortuosos de este mundo desierto.

La lámpara celestial de inspiración emite una luz tan clara, tan plena, tan estable, que su resplandor solo es hecho más claramente manifiesto por la oscuridad circundante. No se deja al "hombre de Dios" en condiciones de que beba de los fangosos arroyos que fluyen a lo largo del cauce de la tradición humana; sino que con el vaso de la "fe no fingida", él se sienta al lado de la fuente límpida y que siempre fluye de "las Sagradas Escrituras", para beber allí de sus aguas refrescantes, para la plena satisfacción de su alma sedienta.

Es digno de comentar el hecho de que, aunque el apóstol inspirado estaba totalmente consciente, al escribir su primera epístola, de la "fe no fingida" de Timoteo y de su conocimiento, desde el alba más temprana de la niñez, de "las Sagradas Escrituras", todavía él no alude a estas cosas hasta que, en su segunda epístola, él contempla los rasgos espantosos de los "tiempos peligrosos."

La razón es obvia. Es precisamente estando en medio de los peligros de "los postreros días", que uno tiene la necesidad más urgente de la "fe no fingida" y de "las Sagradas Escrituras." No podemos continuar sin ellas. Cuando todo alrededor es nuevo y vigoroso -cuando todos son hechos avanzar como por un impulso común de

genuina devoción -cuando cada corazón está lleno hasta desbordarse, producto de un apego profundo y honesto a la Persona y causa de Cristo -cuando cada rostro brilla con el gozo celestial- -entonces, verdaderamente, es comparativamente fácil continuar.

Pero la condición de las cosas, contemplada en la Segunda Epístola a Timoteo, es exactamente lo contrario de todo esto. Es tal esta condición que, a menos que uno esté caminando estrechamente con Dios, en el ejercicio habitual de la "fe no fingida" -en la realización permanente del vínculo que lo relaciona, indisolublemente, con 'el fundamento firme de Dios'- y en el conocimiento claro, incuestionable, exacto de "las Sagradas Escrituras", ciertamente uno ha de naufragar.

Ésta es una consideración profundamente solemne, digna de toda la piadosa atención de mi lector.

El tiempo ha llegado, de hecho, en el que cada uno debe seguir al Señor, según su medida. "¿Qué a ti? Sígueme tú." (Juan 21:22).

Estas palabras entran en los oídos con peculiar poder cuando uno procura hacer su camino en medio de las ruinas de toda cosa eclesiástica.

Pero, que no se me interprete en forma incorrecta. No es que yo desee disminuir, en grado mínimo, el valor de la verdadera comunión de la iglesia, o de la institución

divina de la asamblea y todos los privilegios y responsabilidades que conllevan. Esto está lejos de mi pensamiento.

Yo creo, muy plenamente, que los Cristianos son llamados a buscar el mantenimiento de los muy altos principios de comunión; y además, se nos da la garantía, por medio de la epístola que ahora permanece abierta ante nosotros, de esperar que, en los tiempos más oscuros, aquel que "se limpia de estas cosas", podrá seguir "la justicia, la fe, el amor y la paz, con los que de corazón limpio invocan al Señor." (2 Timoteo 2: 21,22).

Todo esto está claro, y tiene su valor y lugar debidos; pero esto no interfiere en ninguna manera con el hecho de que cada uno es responsable de seguir un camino de santa independencia, sin fijarse en el semblante, la simpatía, el apoyo, o la compañía de su hermano en la fe.

Es verdad: nosotros debemos estar profundamente agradecidos por la comunión fraternal, cuando podemos obtenerla en el terreno verdadero. No hay palabras dignas para describir el valor de una comunión tal. ¡Deberíamos conocer más de ella! ¡El Señor la aumenta para nosotros hasta llegar ser como cien rediles! Pero nunca nos rebajemos a comprar comunión pagando el pesado precio de abandonar todo lo que es 'amable y de buen nombre.' (Filipenses 4:8).

Que el nombre de Jesús sea más precioso a nuestros corazones que todo lo demás; y que nuestra feliz porción en esta tierra sea con todos aquellos que de verdad aman Su nombre, así como lo será por toda la eternidad en los lugares celestiales, lugares de luz y pureza inmarcesibles.

IV. Y ahora, una palabra final acerca de "la corona de justicia."

"Porque ya yo estoy para ser ofrecido en sacrificio, y el tiempo de mi partida ha llegado. He peleado la buena pelea, he acabado la carrera, he guardado la fe; de ahora en adelante me está reservada la corona de justicia, que me dará el Señor, el justo Juez, en aquel día; y no solo a mí, sino a todos los que aman su aparecimiento." (2 Timoteo 4: 6-8 - V.M.).

Aquí, el venerable peregrino toma su posición en la cumbre del Pisga espiritual, y, con mirada no oscurecida, contempla detenidamente las brillantes llanuras de gloria. Él ve la corona de justicia que reluce en mano del Maestro. Examina el curso que había transitado, y el campo de batalla dónde había luchado -él está de pie en los confines de la tierra, y justo en medio de las ruinas de esa iglesia cuyos ascenso y progreso él había visto con tal intensa solicitud, y acerca de cuyas decadencia y caída él había vertido lágrimas tiernas aunque desilusionadas -él fija su mirada en la meta de inmortalidad que ningún poder del enemigo puede impedir que sea alcanzada, en triunfo; y aunque tuviese que alcanzar esa meta por

medio del hacha de César, o por otro medio, esto no le importaba a quien podía decir: "Yo ya estoy para ser sacrificado." (2 Timoteo 4:8).*

{*Nota del Traductor: en la Versión Inglesa de la Biblia "King James" se puede leer "I am now ready to be offered . . .", lo que traducido al castellano es: "Yo ya estoy listo para ser ofrecido . . .", palabras que resaltan la disposición del apóstol de los gentiles}

¡Qué verdadera sublimidad! ¡Qué grandeza moral! ¡Cuán noble elevación tenemos aquí! Y, sin embargo, no había nada de ascético en este siervo incomparable, porque aunque sus ojos fueron llenos de la visión de la corona de justicia -aunque él está listo como un conquistador para subir al carro del triunfo -él, no obstante, se siente perfectamente bien como para dar minuciosas instrucciones acerca de su capote y sus libros (2 Timoteo 4:13).

Esto es divinamente perfecto. Nos enseña que cuanto más vividamente entremos en las glorias del cielo, más fielmente cumpliremos con las tareas de la tierra -mientras más seamos conscientes de la cercanía de la eternidad, ordenaremos más efectivamente las cosas del tiempo. Tal es, entonces, amado lector, la amplia provisión hecha, por la gracia de Dios, para los "tiempos peligrosos" a través de los que tú y yo estamos pasando ahora.

La "fe no fingida" - 'el fundamento firme' - "Las Sagradas Escrituras" -y, "la corona de justicia".

¡Que el Espíritu Santo pueda llevarnos a un sentido más profundo de la importancia y valor de estas cosas!

¡Que amemos la venida de Jesús, y esperemos fervorosamente esa mañana sin nubes cuando el "juez justo" pondrá una diadema de gloria sobre la frente de cada uno que realmente ama Su venida!

17

LÍMITES Y TROPIEZOS

La Doctrina de la Elección Fuera de Lugar

"En la heredad que poseas en la tierra que Jehová tu Dios te da, no reducirás los límites de la propiedad de tu prójimo, que fijaron los antiguos."

Deuteronomio 19:14

"Y dirá: Allanad, allanad; barred el camino, quitad los tropezos del camino de mi pueblo."

Isaías 57:14

Qué tierno cuidado, que amable consideración, exhalan los pasajes arriba citados! Los límites antiguos no debían ser reducidos; pero los tropezos debían ser quitados. La herencia del pueblo de Dios debía permanecer entera e inalterada, mientras que

los tropiezos debían ser quitados diligentemente de la senda de ellos. ¡Tal era la gracia del Dios de Israel! ¡Tal Su cuidado para con Su pueblo! Esta porción que Dios había dado a cada uno debía ser disfrutada, mientras, a la vez, la senda en que cada uno era llamado a andar debía estar libre de toda ocasión de tropiezo.

Ahora bien, nosotros creemos que somos llamados a prestar atención al espíritu de esas antiguas promulgaciones. Algunos de nuestros amigos, en sus cartas que nos enviado, se han expresado muy liberalmente en cuanto a su condición espiritual. Ellos nos han contado acerca de sus dudas y temores, sus dificultades y peligros, sus conflictos y ejercicios. Nosotros debemos decir que estamos verdaderamente agradecidos por semejante confianza; y es nuestro fervoroso deseo ser usados por Dios para ayudar a nuestros lectores, señalando los límites que Él, por Su Espíritu, ha establecido, y quitar así los tropiezos que el enemigo arroja diligentemente en la senda de ellos.

Al ponderar los casos que nos han sido presentados, nosotros hemos encontrado algunos en los cuales el enemigo estaba usando de forma manifiesta como un tropiezo, la doctrina de la elección colocada fuera de lugar. Tenemos razones para creer que miles han tropezado en esta piedra de tropiezo y estamos muy ansiosos de verla quitada.

Se encontrará que la doctrina de la elección en su lugar correcto, en lugar de ser un tropiezo en la senda de ansiosos inquisidores, es un límite establecido por ellos en tiempos antiguos, incluso por los apóstoles inspirados de nuestro señor y Salvador Jesucristo, en la herencia del Israel espiritual de Dios. Pero todos nosotros sabemos que la verdad colocada fuera de lugar es más peligrosa que el error positivo. Si un hombre se pusiera de pie, y declarase con denuedo que la doctrina de la elección es falsa, nosotros deberíamos rechazar sus palabras sin titubear. Pero nosotros podríamos no estar lo bastante bien preparados para enfrentar a uno que, al mismo tiempo que admite que la doctrina es verdadera e importante, la pone fuera de su lugar divinamente designado. Y no obstante, esto último es la cosa misma que se hace tan constantemente, para daño de la verdad de Dios, y oscurecimiento de las almas de los hombres.

¿Cuál es, entonces, el lugar verdadero de la doctrina de la elección? Su verdad, su lugar designado divinamente, está adentro de la casa, en manos del maestro, para el establecimiento de creyentes verdaderos. En lugar de esto, el enemigo la ha colocado afuera de la casa, en manos del evangelista, para tropiezo de inquisidores ansiosos.

Escuchen atentamente el siguiente lenguaje de un alma profundamente ejercitada: «Si supiera solamente que yo era uno de los elegidos, yo debería estar muy feliz, en la

medida en que yo podría aplicar entonces a mí mismo los beneficios de la muerte de Cristo.»

Este sería, indudablemente, el lenguaje de muchos, si ellos tuviesen que hablar solamente de los sentimientos de sus corazones. Ellos están haciendo un uso equivocado de la doctrina de la elección; una doctrina felizmente verdadera en sí misma, un "límite" muy valioso, pero un "tropiezo" muy peligroso.

Es muy necesario que el inquisidor ansioso tenga en mente que es como un pecador perdido, y no como «uno de los elegidos», que él puede aplicarse a sí mismo los beneficios de la muerte de Cristo. El punto de vista correcto desde el cual obtener una visión salvadora de la muerte de Cristo no es la elección, sino la conciencia de la ruina. Esta es una misericordia inefable, en la medida que yo sé que soy un pecador perdido; pero yo no sé que soy uno de los elegidos, hasta que he recibido, a través del testimonio y la enseñanza del Espíritu, las buenas nuevas de salvación por medio de la sangre del Cordero.

La salvación, gratuita como los rayos del sol, plena como el océano, permanente como el trono del Dios eterno, me es predicada, no como a uno de los elegidos, sino como a uno completamente perdido, culpable, y deshecho; y cuando yo he recibido esta salvación, hay evidencia concluyente de mi elección. "Seguros como estamos, hermanos, amados de Dios, de vuestra elección. Porque nuestro evangelio no llegó a vosotros en palabra

solamente, sino en poder, y en el Espíritu Santo, y en mucha y plena seguridad." (1 Tesalonicenses 1: 4-5; VM).

La elección no es mi garantía para aceptar la salvación; pero la recepción de la salvación de la prueba de la elección. Ya que, ¿cómo va a saber cualquier pecador que él es uno de los elegidos? ¿Dónde va él a encontrarlo? Ello debe ser un asunto de revelación divina, de otro modo no puede ser un asunto de fe. Pero, ¿dónde está ello revelado? ¿Dónde se hace que el conocimiento de la elección sea un prerrequisito indispensable, un requisito previo esencial, a la aceptación de la salvación? En ninguna parte en la Palabra de Dios. Mi único título para salvación es que yo soy un pobre pecador, bueno para nada, culpable, merecedor del infierno. Si espero tener cualquier otro título, yo sólo estoy removiendo un límite muy valioso de su lugar correcto, y lanzándolo como un tropezco en mi camino. Esto es, para no decir algo peor, muy insensato.

Pero ello es más que insensato. Es una oposición positiva a la Palabra de Dios; no solamente a las citas que están en el encabezamiento de este escrito, sino al espíritu y enseñanza del volumen completo. Escuchen la comisión del Salvador resucitado a Sus primeros heraldos: "Id por todo el mundo y predicad el evangelio a toda criatura." (Marcos 16:15). ¿Hay allí tanto como un único punto, en estas palabras, sobre el cual basar un interrogante acerca de la elección? ¿Está alguno de aquellos a quienes este

glorioso evangelio es predicado, llamado a resolver un interrogante previo acerca de su elección? Ciertamente no. "Todo el mundo" y "toda criatura" son expresiones que desechan toda dificultad, y hacen que la salvación sea tan gratuita como el aire, y tan amplia como la familia humana.

No se dice, «Id a una determinada sección del mundo y predicad el evangelio a un cierto número de personas.» No; esto no estaría de acuerdo con esa gracia que debía ser proclamada al ancho, ancho mundo. Cuando se trataba de la ley, ella estaba dirigida a un cierto número de personas, una sección determinada; pero cuando el evangelio hubo de ser proclamado, su poderoso alcance había de ser, "todo el mundo", y su objeto, "toda criatura."

Nuevamente, escuchen lo que el Espíritu Santo dice, por medio del apóstol Pablo: "Palabra fiel y digna de ser recibida por todos: que Cristo Jesús vino al mundo para salvar a los pecadores." (1 Timoteo 1:15). ¿Hay aquí algún espacio para plantear un interrogante en cuanto al título que uno tiene para salvación? Ninguno, en absoluto. Si Cristo Jesús vino al mundo a salvar a pecadores, y yo soy un pecador, entonces tengo el derecho de aplicar a mi propia alma los beneficios de Su sacrificio precioso. Antes de que me sea posible excluirme de allí, yo debo ser algo más que un pecador.

No hay duda que si en cualquier parte en la Escritura se declarase que Cristo Jesús vino a salvar solamente a los

elegidos, entonces claramente yo debería demostrar, en una u otra manera, que soy parte de aquel número de personas, antes de que yo pueda hacer míos los beneficios de Su muerte. Pero, gracias sean dadas a Dios, no hay nada, en lo más mínimo, parecido a esto en el esquema completo del evangelio. "El Hijo del Hombre vino a buscar y a salvar lo que se había perdido." (Lucas 19:10). ¿Y acaso no es eso exactamente lo que yo soy? Sin duda. Bien, entonces, ¿acaso no es desde el punto de vista de un perdido que yo he de dirigir la mirada a la muerte de Cristo? Indudablemente. ¿Y acaso no puedo yo, habiendo aceptado la salvación, adoptar el lenguaje de la fe y decir, "[Él] me amó y se entregó a sí mismo por mí"? (Gálatas 2:20) Sí, puedo decirlo tan sin reserva y tan incondicionalmente como si yo fuera el único pecador sobre la superficie del globo terráqueo.

Nada puede ser más relajador y tranquilizante para el espíritu de un inquisidor ansioso que señalar el modo en que la salvación le es traída en la condición misma en la cual él se encuentra, y en el terreno mismo que él ocupa. No hay ni un solo tropiezo en la senda entera que conduce a la herencia gloriosa de los santos; una herencia establecida por límites que ni los hombres ni los diablos pueden remover jamás.

El Dios de toda gracia no ha dejado nada por hacer, nada por decir, que pudiera dar posibles reposo, seguridad, y satisfacción perfecta al alma. Él ha expuesto la condición

misma y el carácter mismo de aquellos por quienes Cristo murió, en términos tales que no dejan ningún espacio para ninguna objeción o vacilación. Escuchen las siguientes brillantes palabras: "Cuando todavía estábamos sin fuerzas, en el tiempo señalado, Cristo murió por los impíos." (Romanos 5:6 - BJ). "Mas Dios muestra su amor para con nosotros, en que siendo aún pecadores, Cristo murió por nosotros." (Romanos 5:8). "Pues si cuando éramos enemigos, fuimos reconciliados con Dios por medio de la muerte de su Hijo", etc. (Romanos 5:10 - VM).

¿Puede haber algo más claro o más acentuado que estos pasajes? ¿Hay un solo término del cual se haga uso que haría posible plantear un interrogante en el corazón de cualquier pecador en cuanto a su pleno e indiscutible derecho a los beneficios de la muerte de Cristo? Ninguno. ¿Soy yo, "impío"? Fue por ellos que Cristo murió. ¿Soy yo "un pecador"? Fue a ellos a quienes Dios mostró su amor. ¿Soy yo un "enemigo"? Es a los tales que Dios reconcilia por medio de la muerte de Su Hijo.

De este modo, todo es hecho tan claro como un rayo de sol, y en cuanto al tropiezo teológico causado por colocar fuera de lugar la doctrina de la elección, este es quitado enteramente. Es como pecador que yo obtengo los beneficios de la muerte de Cristo. Es como un perdido que uno obtiene una salvación que es tan gratuita como ella es permanente, y tan permanente como ella es gratuita.

Todo lo que yo necesito para aplicar a mí mismo el valor de la sangre de Jesús es conocer que yo mismo soy un pecador culpable. No me ayudaría en lo más mínimo en este asunto el hecho de que me dijeran que yo soy uno de los elegidos, en la medida en que no es en aquel carácter que Dios se dirige a mí en el evangelio, sino completamente en otro carácter, a saber, como un pecador perdido.

Pero entonces, algunos podrían sentirse dispuestos a preguntar, «¿Quiere usted desechar la doctrina?» Dios no lo permita. Nosotros solamente queremos verla en su lugar correcto. La queremos como un límite, no como un tropiezo. Nosotros creemos que el evangelista no tiene por qué predicar la elección. Pablo jamás predicó la elección. Él enseñaba la elección, pero predicaba a Cristo: esto hace toda la diferencia. Nosotros creemos que no puede ser un evangelista apropiado nadie que sea, de cualquier manera, obstaculizado por la doctrina de la elección fuera de lugar. Hemos visto un serio daño hecho a dos clases de personas por predicar la elección en lugar de predicar a Cristo. Pecadores descuidados son hechos aún más descuidados, al mismo tiempo que almas ansiosas han visto intensificada su ansiedad.

Estos son, ciertamente, tristes resultados, y ellos deberían ser suficientes para despertar pensamientos muy serios en las mentes de todos quienes desean ser predicadores exitosos de esa salvación gratuita y plena que resplandece

en el evangelio de Cristo, y deja a todo aquel que oye sin una sombra de excusa.

La gran tarea de un evangelista es exponer, en su predicación, el amor perfecto de Dios, la eficacia de la sangre de Cristo, y el registro fiel del Espíritu santo, a saber, las Santas Escrituras. Su espíritu debería estar completamente libre de trabas y su evangelio debería ser claro. Él debería predicar una salvación actual gratuita para todos, y estable como las columnas que soportan el trono de Dios. El evangelio es, nada más y nada menos, que el despliegue del corazón de Dios tal como se expresa en la muerte de Su Hijo y en el registro imperecedero de Su Espíritu: las Escrituras.

Si se atendiera a esto más cuidadosamente, habría más poder al responder a la objeción repetida a menudo de los descuidados, así como también al acallar las profundas ansiedades de almas ejercitadas y cargadas. Los primeros no tendrían ningún terreno justo de objeción; las últimas no tendrían ninguna razón para temer.

Cuando las personas rechazan el evangelio sobre el terreno de los decretos eternos de Dios, ellas están rechazando lo que es revelado sobre el terreno de lo que está oculto. ¿Qué posibilidad existe de que ellas sepan algo acerca de los decretos de Dios? Exactamente ninguna. ¿Cómo puede, entonces, aquello que es secreto ser esgrimido como una razón para rechazar lo que está revelado? ¿Por qué rechazar lo que puede ser conocido,

sobre el terreno de lo que no puede serlo? Es obvio que los hombres no actúan así en casos donde ellos desean creer un asunto. Dejen solamente que un hombre desee creer una cosa y ustedes no le encontrarán ansioso buscando un terreno para la objeción. Pero ¡es lamentable! los hombre no quieren creer a Dios. Ellos rechazan Su testimonio precioso que es claro como el resplandor del sol del mediodía y esgrimen como su excusa para hacerlo así Sus decretos que están envueltos en tinieblas impenetrables. ¡Qué necedad! ¡Qué ceguera! ¡Qué culpabilidad!

Y entonces, en cuanto a las almas ansiosas que se acosan ellas mismas con preguntas acerca de la elección, nosotros anhelamos mostrarles que no está de acuerdo con el pensamiento divino el hecho de que ellas debieran plantear cualesquiera de semejantes dificultades. Dios se dirige a ellas en el estado exacto en que Él las ve y en el cual ellas pueden verse a sí mismas. Él se dirige a ellas como pecadores, y eso es exactamente lo que ellas son. Hay salvación plena para cualquier pecador en el momento que él ocupa su verdadero lugar como pecador. Esto es lo suficientemente sencillo para cualquier alma sencilla.

Plantear interrogantes acerca de la elección es incredulidad absoluta. Ello es, expresado de otro modo, rechazar lo que está revelado sobre el terreno de lo que está oculto; es rehusar lo que yo puedo conocer sobre el

terreno de lo que yo no puedo conocer. Dios se ha revelado a Sí mismo en la faz de Jesucristo de modo que nosotros podemos conocerle y confiar en Él. Además, Él ha hecho provisión plena en la expiación de la cruz para toda nuestra necesidad y toda nuestra culpabilidad. De ahí que, por tanto, en lugar de desconcertarme yo mismo con la pregunta, «¿Soy yo uno de los elegidos?», es mi feliz privilegio reposar en el amor perfecto de Dios, en la toda suficiencia de Cristo, y en al registro fiel del Espíritu Santo, a saber, las Santas Escrituras.

Existe otro tropiezo que bloquea tristemente la senda de los ansiosos inquisidores. Nosotros encontramos en muchos casos que la apropiación es usada como un gran tropiezo para las almas; pero en lugar de ser un tropiezo en su senda, ella es, en realidad, un límite en su herencia espiritual.

A juzgar por el modo en que muchos hablan del tema de la apropiación, parecería como si ellos la consideraran como algo que ellos tienen que hacer antes de que los beneficios de la muerte de Cristo puedan estar disponibles para ellos. Este es un gran error. La muerte de Cristo en toda su eficacia expiatoria se aplica al pecador en el momento que él toma su lugar como pecador. Lejos de existir alguna dificultad al hacer la aplicación, la dificultad, NO, más bien la imposibilidad, es rechazarla. La sangre de Cristo es para el pecador culpable como tal. Todo aquel, por tanto, que sabe y siente que es un pecador culpable, tiene el

privilegio de descansar sencillamente en aquella sangre preciosa. La obra expiatoria está hecha; el pecado ha sido quitado. Todo ha sido consumado - sí, consumado por la propia mano de Dios. ¿Tengo yo que esperar algo adicional? ¿Tengo yo que hacer alguna cosa más, algo que añadir a la obra terminada de Cristo? Ciertamente no. Yo soy llamado sencillamente a descansar por fe en lo que Cristo ha hecho por mí, y a conocer que todos mis pecados son divinamente quitados y que mi conciencia es tan limpia como la sangre de Jesús puede hacer que ella sea.

Esto es apropiación. Se trata de aceptar a Dios en Su Palabra; de atestiguar que Dios es veraz. No se trata de una obra indescriptible mía, sino de descansar en la obra de Cristo. No se trata de esperar algo que va a ser hecho, sino de confiar en lo que ha sido hecho por Cristo. Esto hace toda la diferencia. La apropiación es realmente un límite, no un tropiezo. Es solamente debido a que las personas yerran en cuanto a lo que ella es que ellos tropiezan con ella.

No pocas veces sucede que mientras ellos la buscan vagamente, ellos la poseen realmente. Si yo creo de corazón que Jesús murió y resucitó, tengo el privilegio de adoptar esos preciosos acentos del apóstol y decir, "[Él] me amó y se entregó a sí mismo por mí." (Gálatas 2:20). Esto, verdaderamente, es el lenguaje de la apropiación. Pero se trata de la apropiación en su lugar correcto - como un límite, no como un tropiezo. La apropiación

como un tropiezo habla de este modo: «Yo sé que Cristo murió por mí, pero yo no me puedo apropiiar de los beneficios de Su muerte.» Este es, efectivamente, un error muy serio. Es, en realidad, dar a entender que la muerte de Cristo no sirve de nada sin una cierta obra de parte del pecador; mientras que la Escritura nos enseña que en el momento que el pecador toma su verdadero lugar como completamente perdido, la muerte de Cristo es aplicable a él tan plena y verdaderamente como si él fuese el único pecador en el universo, y, además, que él es justificado por medio de la fe y no por medio de obras de cualquier tipo.

Es realmente maravilloso señalar los varios métodos en los cuales el enemigo trata de acosar y derribar las almas. Si él no puede tener éxito haciendo que ellas miren y se apoyen en esfuerzos legalistas y observancias ceremoniales, él las desconcertará con interrogantes con respecto a elección, apropiación, realización, sentimientos, formas, y experiencias. En resumen, con cualquier cosa menos con el hecho de descansar sencillamente en Cristo. No es que nosotros subestimemos estas cosas; lejos de ello, nosotros las valoramos como límites, pero las tememos como tropiezos.

El terreno verdadero de la paz de un creyente no es la elección, la apropiación, o la realización, sino Cristo. El creyente descansa sobre la verdad eterna de que Dios

trató con Cristo en la cruz acerca de todos sus pecados; que la entera cuestión fue examinada y fue zanjada allí, una vez y para siempre. Apropriación es creer esto. Realización es permanecer en la fe de ello.

¡Que el Espíritu de Dios pueda guiar al lector ansioso a comprender estas cosas! Es el deseo de nuestro corazón y nuestra oración a Dios continuamente que almas cargadas puedan ser puestas en libertad mediante el conocimiento de una salvación plena y gratuita, libres de cualquier traba provocada por cualquiera de esas preguntas desconcertantes que se plantean tan frecuentemente para daño de la verdad de Dios y oscurecimiento de las almas de los hombres. La elección es una verdad; la apropiación es un hecho; la realización es una realidad; pero declaremos de una vez y para siempre, y permitamos que el lector comprenda plenamente y recuerde constantemente, que estas cosas no han de ser colocadas como piedras de tropiezo a lo largo de la senda del pecador, sino que deben ser establecidas como preciosos límites en la herencia de los santos.